



EL SENDERO DEL DHARMA

La Realización del Ser

Un camino hacia
la meditación en la acción

Sesha



EL SENDERO DEL DHARMA

EL SENDERO DEL DHARMA

La realización del Ser

*Un camino hacia
la meditación en la acción*

SESHA



Editado por
Asociación Filosófica Vedanta Advaita Sessa
www.vedantaadvaita.com

Título original: *El Sendero del Dharma*

Ilustración de portada: Nikolai Senin

© Sesha, 2011

© Asociación Filosófica Vedanta Advaita Sesha

Avda. Julián Gaiarre 58 B – 4º B

48004 BILBAO (España)

E-mail: direccion@vedantaadvaita.com

www.vedantaadvaita.com

Primera edición: Abril 2011

Segunda edición: Mayo 2013

Depósito Legal: BI - 206 - 2011

ISBN: 978-84-614-9357-9

Impreso en España por Imprenta Pagés – Anglés (Girona)

Todos los derechos están reservados por el autor. Se prohíbe, entre otros, cualquier comercialización, explotación, reproducción, transformación, distribución o divulgación sin la autorización previa y expresa del autor. No obstante, esta obra podrá divulgarse libremente siempre y cuando no exista ánimo de lucro.

El universo es como es,
pero no es como usted lo piensa.

Sesha

Agradecimientos



A mis hijos Thalís, Nico y Nadia quienes han sido mis grandes amores en esta vida.

Al grupo de trabajo de AFVAS, quienes con su intenso trabajo modelan las eternas enseñanzas del *Advaita Vedanta* para ofrecerlas sin distingo alguno a todos los estudiantes deseosos de profundizar en el camino del Ser.

A Nikolai Senin, gran amigo y autor de la hermosa obra que hace parte de la portada del presente libro.

Índice



Introducción	11
Prólogo	15

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

El dilema de la acción correcta en los sistemas de pensamiento occidentales	19
Bases de la ética indoeuropea	25
La identificación con la acción	35
Modalidades de acción	41
La inacción	41
La acción obligada	44
La acción recta	48
La renuncia a la acción	51

SEGUNDA PARTE

ANÁLISIS DE LA "RECTA ACCIÓN"

Análisis de la recta acción	55
La apetencia del fruto de la acción	55
La egoencia en la acción	60

La consecuencia de la inacción y la acción obligada: el <i>karma</i>	63
La consecuencia de <i>karma</i> : <i>samsara</i>	69

TERCERA PARTE

LA MEDITACIÓN EN LA ACCIÓN

El eterno presente	73
El pasado	79
El futuro	84

CUARTA PARTE

LAS DIVERSAS MODALIDADES DEL “YO”

La vacuidad del ego, la vacuidad del «yo»	90
Dentro y fuera de sí	94
“Fuera”	95
“Dentro”	98
Los cinco estados de conciencia	101
Primer estado: SUEÑO	102
Segundo estado: PENSAMIENTO	103
Tercer estado: OBSERVACIÓN	106
Cuarto estado: CONCENTRACIÓN.....	110
Quinto estado: MEDITACIÓN.....	113

QUINTA PARTE

EL DILEMA DE LA ACCIÓN CORRECTA

Ética y moral relativas	117
La disociación moral de la acción	124
El <i>karma</i> , expresión de una ética sin límites	135
Las <i>gunas</i> : agentes activos de la acción	165
La Recta Acción	183

SEXTA PARTE

LAS CINCO MODALIDADES DE REALIDAD

Bases teóricas del <i>Vedanta</i>	199
<i>Maya</i>	199
<i>Karma</i>	201
No-dualidad	202
La Meditación: integración de los mundos dual y No-dual	205
Tabla 1: Estados de conciencia según el <i>Vedanta</i>	207

SÉPTIMA PARTE

LA MENTE (*ANTAKARANA*) Y SUS CARACTERÍSTICAS

La mente o <i>antakarana</i>	209
Funciones de la mente	211
<i>Ahamkara</i>	211
<i>Manas</i>	212
<i>Chitta</i>	213
<i>Budhi</i>	214

OCTAVA PARTE

LOS UMBRALES DE LA MENTE

Umbral: límites entre estados de conciencia	217
Inercia	218
Umbral	220
Los umbrales en la práctica meditativa	222
Los estados de conciencia	223
Sueño	223
Pensamiento	224
Observación	225
Concentración	226

Meditación 227

Umbrales e inercia en los estados de cognición 228

 Figura 1: Estados de conciencia frecuentes

 Vs. Umbral e Inercia 229

 Figura 2: Estados de conciencia poco frecuentes o

 excepcionales Vs. Umbral e Inercia 230

 Figura 3: Estado frecuente de Pensamiento 231

NOVENA PARTE

EL OBSERVADOR Y LO OBSERVADO

El observador y lo observado 234

 Tabla 2: Relación de estados de conciencia

 Vs. Objeto-Sujeto 236

Introducción



Los indoeuropeos poseen, desde hace milenios, un texto que plantea solución a los más grandes dilemas de la existencia y que, aún hoy en día, sigue siendo fuente de inspiración y sabiduría. Atribuido a *Veda Vyāsa* y considerado de inspiración divina, este libro maravilloso ha servido de faro interior para desentrañar las más antiguas preguntas que el filosofar del ser humano ha escudriñado.

Nos referimos, por supuesto, a la *Bhagavad Gītā* o La Canción del Señor, texto incluido en el complejo épico del *Mahābhārata*, el cual, junto con el *Rāmāyana*¹, es considerado por los estudiosos occidentales como el más digno representante de la literatura épica hindú.

Es pues, la *Bhagavad Gītā*, uno de esos extraños libros que conjugan historia, poesía y sabiduría, y del cual la raza aria y la tradición hindú pueden estar orgullosas puesto que su naturaleza eterna lo hará sin duda perdurar como una de las más grandes obras de todos los tiempos.

1 El *Mahābhārata* es la gran epopeya religiosa, filosófica y mitológica de India. En la actualidad la mayoría de los hindúes creen que narra hechos reales sucedidos entre el 3200 y el 3100 a.C. Por su parte el *Rāmāyana* narra la historia del príncipe avatar *Rāma* y de su esposa *Sītā*, quien es raptada por el demonio *Ravana*, y llevada a la isla de Sri Lanka, siendo rescatada en una gran batalla.

La *Bhagavad Gītā* es, junto con los *Upanishads* y los *Brahma-sutras*, uno de los textos fundamentales que sustentan el sistema de pensamiento *Vedanta*. En él se encuentran las referencias que permiten indagar y solucionar de forma integrada las inquietudes por siempre existentes en el filosofar: ¿quién soy?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?

Uno de los temas fundamentales que trata la *Bhagavad Gītā* es la cuestión de la “acción correcta” o la “recta acción”. Interpretada a la luz del sistema *Vedanta Advaita*², la *Gītā* integra de manera magistral y profundamente inteligente las cuestiones que atañen a la ética, la metafísica y la epistemología, es decir: qué es el actuar correcto (ética), qué es el Ser (metafísica) y qué es el conocer (epistemología).

El presente libro intenta, entre otras cosas, el análisis y la aclaración de ciertos conceptos utilizados por la terminología oriental para referirse a los temas mencionados. Los términos *karma*, *samsara*, *guna* y otros más, son parte del caleidoscopio de ideas que sugieren nuevas reflexiones a nuestros pensadores. La aparición de estos nuevos conceptos en la reflexión humana occidental dota de herramientas profundamente interesantes en el acto de entender la naturaleza humana, llevándonos a nuevas comprensiones de nosotros mismos y del mundo que nos rodea.

Para Occidente, la acción ha sido vista únicamente como el medio por el cual cualquier individuo o grupo modifica su entorno con el fin de lograr la conquista de sus anhelos.

2 El *Vedanta* es una de las seis corrientes principales (*darsanas*) del pensamiento tradicional de la India. *Vedanta* significa literalmente «el fin o corona de los vedas». A su vez, *vedas* deriva de la raíz sánscrita «vid», que significa «conocer» en el sentido de «conocimiento metafísico» o «saber real», y es el nombre que reciben las más antiguas y sagradas escrituras sánscritas a las cuales se atribuye el carácter de *sruti*, o «revelación divina». Así, el *Vedanta* representa la culminación o cúspide del saber originado en la India. A su vez, el *Vedanta advaita* es la escuela no-dualista (*advaita*) del *Vedanta* que intenta describir la naturaleza metafísica de la realidad.

Sin embargo, los indoeuropeos incluyen además una nueva opción: la de convertirla en un mecanismo de liberación interior. Así contemplada la acción crea, a medida que se la realiza, una ampliación en la esfera de la comprensión que permite integrar al individuo con su naturaleza divina y eterna.

Esta nueva opción de acción correcta que la *Gītā* plantea lleva implícita, a efectos de la realización interior, una serie de cánones prácticos que han de ser aclarados con sumo detalle. El objetivo básico del presente libro es la explicación y profundización de estas pautas de comportamiento teórico-prácticas en los que se basa la “recta acción”.

La vía de la acción, como instrumento del despertar interior, fue llamada desde antaño por los sabios indoeuropeos *karma yoga*, “yoga de la acción” o “recta acción”. De esta manera la acción por sí misma, desde una perspectiva eminentemente ética, cobra una importancia nunca antes dada, pues pasa de ser lazarillo del convencionalismo cultural a instrumento supremo de conocimiento interior; asimismo, el arte de su ejecución y realización se convierte en una vía para el esclarecimiento de una ética universal.

Es importante resaltar que a lo largo del análisis de la vía del *karma yoga* se avizora la descripción de similares estados de conciencia a los que describe la meditación a la luz del *gnana yoga* o “yoga del discernimiento”³. De esta forma, queda planteada una maravillosa visión integradora que muestra al individuo con una capacidad inmensa para el logro de su propia paz y con mecanismos teóricos lo suficientemente claros para entender el acontecer de su acción.

Así, ha de usarse también la acción como intermediario sagrado entre lo humano y lo divino, pues es gracias a la

3 Los cánones correspondientes a la vía del *gnana yoga* se describen en las restantes obras de *Sesha* (www.vedantaadvaita.com).

correcta ejecución de la acción que el individuo puede sin temor a dudas encontrar el norte que lo guíe a puerto seguro en su interioridad. Allí las tormentosas aguas de su devenir se transforman en serenas olas que reposan mansamente en las playas donde mora el Ser, el Saber y la Bienaventuranza Suprema.

Sesha, Valencia, Marzo del 2010

Prólogo



En el año 1998 fue publicado el segundo libro del autor, titulado “El Eterno Presente”. Se trataba de un libro esperado por sus estudiantes, dentro de los cuales me incluyo. Nos encontrábamos con la necesidad de tener algún texto teórico que nos ayudara a una mejor comprensión de las enseñanzas del *Vedanta*. Necesitábamos un manual que sirviera de guía en el estudio de la acción, y a la vez fuese un libro de cabecera en la reflexión de las inquietudes que afloraban por los novedosos planteamientos que sobre el tema escuchábamos de *Sesha*.

Aún recuerdo el primer contacto con el autor, la primera vez que acudía a un curso dictado por él en España. En verdad, aunque escuchaba atentamente, no entendía gran parte de su discurso ético y metafísico, pues muchas de sus exposiciones chocaban con mis planteamientos cristianos ya adquiridos. He ahí que la necesidad de profundizar sobre las dudas que asomaban en mi mundo producto de sus enseñanzas me llevó a la lectura minuciosa de aquel libro.

La primera vez que leí “El Eterno Presente”, recién editado, lo hice con el corazón en la mano. Las palabras de *Sesha* resonaron en mis oídos. El planteamiento intelectual me era entendible, aunque aún algo seguía sin afianzarse en mí. Intentaba

a toda costa, y casi con angustia, que el texto resolviera el enigma de mi vida. Lo que el libro exponía era algo sencillo, y como principiante que era en estos temas, intentaba encontrar el secreto que cambiase súbitamente mi vida, algo casi mágico que, como un interruptor, bastase tocarlo para lograr una comprensión nueva y maravillosa. Pues bien, nada de eso ocurrió; inicialmente el libro no llenó mis expectativas ni cambió el rumbo de mi vida. Finalmente no alcancé a discriminar la sencillez de la cuestión. Así, entonces, coloqué el libro en la estantería y allí se quedó cerrado, como tantos otros que con similar anhelo había leído en su momento. Sin embargo, con el paso de los años nuevamente revisé el texto y algo realmente cambió en mí. Era el mismo libro, evidentemente, pero lo expuesto por el autor ahora cobraba matices diferentes y creaba una nueva comprensión hasta ahora desconocida.

Aquella nueva lectura posterior fue un verdadero descubrimiento. El nuevo análisis del texto me ayudó a forjar un nuevo contacto con una forma diferente de entender la acción y darle otro tenor. La lectura me llevaba a vislumbrar algo novedoso para el pensamiento occidental, una exposición con premisas nuevas e inéditas para mí.

El paso del tiempo no ha logrado dejar el libro en el olvido, al contrario. Cuando se editó por primera vez, a pesar de ser el segundo libro de *Sesha*, podría insinuarse que él era novel como escritor. He ahí que, agotada la primera edición y ante la necesidad de reeditarlo para satisfacer la demanda existente, como en toda reedición, se observó la necesidad de hacer algunas correcciones. Pero con el transcurrir de estos 12 años la maduración, tanto pedagógica como de exposición escrita del autor, ha dado lugar a este nuevo libro titulado: "El Sendero del Dharma". En esta obra *Sesha* expone de modo magistral elementos pedagógicos que muestran

el camino para abordar la acción según los lineamientos del *Vedanta advaita*. Puedo asegurar, sin riesgo a equivocarme, que ningún filósofo occidental diserta tan clara y profundamente como lo hace *Sesha* respecto a estos controvertidos temas que tienen que ver con la importancia del actuar cotidiano.

Una de las circunstancias que más impresión me ha causado es la incesante labor investigadora de *Sesha* en el terreno del funcionamiento de la mente humana, radicada en el hecho de buscar y encontrar sencillos ejemplos pedagógicos que ofrezcan al lector claridad en unas enseñanzas que parecieran realmente complejas. Este nuevo libro es una muestra de ello. Las exposiciones del anterior libro sobre la “recta acción” quedaron superadas, dando paso a este nuevo libro como un ejemplo nítido de madurez y claridad absoluta de *Sesha* como pedagogo de la filosofía *advaita*.

Otra de las cosas que me ha impactado de la obra y de la enseñanza de *Sesha* es la clara disertación que hace de la acción y el modo de realizar esta mediante la “recta acción”, para evitar que ella genere *karma*. El análisis pormenorizado del *karma* y sus implicaciones filosóficas nos permite vislumbrar una salida a la libertad interior que nunca antes se había planteado tan claramente.

En esta interesante obra el autor nos ofrece las directrices para convertir la acción en un medio de liberación. *Sesha* detalla con audacia las repercusiones de las ideas de la “recta acción” en otros planteamientos científicos y humanistas. En últimas, se trata de un compendio sobre la libertad.

Amaya Aurrekoetxea, Bilbao, Marzo del 2010

PRIMERA PARTE

*Consideraciones
teóricas*

Consideraciones teóricas



EL DILEMA DE LA ACCIÓN CORRECTA EN LOS SISTEMAS DE PENSAMIENTO OCCIDENTAL

Uno de los cuatro grandes problemas⁴ que le resta por solucionar a la filosofía occidental tiene que ver con la naturaleza de la acción. Los actos humanos y los juicios de valor que de ellos devienen enfrentan todavía hoy día a los psicólogos, sociólogos, filósofos, e inclusive a los religiosos de las diversas tradiciones del pasado y del presente.

Tanto la ética como la moral, entendidos como conjunto de lineamientos normativos mediante los cuales ha de someterse quien actúe, tienen la difícil tarea de servir de lazarillo en el tormentoso rol del acontecer humano. Ambas, ética y moral, facultan al individuo como ente actuante y marcan el rumbo de su conducta. Sin embargo, tanto la una como la otra crean alternativas que en ocasiones no son muy claras respecto a la acción, en correspondencia a si realmente debe o no debe realizarse o ejecutarse.

4 Las cuatro grandes inquietudes que estudia la filosofía son la Metafísica o estudio del Ser, la Epistemología o teoría del conocimiento, la Ética o los principios de la acción correcta y la Axiología o teoría de los valores.

No puede negarse la importancia de las reglas personales⁵ o sociales⁶ que deben primar para mantener una convivencia social organizada. Sin embargo, la historia de la civilización ha sido siempre testigo del intento, por parte de algunos pocos, de manipular las reglas morales que rigen a la gran mayoría con el fin de controlar la voluntad actuante de las masas. Por ejemplo, anexando a la acción términos como “buena” o “mala”, “válida” o “errónea”, “pura” o “impura” se polariza la libertad de actuar, ajustando la acción a la conveniencia de quien estipula y define las normas de conducta que deben ser seguidas.

Este intento histórico de manipulación moral ha llevado a que la acción sea estudiada y clasificada siempre desde la perspectiva de la consecuencia que de ella deviene. Es así que se evalúa la acción en relación con las consecuencias que acarrea, ya sean: 1- Personales (gratificación, miedo, culpa, placer, venganza, etc.) 2- Sociales.

Pero, ¿qué es lo que convierte nuestro actuar en válido y qué es lo que lo convierte en injusto? ¿Son acaso las consecuencias que de él devienen? ¿Es el fin lo que justifica los medios? Entonces, ¿la valoración de una acción como justa es sólo una medida personal o social? Y, dado que la validación que hacemos de la acción ocurre por razones obvias, y debido a su condición extremadamente relativa, ¿quién o qué nos aleja necesariamente de una moral universal?

Cuántas veces esa inquisidora vocecilla llamada popularmente “conciencia” interrumpe y modifica el propio actuar; y lo que es aún más conflictivo, ¿cuántas veces la “conciencia” de un tercero acierta en la descripción o interpretación de lo que debemos o no hacer, para finalmente

5 Ética autónoma.

6 Ética heterónoma.

realizar la acción obligados y sin advertir a ciencia cierta su propia claridad? ¿Cuáles son las pautas morales de esta voz interior que obedecemos con cierto temor reverente? ¿Cuándo se equivoca esta voz y cuándo acierta?

En realidad no poseemos pautas lo suficientemente estables como para ser definitivamente asertivos en nuestro propio actuar. Solemos actuar dependiendo en muchas ocasiones de aquello que otros hacen o, en su defecto, obedecemos normas cuya finalidad no entendemos claramente. Tener claridad y a la vez obrar con independencia son virtudes inusuales y un tanto ajenas a la cotidianidad del individuo.

¿En qué se funda el sentido humano de la moralidad? Si es en el placer que eventualmente deriva de la concreción de los actos lo llaman moral eudemonista; si se deriva de la enseñanza de Dios, moral teológica; si se deriva del propio placer, moral hedonista. El caso es que siempre puede excusarse la realización de la acción bajo cualquier pretensión. Por ello, quien erige las reglas morales personales o sociales controla el actuar del ser humano y de la colectividad.

La razón de tanta confusión respecto a la validez y coherencia de la acción, radica en que la moral suele moldearse según la conveniencia de los pocos que implantan las normas y, por tanto, de quienes ostentan el poder para hacerlo. Así entonces la acción es, en gran medida, la herramienta práctica que plasma el anhelo de poder y de egoísmo del individuo. A causa de ello, la naturaleza psicológica del sujeto crea una dinámica incierta en la moral que establece a modo personal, razón por la cual es imposible sostener su universalidad.

Podemos dar vueltas y vueltas al problema de la acción correcta e incorrecta y siempre llegaremos a una misma conclusión: la moral es relativa y está necesariamente sostenida por una serie de costumbres que dependen de quién es el que actúa, de los núcleos culturales donde se desarrollan o

de los grupos cerrados que implantan las normas. No existe una moral práctica universal. Encontrar el planteamiento de un único patrón ético es una de las tareas que hoy todavía tiene pendientes la filosofía, y será muy seguramente de tan difícil consecución como lo es la apreciación empírica del Ser que la metafísica occidental ve como inalcanzable.

Según otro acomodado y relativo enfoque, el dilema de la acción correcta se resuelve en la creencia de que lo bueno es bueno *per se* y lo malo es malo *per se*. Quien controla la fe que determina qué es lo bueno y qué es lo malo controla el acto *per se* y, por ende, controla el accionar del ser humano. Dios y demonio pugnan, según esta creencia de conveniencia, por prevalecer en la conciencia actuante de los hombres y dirigir en camino cierto sus creencias y su actuar.

Si no fuera por esta fe absurda y carente de toda lógica, ¿cómo podría entonces justificarse la inquisición o cómo podría permitirse la miseria y el hambre de tantos hombres a través de tantos siglos? ¿Cuál es, entonces, la razón de ser de las guerras sagradas o la naturaleza de los dioses inclementes? Nuestro mundo sufre y se arrastra a causa de quienes, queriendo dominarlo, dominan y manipulan la fe y con ello pierden lo único que podría considerarse recto: la moral.

¿Y qué queda cuando toda valoración superior muere?: el egoísmo. Es entonces menester mantener y alimentar el “yo”, el interés por lo propio y la creencia de la superior y especial inteligencia personal. Lo importante se convierte en fútil, lo pasajero en útil. El miedo a errar y ser consumidos por la culpa impide actuar de inmediato; se empieza a temer el paso del tiempo y se busca vivir los momentos inmediatos con intensidad y desenfreno antes de que el precioso néctar de adrenalina pierda su sabor. Y, puesto que lo más cercano al cambio constante y a la ausencia de silencio interior es pensar, el nuevo rey es la mente, y su más fiel vasallo, la

dialéctica. Así, por fin, se llega a la inevitable conclusión de que “Ser es pensar y pensar es Ser”.

Fue Descartes quien resumió en una frase el caos interior que el ser humano encierra y vive a diario: “Pienso, luego existo”. He aquí el cimiento sobre el cual nuestra cultura construye el letárgico edificio de la valoración de la acción, de lo bueno y de lo malo. Bueno es aquello que sustenta la sed de ser y existir como un “yo”; malo, aquello que tiende a disolver la sensación de la propia egoencia.

Debemos entonces preguntar, ¿qué es aquello que provee continuidad al ego? Y responderemos: ¡actuar! Mientras esta acción sustente su precaria existencia ha de denominarse buena. Mantenerse ocupado (no importa en qué, ya sea razonar, enjuiciar o pensar), nos hace sentir que vivimos ¿Y qué es aquello que tiende a diluir la sensación de continuidad del “yo”? ¡El dolor, la muerte! Ese es nuestro enemigo. El mal radica, entonces, en perder la continua apreciación de ser un “yo”.

Por ello, actuar buscando evitar el dolor, la muerte, la vejez, el conflicto o el miedo se convierte en el segundo mandamiento; aferrarse al placer, o por lo menos a su recuerdo, se convierte en el primero.

El ser humano está agotado de pensar y recordar. Su primitiva lógica dual lo hace prisionero de conceptos, juicios y pareceres propios y ajenos. El individuo se asfixia ante la imposibilidad de mantener un instante de calma mental, de silencio interior. Ante la imposibilidad del control de sí mismo, escoge entonces una anecdótica salida: su propia inconsciencia. Cree que vive, pero no es así; duerme todo el tiempo, sumido como espectador sin control en la ensoñación de un mundo que aparece ante sus ojos. Vive de lo que fue o de lo que será. Pocos son los instantes donde se siente vivo en el presente, en el “aquí y el ahora”. Pide afanosamente a gritos

ayuda para encontrar una acción que lo haga sentirse vivo pero no lo consigue; tan sólo la recuerda o imagina.

Algunos sistemas de pensamiento occidental construyen una ética que podría denominarse egocéntrica y constituyen una moral fundamentada en la conveniencia social. En gran medida, muchos de los occidentales que actúan desde la perspectiva religiosa son cristianos teóricos pero ateos prácticos. Cada quién justifica su actuar validándolo en su propio egoísmo. Así, la corrupción política, religiosa y moral se convierte en el pan de cada día. ¿Cómo culpar de deshonesto a quien fue educado para sobrevivir y no para vivir? Las razones del caos en la acción florecen a causa de que no existen prototipos prácticos de seres humanos a quienes emular.

Estamos inmersos en un torbellino ético sin fin. Nuestra cultura está confusa, pues no sólo se ha moralizado la acción sino incluso también la percepción. A todo se le adosa etiqueta de “bueno” o “malo”; es más, se han denominado “mandamientos” aquellos actos que como axioma delinear y ordenan la vida; sin embargo, no se lucha por cumplirlos sino en justificar por qué otros sí los deben cumplir. Cuánta falta le hace un Francisco de Asís a nuestro tiempo... Si sólo hubiese un hombre lo suficientemente maduro a quien seguir y que no necesitara de extravagantes títulos para ser reconocido, el mundo entero correría a oírlo. Pero tal vez no ha llegado el momento. Aún, como hace dos mil años, el egoísmo culpabiliza a quien mora con el corazón libre.

BASES DE LA ÉTICA INDOEUROPEA

El sistema *Vedanta* propone como base de su sistema ético la conocida afirmación *jiva brahman aika* (el individuo es idéntico a lo Absoluto). Desde esta perspectiva, acción y

actuante son no-diferentes a la luz de la consciencia, lo que lleva a concluir una única realidad No-dual. La no-dualidad es una idea oriental cuyo fin es plantear, desde el punto de vista epistémico, una forma real de cognición. Se considera real aquello que conscientemente se conoce como No-dual; a la vez, se considera irreal aquello que conscientemente se conoce como dual.

La no-dualidad implica la ausencia en la cognición de diferenciación entre sujeto y objeto. El sujeto, el realizador de la acción, realmente no puede considerarse independiente o diferente del acto que realiza. Él está inmerso en la misma red que los objetos con los cuales interactúa. Hacer daño es hacerse daño. Finalmente, la conciencia es un continuo no-diferenciado. Plantear independizar a sujeto de objeto lleva a crear una moral basada en el interés propio de quien ejecuta la acción y a relativizar, según su acomodo, a los objetos que experimenta diferentes de sí mismo.

Afirmar que la fuerza de saber propia de la conciencia es un continuo No-dual engendra repercusiones interesantes. Una de ellas es que la individualidad ha de plantearse como una momentánea e incorrecta percepción; como una ilusoria y fugaz realidad, tan fantasmagórica y momentánea como un sueño o como observar una soga y apreciar como real la falsa existencia de una serpiente. Finalmente, la acción realizada correctamente, es decir, el camino del *karma yoga*, ha de producir un cambio en la forma mental de cómo experimentamos el mundo. *Karma yoga* es la forma en que la filosofía *Vedanta* expresa una modalidad de acción correcta que lleva al conocimiento interior.

Para aclarar el insondable conflicto que a la luz de cualquier estudiante plantea la no-dualidad respecto a la dualidad sujeto-objeto, la tradición oriental indujo una serie de ideas como *maya* y *agnana*. La idea de la realidad No-dual

impide la existencia real de objetos independientes entre sí, tal como las nubes y quien las conoce, o el océano mismo y el sol. Sin embargo, a la luz de la experiencia humana, la dualidad objeto-sujeto se estima como válida, pues empíricamente damos fe de ella. La solución a este evento reside en el hecho de que dicha percepción diferenciada, en la que conocedor y conocido se advierten distintos, hace parte de una falta de claridad cognitiva en el sujeto (*agnana*) que produce en quien conoce una aparente realidad (*maya*) diferenciada respecto a los objetos conocidos.

La errónea percepción individual que el sujeto aprecia de sí mismo o de los objetos que le circundan puede obviarse. Corregir la falsa percepción implica anular la actividad egoica que acontece en la mente mientras se efectúa el proceso dialéctico. La supresión del sentido del “yo”, mientras la mente funciona, fractura la dualidad y crea una nueva forma de interpretación de la realidad donde objeto y sujeto cobran una nueva dimensión. En dicha dimensión la conciencia, que ahora actúa como un flujo ininterrumpido y No-dual a causa de la ausencia del “yo” en el proceso mental, advierte la existencia de sujeto y objetos, pero no aprecia sentido de diferenciación entre ellos y quien conoce. A dicha forma excepcional de cognición se la denomina no-dualidad, y al mundo experimentado desde esta nueva tribuna se la denomina como Real.

Por lo tanto, el *Vedanta* explica la permanencia cognitiva de la dualidad en la medida que exista sentido de pertenencia en la cognición, mientras exista apreciación de “yo” en quien conoce. El mundo advertido así, desde esta orientación dual, parece real (*maya*), pues procede de una cognición errónea (*agnana*).

“El mundo lleno de apegos y aversiones, y todo lo demás, es como un sueño (*maya*). Aparece como real (dual) tanto tiempo como nos mantengamos ignorantes (*agnana*), pero deviene irrealidad cuando uno despierta (a la identidad con *Brahman* No-dual)”.

“El mundo parece real (dual) tanto tiempo como el *Brahman* No-dual, el cual es la base de todo, permanezca desconocido (*agnana*). Esto es como la ilusión de ver el metal plata en una valva de ostra”⁷.

Se ha de considerar a *Brahman* como el agente consciente que emerge cuando la yoidad se deshace completamente y se advierte simultáneo al universo entero. En dicha condición no-diferenciada la separación objeto-sujeto se desmembra y da paso a un nuevo estado de cognición. En este nuevo estado de cognición la realidad se advierte bajo una óptica distinta sin que objeto y sujeto deban variar su naturaleza. A este extraño comportamiento en la cognición, mediante el cual el objeto sigue siendo objeto y el sujeto sigue siendo sujeto, sin que a la luz de la consciencia se adviertan diferentes, se le denomina no-dualidad. Allí, en la experiencia No-dual, la ilusión (*maya*) que genera la diferenciación objeto-sujeto se ve suspendida gracias a la recta cognición, es decir, a la cognición carente de sentido del “yo”.

La acción y su ejecutante, considerados como entes duales y diferenciados, poseen una idéntica matriz: *Brahman*, el Absoluto No-dual. Sin embargo, debido a que el individuo sostiene su propia egoencia diferenciada mientras opera mentalmente, se produce una errónea percepción que inicialmente se aprecia

7 *Atmabodha* 6 y 7, Sri Sankaracharya, traducción y comentarios de Swami Nikhilananda, editorial Hastinapura, Buenos Aires, 1999.

como válida a causa de *maya*, y necesariamente deja de percibir el mundo como un continuo de conciencia No-dual.

Por lo tanto, tiene sentido la ética y vale la pena el estudio de la acción exclusivamente en la aparente interpretación dual de la realidad, ya que en la interpretación No-dual de la realidad tanto la acción como el actuante y el universo son idénticos e indiferenciables y, por tanto, no cabe hablar de una ética diferenciada. A este respecto debemos aclarar que el *Vedanta* no niega la existencia de la dualidad, cuya actividad se sostiene mentalmente en el proceso que denominamos genéricamente “atribución de nombre y forma”⁸, sino que afirma que el mundo y su aparente dualidad no pueden ser en ningún momento independientes de su substrato real, esto es, de *Brahman*, el Absoluto No-dual. No existiendo un ego real⁹, es decir, una actividad de apropiación del conocimiento que opere de forma continua por sí misma, y debido a que es un producto de *maya*, nos preguntamos: ¿Quién es, entonces, el hacedor de los actos? La respuesta que da el *Vedanta* ofrece necesariamente la aparición de una nueva idea: las cualidades propias de la materia, las *gunas*¹⁰, esto es, las cualidades primigenias constituyentes del universo entero.

8 La esencia de la diferenciación dual reside en interpretar la realidad No-dual mediante la intermediación dialéctica mental acompañada de sentido de “yoidad”, proceso denominado en *Vedanta* como “atribución de nombre y forma”. Dicho proceso consiste en atribuir a una “forma” cualquiera percibida un “nombre” mental que la defina y que se encuentra almacenado en la memoria, o bien atribuir a un “nombre” cualquiera percibido una “forma” mental almacenada igualmente en la memoria.

9 Calificar a algo como “real” denota necesariamente la cualidad de ser y de existir en sí y por sí mismo. Sin embargo, el ego o “yo” psicológico no existe por sí mismo como realidad separada, sino que sólo existe cuando se lo piensa. De ahí la afirmación de que el ego es una apariencia producto de *maya*, la ilusión.

10 Las *gunas* son tres cualidades esenciales denominadas respectivamente *satva* (equilibrio), *rajas* (actividad) y *tamas* (inercia). Las *gunas*, al mezclarse entre sí, producen los cinco Elementos Sutiles (*akasha* o éter, *vayu* o aire, *agni* o fuego, *apas* o agua y *prithvi* o tierra). A su vez, mediante un proceso posterior de mezcla (*panchikaranam*), estos cinco principios vuelven a entremezclarse para conformar los cinco elementos densos (*akasha* o éter denso, *vayu* o aire denso, *agni* o fuego denso, *apas* o agua densa y *prithvi* o tierra densa). Ni los elementos sutiles ni los densos se corresponden con las estructuras físicas del agua, aire, etc., sino que se parecen más a lo que la física moderna denomina *quarks* (modelos matemáticos e ideales que denotan una conformación potencial de la materia).

Es compleja la interpretación de las *gunas* y de su razón de ser en la teorización del *Vedanta*. Debemos entender y recordar que, para el análisis del *Vedanta*, la conciencia es un continuo que se parece, desde el punto de vista físico, a la naturaleza continua del espacio. El espacio es un continuo completamente homogéneo, esto es, en ningún objeto, ni entre objetos, existe mayor densidad de espacio. De igual manera se advierte la conciencia. La conciencia es un continuo homogéneo que al conocer no diferencia entre conocedor y conocido, pero advierte objetos y sujetos. Los advierte de igual manera a como el espacio sostiene diversos contenidos, pero ninguno de ellos incide sobre la continuidad ni homogeneidad de su naturaleza esencial.

Nada queda aparte de la conciencia, como nada hay en el universo que no contenga espacio. La sustancia de la materia ha de ser, finalmente, una manifestación de la conciencia No-dual. Sin embargo, dicha afirmación sólo puede verificarse en los más altos procesos cognitivos no-duales, en aquellos que hacen parte de la cognición asociada a la Meditación.

En la representación cognitiva dual de cualquier sujeto, en cuya naturaleza mental existe aún sentido del “yo”, cabe la afirmación, según la física, de creer que el universo material es la sustanciación de la energía, y que dicha energía evoluciona en tiempo y espacio dotando de características variadas al proceso creativo. Se acepta científicamente que la energía se transforme pero no se destruya. Así entonces, la energía es la base sustancial de la materia y de todo lo existente en el universo.

Debe entenderse que, desde la perspectiva del *Vedanta*, el sujeto es una momentánea realidad que aparece sólo a causa de la presencia yoica en la cognición. El sujeto se parece en un todo a la realidad aparente que emerge en los sueños. Allí, mientras duerme, todos los personajes soñados parecieran

estar dotados de independencia y personalidad; se advierten como existentes por sí mismos. Basta despertar para diluir dicha apreciación de independencia de los sujetos soñados. Basta posarse nuevamente en el estado de vigilia para que todas las entidades oníricas mueran y se conviertan en tan sólo recuerdos. Podríamos preguntarnos al despertar: ¿quién actuaba o qué producía ese universo? Sabemos a ciencia cierta al despertar que quienes actúan en el sueño, realmente no lo hacen. Afirmaríamos que la materia que dota de independencia a dichos personajes y al decorado donde se encuentran ocurre sin que necesariamente haya un real actor. Entonces podremos afirmar que, mientras el sueño se presenta, hay actores y acciones, y cuando despertamos no hay actores ni acciones, sólo recuerdos.

Por esta razón, en la representación dual que el *Vedanta* plantea, la acción y el actor cobran una consideración muy diferente a la que Occidente reconoce. Para Occidente hay actor y acción. El actor puede actuar y realizar la acción por voluntad propia. El actor actúa sobre eventos que son diferentes de él mismo. En cambio para Oriente, el hecho de aceptar la condición No-dual como base esencial de la realidad induce un aparente sentido de actor y, por lo tanto, de acción. En este modelo oriental la voluntad propia no tiene sentido. Finalmente, el universo actúa por sí mismo, el agente es solamente parte indisoluble de este proceso.

Con el fin de que la acción que el individuo realiza tenga sentido en el mundo dual donde se desarrolla, el *Vedanta* creó la teoría de las *gunas*. Las *gunas* son la expresión sustancial de la conciencia, y su naturaleza esencial es la sustancialidad de la dualidad. Las *gunas* no requieren de un “yo”, así como el “yo” no es más que una modificación de las *gunas*.

Para aclarar un poco esta idea volvamos nuevamente al sueño. Sabemos que mientras soñamos la experiencia onírica

es real. Por lo tanto, mientras dormimos aseveramos que hay acciones y actor. ¿Podemos acaso afirmar que, mientras duermes, el actor actúa por voluntad propia, cuando al despertar su universo se disuelve? ¿Podemos afirmar que el universo y el actor que actúa en sueños son realmente diferentes?

Si todo desaparece al despertar, entonces ¿qué produce la acción mientras dormimos? A la luz del *Vedanta*, quien se conforma como substancia del actor y de la acción en vigilia y sueño son las tres cualidades de materia, las *gunas*, que se entremezclan, ofreciendo un caleidoscopio de sensaciones internas y eventos materiales diversos. Realmente no hay actor, son las cualidades de la materia las que interactúan entre ellas, son las *gunas* que revolucionan entre las *gunas* produciendo las diversas categorías materiales y sutiles.

“Todas las acciones son ejecutadas únicamente por las cualidades de naturaleza (*gunas*). El individuo, alucinado por el egoísmo¹¹, piensa diciendo: “Yo soy el actor”¹².

Son las *gunas*, o cualidades de materia las que, al interactuar entre sí, actúan y movilizan al universo entero y a los moradores que en él viven. El ser humano, inmerso en la no-dualidad como esencia absoluta *Atman*¹³, no obra; tan sólo es un espectador silencioso en forma de conciencia absoluta No-dual.

Las *gunas* se parecen a la naturaleza esencial de la energía: dotan de movimiento, vida y actividad. El universo está

11 La egoencia, denominada en sánscrito *ahamkara*, es una función de la mente (denominada en sánscrito como *antahkarana* o vehículo interno) consistente en generar sensación de propiedad o de adueñamiento de la acción. En virtud de la acción mental, aparece la idea de un ego que se considera autor o ejecutor de la acción.

12 *Bhagavad Gītā* III, 27. Annie Besant, editorial Hastinapura, Buenos Aires, 1996.

13 *Atman* denota la esencia absoluta No-dual referida al ser humano. *Atman* es idéntico a *Brahman*, tal como reza la *mahavakya* (gran sentencia) védica *Aham Atma Brahman* (Este *Atman* es *Brahman*).

impulsado a moverse gracias a que la energía provee el caudal suficiente de información para mantener la incesante acción. Asimismo las *gunas*, según el modelo de las leyes que rigen, impulsan al universo en la dirección adecuada donde la sustancialidad de todo lo creado cobra sentido. La mente, el “yo”, la materia, y todo evento que desde la dualidad sea experimentado, no es más que una manifestación de los ilimitados atributos de las *gunas*.

Tanto las estrellas y las galaxias como las leyes físicas y químicas que en ellas operan son producto del orden implícito y de la actividad propia de las *gunas*¹⁴. Por ejemplo, el cuerpo humano y sus diversos sistemas operan bajo implacables leyes naturales, pero quien actúa en el caso del acontecer humano son los *devas* rectores de las funciones que implican actividad. Desde la perspectiva humana, las *gunas* generan los diversos atributos de los *koshas*¹⁵ o envolturas ilusorias que conforman las diferentes formas de expresión en las que el ser humano puede actuar en todos sus niveles, tanto físicos como mentales. La tradición oriental ha dotado a las *gunas* de inteligencia y dicha inteligencia toma el nombre de *devas*. Así entonces, los *devas* son la expresión inteligente de la acción, y son quienes determinan el curso de los acontecimientos en cualquier parte del universo. Los *devas* se expresan en infinitas familias cuya naturaleza expresa acción material o ideal. Así pues, también existen los grandes *devas* cósmicos, cuya función primordial es regir sobre las inmensas regiones del universo, dotando a cada una de ellas de un

14 Las inteligencias que rigen la actuación de las *gunas* reciben la denominación de *elementales*, *devas* o *dioses* en función de la pureza del principio *sátvico* (equilibrante) que las constituye.

15 El ser humano está provisto de cinco cuerpos ilusorios o *maya koshas*, denominados respectivamente *anna*, *prano*, *mano*, *vignano* y *ananda maya kosha* (correspondientes a los cuerpos físico, energético, mental, de conocimiento y de bienaventuranza).

orden en el que se plantee una acción precisa, según un plan determinado por el *karma* inacabado del anterior universo.

El *Vedanta* desvela que, en realidad, no actúa nadie; quien en verdad actúa son las *gunas*¹⁶. La esencia humana *Atman* permanece inactiva como actor, aunque se mantiene siempre perenne y activa como substrato consciente No-dual respecto al universo donde se desarrolla la trama de la acción. Tal como se ha mencionado anteriormente, en virtud de la acción mental (*antahkarana*) aparece la idea de un ego que se considera autor o ejecutor de la acción. Tal ego, como reflejo ilusorio de *maya*, cree que actúa y que, al hacerlo, opera bajo su libre albedrío. Por tanto, la libertad o libre albedrío es, en realidad, la capacidad egoica de identificarse o no como actuante al realizar la acción. Es decir, al contrario de lo que se supone en general, la libertad o libre albedrío no es la capacidad de realizar o no una acción, sino la capacidad de identificarse o no con ella.

Este proceso de identificación o no del ego con la acción que se realiza es de suma importancia para nuestra posterior descripción ética, pues dependiendo de que exista o no identificación egoica con la acción surge una nueva modalidad de moral, o simplemente desaparece por completo toda valoración moral. Veámoslo con un ejemplo.

Imagine que, mientras duerme, sueña usted que forma parte de un gigantesco espectáculo en un estadio deportivo que alberga miles de personas. Y tenga en cuenta que soñar es una actividad experimentada como real mientras se la realiza, pero que se descubre como inexistente en el mismo momento en que se despierta; es decir, el sueño es real mientras lo vive e ilusorio cuando despierta. Sitúese en

16 *Guna gunesha varitante*, las cualidades de materia revolucionan entre las cualidades de materia.

la gradería y observe a los miles de espectadores seguir con atención cada uno de los sucesos de los jugadores que animan el espectáculo. Note como se mimetiza con el entorno y se convierte en una minúscula pero importante parte de toda esa maravillosa y virtual experiencia. El juego que observa podrá consumir varias horas de su particular sueño y, mientras lo hace, verá cómo las multitudes parecen expresar su alegría o su tristeza según se presenten los acontecimientos. Miles de egos, al parecer con una individual e independiente capacidad de conciencia humana, atienden desenfrenados y absortos al espectáculo. Mientras todo ello acontece, si usted se preguntara “¿Quién actúa?”, “¿Quién impulsa el movimiento de ese inmenso escenario?”, probablemente respondería que ¡es cada personaje quien actúa y, al actuar, transforma el mundo! Esta respuesta parece evidente en ese momento, mientras permanece en sueños.

Pero al despertar, estadio y muchedumbre desaparecen. Ahora, solitario en su propio lecho, y ante el impacto de lo vivido, intenta saber si aún duerme o no. Inicia la etapa de su propia evocación, intentando encontrar su propia continuidad de vida en el tiempo pasado, en los propios recuerdos. Tras una corta pero intensa actividad evocatoria posiblemente concluye usted, sin opción a equivocarse, que realmente lo anterior fue un sueño y que ahora se encuentra despierto.

Sin embargo, suponga que nuevamente se entrega al sueño y regresa a la misma experiencia. Nuevamente aparecen el estadio deportivo, la muchedumbre, etcétera, pero ahora usted es consciente del sueño mientras duerme. Ante esta nueva perspectiva, sin duda cambiará la manera de ver todo a su alrededor, e inclusive su propia relación con el entorno. Pregúntese nuevamente quién actúa y pone en movimiento ese inmenso escenario, y ahora la respuesta será “nadie, nadie actúa”. Todos creen que lo hacen pero

verdaderamente nadie actúa. El único experimentador real es el soñador del sueño, pero él no aparece en ningún lugar del mismo y, sin embargo, ¡es él quien sostiene, totalmente inactivo, toda la actividad onírica!

De igual forma, el *Vedanta* afirma la existencia de la conciencia No-dual como espectador único, eterno y Real de todo lo existente. Asimismo, y simultáneamente, acepta la existencia de la conciencia egoica como una actividad aparente y momentáneamente real, en tanto permanezca la creencia de la existencia de un “yo” que se experimenta a sí mismo gracias a que se recuerda a través de su memoria.

Por lo tanto, la salida al dilema ético consiste en comprender que la única opción que tiene el individuo reside en identificarse o no con la acción que realiza, pues toda acción, en sí misma, es neutra, es esencialmente amor¹⁷. Así, cuando el individuo se identifica mentalmente con la acción que ejecuta, la convierte en real, experimentable y relacionable con otras acciones. En cambio, si no se identifica con ella, no necesitará preocuparse nunca más por la rectitud o moralidad de la acción, ya que estará sumido en la ilimitada conciencia No-dual, en una modalidad de cognición donde todo es todo.

LA IDENTIFICACIÓN CON LA ACCIÓN

Hemos advertido que el individuo, con base a la función egoica (*ahamkara*) que opera en su ámbito mental (*antakarana*), presupone que es el libre ejecutor de la acción. El individuo se apropia de la acción movido por

17 Es necesario distinguir los conceptos “amoral” e “inmoral”. Amoral es aquella acción que se encuentra fuera de cualquier valoración moral, es decir, que es moralmente neutra, como ocurre, por ejemplo, cuando la actuación se ejecuta en el “aquí” y en el “ahora”. El término “inmoral”, sin embargo, alude a aquella acción que se estima alejada de las reglas morales o contraria a ellas.

el afán de obtener recompensa o placer y de evitar, en lo posible, el dolor¹⁸.

Supone, quien así actúa, que existirá alguna modalidad de acción terrenal o divina que provea el esperado descanso y entregue la anhelada felicidad. Busca infructuosamente una experiencia que lo haga sentir pleno, que le dé una razón para vivir, para ser. Sin embargo, su nave mental deambula arrastrada por el azaroso viento de los múltiples mares egoicos donde navega. Por momentos cree encontrar el centro inmóvil de sí mismo donde se respira la fragancia del amor o de la alegría pero, inexorablemente, el tiempo o la distancia, como fuego que todo lo arrasa, terminan por destruir el momentáneo sustento de felicidad. Por momentos se sintió realizado al obtener de la divinidad sus dones, pero luego deviene culpable o triste al no haber podido mantenerlos.

Y es en medio de este incesante cambio de alegría y decepción intermitentes que nace de la acción donde el ser humano juega a creer que controla el mundo y a sí mismo.

Si por un momento siquiera intuyera que él, como ser divino, goza siempre de la paz que no encuentra; si entendiera que se ahoga en el tormentoso océano de su mente buscando aquello que siempre ha sido suyo, dejaría de reclamar confusa y afanosamente a la acción algo que ella jamás le proveerá. Si por un instante intentara aquietar el fluctuante mundo de su mente entendería por fin que, en realidad, es un espectador silencioso, inamovible e ilimitado en el inconmensurable océano No-dual de la existencia.

El error del individuo yace en creer que es él quien actúa y en apegarse al resultado de la acción. Son estas dos características las causantes del dolor psíquico del individuo y de su ignorancia esencial, a semejanza de las almas de los difuntos

18 En sánscrito *raga* (gusto) y *dvesha* (disgusto).

que, al paso por el Leteo, mientras más agua beben de su cauce, más de lo divino y de sí mismos olvidan.

La solución al dilema de la acción no está en encontrar el acto que por sí mismo revele la felicidad. Este acto perfecto no ha existido, no existe ni existirá.

La acción por sí misma no es el detonante de la libertad. Toda acción está enraizada en la interpretación que de ella se tiene. Así entonces, la interpretación de la acción es asombrosamente relativa. Identificarse con la acción la dota de importancia para el actor y relaciona al actor con el resultado de la acción.

La base ética de la acción, desde el *Vedanta*, estriba en que la acción pueda ser ejecutada sin que exista una relación posterior de causalidad entre actor y acción. Todo esfuerzo está encaminado a la disolución egoica mientras se realiza la acción. Por lo tanto, cualquier acción puede realizarse sin el apremiante sentido de reconocerse su poseedor y sin buscar fruto alguno en su resultado.

La acción es un medio muy diestro que anula el sentido egoico cuando se realiza sin que el “yo” se sienta su propietario. Es importante aprovechar la acción, gracias a que indefectiblemente debemos realizarla a cada momento. Así, inmersos en la vorágine que implica actuar a todo momento física y mentalmente, podemos convertir una a una cada acción en instrumentos de liberación del “yo”. Realizar la acción por la acción evitando el sentido de apropiación egoica es la base de la libertad y de la ética oriental.

La acción por sí misma, por actuar, no es importante; la acción por sí misma no es liberadora. Para que la acción adopte una condición que lleve al conocimiento de sí mismo ha de realizarse bajo una óptica mental aséptica carente de adueñamiento. No es necesario que la acción haga parte de una categoría ética que propicie la virtud. Creer que somos

nobles o buenos por realizar un tipo específico de acción tan sólo lleva a reforzar la creencia en la propia bondad, situación que finalmente esta conformada de un tinte sobradamente egoísta. La virtud es un camino de convivencia social, mas no es la base de la realización interior. Una acción se convierte en liberadora cuando es posible ejecutarla sin sentido de pertenencia, sin que exista un “yo” que se jacte de realizarla bien o mal.

“La acción no puede destruir la ignorancia porque la primera no está en conflicto con la segunda. Tan sólo el conocimiento es capaz de destruir la ignorancia, como tan sólo la luz es capaz de destruir la densa oscuridad”¹⁹.

Realizar continuamente la acción sin apresar mentalmente sentido de ser hacedor es una circunstancia práctica muy bella. Actuar y fluir haciéndolo implica parecerse a la naturaleza, en cuyo seno toda acción es libre. Advertir constantemente la acción bajo la prerrogativa de no experimentarse hacedor de ella provoca un cambio en la mente y, por lo tanto, modifica la interpretación que del mundo tenemos. Desafortunadamente, nos creemos a todo momento dueños de las acciones que realizamos; creemos poder direccionar la vida a nuestro antojo y, sin embargo, no somos capaces de responder a cualquier acción libre de los propios condicionamientos históricos o genéticos. Creemos ser dueños de los actos y no nos damos cuenta que simplemente respondemos en función de los hábitos mentales ya establecidos en la memoria. Creemos que somos inteligentes, pero tan sólo actuamos arrastrados por necesidades.

19 *Atmabodha, op. cit.*, 4.

Es el “recto conocimiento” lo que verdaderamente devora la ilusión (*maya*). De todo conocimiento, el que lleva a la comprensión del Sí mismo (*Atman*) es el que provee la salida a la libertad total.

Así pues, ¿qué es identificarse con la acción? Consiste en ejecutar un acto presumiendo ser la causa de él y, además, realizarlo por el provecho que él pueda deparar.

El análisis de la acción que ofrece la tradición oriental es verdaderamente más desarrollado que la interpretación occidental. El *Vedanta* estudia cuatro tipos de acciones que logran desencadenar una respuesta diferente entre actor y acción, esto es, la identificación entre actor y acción se plantea de cuatro formas diversas. Hemos visto que la acción más diestra es aquella que no genera encadenamiento entre causa y efecto, entre la acción y su consecuencia.

El encadenamiento entre causa y efecto, respecto a cualquier acción realizada física o mentalmente por un sujeto cualquiera, fue denominado por la tradición oriental como *karma*. Por ejemplo, trabajar con vista en la obtención futura de un resultado mantiene la presencia yoica del actor en el momento en que realiza la acción y, a su vez, mantiene la presencia del mismo actor en el potencial futuro donde se desencadene el virtual resultado. Cuando se habla de encadenamiento nos referimos tanto a la permanencia del sentido del “yo” en la acción como a su presencia en el resultado futuro. Por lo tanto, realizar una acción basado en mi bienestar futuro crea sentido de continuidad entre quien ejecuta la acción y la acción futura que busca mi bienestar. En ambas el sentido de “yo” perdura, se palpa idéntico. Por esta razón, realizar la acción creando encadenamiento egoico entre causa y efecto, es decir, mantener el sentido egoico entre la acción y el resultado produce *karma*.

Normalmente el ser humano vive encadenándose a través de sus actos, pues convierte la acción en trampolín al futuro donde seguirá existiendo él mismo como individuo. La inadecuada educación lleva a que constantemente nos proyectemos mediante las acciones que realizamos. De esa manera, vivimos bajo el anhelo de lo que aún no hemos experimentado. Sueños, anhelos, deseos, se convierten en la fuente de la acción personal. Se vive para el incierto futuro que todavía no existe. Proceder de esta manera lleva a la indeseable continuidad de la presencia egoica. Por ello suele decirse que el ser humano está encarcelado por su *karma*. Mientras la acción este impregnada de sentido de apropiación, de ser el actor, y busquemos adicionalmente el resultado, el fruto de la acción, la acción presupondrá la existencia de *karma*. Mientras haya *karma* hay “yo”, mientras haya “yo” hay dualidad, y mientras exista dualidad permanece la ignorancia de la real naturaleza humana. La errónea forma de actuar establece un círculo vicioso del cual es difícil escapar. El ego se convierte en pilar de la acción y en fuente de la dualidad, y toda acción se basa fundamentalmente en proveer la continuidad de la existencia egoica.

Para evitar el encadenamiento yoico en el tiempo es preciso realizar la acción desapegadamente, es decir, libre de vínculo con el interés-consecuencia. La acción cotidiana ha de ejecutarse por la acción misma y no por el resultado que de ella deviene. De este modo, no existe una motivación asociada a la acción y, por tanto, desaparece el encadenamiento kármico en el tiempo. Como expresa la sabiduría de la *Bhagavad Gītā*:

“El sabio unido al discernimiento se abstrae en este mundo de las buenas y las malas acciones. Así pues, aplícate al *karma yoga*²⁰ porque *karma yogui* es ser diestro en la acción”²¹.

Así entonces, la acción diestra o recta o *karma yoga* no posee una connotación moral o virtuosa. Más allá de todo relativismo ético, la acción diestra puede realizarse a nivel físico o mental, pero debe estar despojada del sentido de apropiación egoico, es decir, de toda mira egoísta, y ejecutarse sin buscar la obtención del fruto o resultado de la acción.

MODALIDADES DE LA ACCIÓN

A diferencia de otros sistemas filosóficos teórico-prácticos, el *Vedanta* profundiza en la naturaleza de la acción estudiándola como ente neutro, esto es, despojando a la acción de una condición moral carente de un valor específico y convirtiéndola en un evento que debe realizarse por el sólo compromiso de estar vivos.

El *Vedanta* reconoce cuatro modalidades de acción dependiendo de la “intención” o relación que ostenta el sujeto respecto a la acción. Estas cuatro modalidades son: inacción, acción obligada, acción recta y renuncia a la acción.

LA INACCIÓN

Corresponde a la actitud de negación de la acción que ostenta el sujeto a la hora de abordar su propia responsabilidad como ente vivo. Existir como individuo implica una

20 Se refiere al *karma yoga* o realización de la unión a través de la acción.

21 La actividad liberadora de la acción es tal que, dependiendo de cómo se realice, puede inclusive conducir a la completa libertad interior: *Yogah karmasu kausalam*, es decir, [*karma*] *yoga* es ser diestro en la acción, *Bhagavad Gītā*, Op. Cit., II, 50.

responsabilidad cuya expresión natural es el movimiento y la actividad ante el impulso de la manutención de la propia vida. La acción es, en sí misma, parte integrante de todas las infinitas esferas de existencia manifiestas en el universo. Negar el propio deber, la propia responsabilidad a expresarse en el mundo, a conocerlo y conocerse, limita la vida y convierte a quien así la vive en menos que una simple piedra, pues el mineral cumple al menos con el propio deber de inmovilidad que la naturaleza le exige.

“Ni puede nadie, ni aún por un instante, permanecer en realidad inactivo porque irremediablemente le impelen a la acción las cualidades dimanantes de naturaleza”²².

Es la acción misma lo que pone en movimiento al universo entero. Son las acciones asociadas a placer y dolor las que constituyen la fuente de todo movimiento y experiencia. Sin embargo, al hablar de inacción no nos referimos a un inmovilismo textual, que ya se ha visto imposible, sino a la pretensión de inhibir la acción que debe ser realizada en respuesta a las responsabilidades asumidas y por el deber mismo de existir como individuo.

El hecho de tener un cuerpo implica una responsabilidad de cuidarlo y atenderlo en justa medida. No podemos negar las necesidades corporales como el hambre o el cansancio aduciendo falta de tiempo para cobijarlas. Negar la responsabilidad que tenemos para con el cuerpo induce un tipo de encadenamiento entre actor y acción no realizada que

22 B. G., *op.cit.*, III, 5. Las cualidades dimanantes de la naturaleza son las *gunas*, que constituyen los tres principios básicos sobre los que se sustenta todo lo existente: *rajas* o actividad, *tamas* o inercia y *satva* o equilibrio. Lo que expresa esta cita es que todo ser vivo evoluciona, metaboliza, etc., incluso a pesar suyo, es decir, que la acción es inevitable e incesante.

produce *karma* por omisión. Es decir, hay encadenamiento kármico entre el actor y la acción no realizada.

Por ello, negarse a actuar no impide la aparición de *karma*. El *karma* no es un lastre que culpabiliza; simplemente es un nexo automático que nace entre acción y reacción, entre sujeto y acto, cuando la acción y el actor han sido contaminados por el sentido egoico. El *karma* se parece al sencillo proceso gravitatorio: basta acercar dos masas y la gravedad relaciona la materia induciendo una fuerza de atracción. De igual manera, basta relacionar causa y efecto, actor y acción, mediante el sentido de apropiación egoico, e inmediatamente surge un tipo de encadenamiento cuyo fin esencial es la preservación en el tiempo y espacio del "yo". La esencia final del *karma* es la permanencia de la individualidad, la continuidad del sentido egoico.

El hecho de tener un trabajo implica una responsabilidad o compromiso. Quien trabaja recibe una paga cuyo fin es el sostenimiento de las propias necesidades; estudiar es otro tipo de acción. Negarse a alguna de ellas por el sólo hecho de sentir pereza o aburrimiento, o entregarse a ellas en exceso eludiendo otros compromisos previos implica la negación de la acción que por deber ha de ser realizada, generándose un nexo entre la acción no realizada y el actor que no la realizó. Dicho nexo induce un sentido de encadenamiento kármico por omisión, y corresponde al tipo de acción denominada "inacción".

Hay quienes evitan la acción por el sufrimiento que deviene al realizarla; otros evitan la acción por miedo a errar; todos estos son ejemplos de inacción. La inacción niega el proceso y la continuidad natural de la vida. Sin embargo, la inacción total no existe, pues la vida misma y el hecho de ser consciente de ella requieren inevitablemente de actividad. En verdad, es mejor actuar y equivocarse que no actuar.

La acción errada por lo menos concede experiencia, y con ella la promesa de evitar nuevamente el dolor infringido, pero la inacción no allega ningún fruto, ninguna enseñanza que posibilite volver a convertir el error en un vehículo pedagógico de aprendizaje.

“Cumple tus rectas acciones²³, porque la acción es superior a la inacción; e inactivo, ni aún posible te fuera mantener el cuerpo”²⁴.

LA ACCIÓN OBLIGADA

Corresponde al nivel de acción que es más usual en nuestra cultura. Consiste en la presunción de que un acto bueno desencadena una buena consecuencia y que uno malo conlleva una mala consecuencia. Presupone la existencia de acciones cargadas de contenido moral, las cuales, dependiendo de su contexto, deben ser rechazadas o no.

Están aquí presentes en la acción los límites inconfesables que distinguen qué es bueno y qué es malo. Sin embargo, ¿dónde está condensada la moral universal?, ¿acaso en la ejecución de una acción específica? Este tipo de acción desencadena un mecanismo relativista que suele ser usado por el más fuerte para dominar al más débil. Cuando se controla la fe del vulgo se controla su manera de pensar, aquello que en su naturaleza se advierte como correcto. Justificar la acción basada en la fe lleva a la creencia de cielos e infiernos, de la lucha del bien contra el mal, de personas buenas y malas. La moral establecida desde este tipo de acción es un arma más peligrosa que un misil nuclear, pues lleva a cientos de

23 El *dharma*.

24 B. G., *op. cit.*, III, 8.

millones a una directriz mental que se presupone correcta de base, e invalida la opinión de cualquiera que ose tomar una postura diferente.

Creer en la validez de los actos buenos y en la invalidez de los malos lleva a la confusión. Podría entenderse que existen actos que conviene hacer, actos que, por fuerza del sentido común, parecen superiores a otros. Pero actos buenos que buscan ser realizados por ser perfectos..., eso es absurdo. Toda acción es relativa si hace parte de una categorización moral. Es justamente debido a la falta de claridad respecto a la acción y a su contexto relativo que el ser humano se viste de innumerables caretas con las cuales enfrenta la vida. Aprende a mentir por conveniencia, por idealismo, por temor. Justifica invadir un pueblo, asesinar, torturar. Este tipo de acción obligada suele ser un peligroso laberinto donde se mueven los deseos personales, donde los lobos se visten de corderos y los ignorantes permanecen siéndolo para que sus mentores mantengan el poder.

Hacer actos buenos lleva a quien los realiza a creerse bueno. Esta es la más exquisita modalidad de egoísmo que puede ejercer quien tiene el poder: ejercer el control de ingreso al club de los buenos y ostentar el derecho a flagelar y enjuiciar a los malos. Cuánto dolor, cuánta desesperación ha sembrado el hombre persiguiendo a sus semejantes al acusarles de herejes, infieles o antipatriotas. Cuánto sufrimiento aún en el ser humano no tanto por ser feliz, sino por el simple acceso a un vaso de agua, a un pedazo de pan. El ser humano pareciera ser malo, pero no, tan sólo es ignorante. Y lo paradójico es que el mundo está bien. Está bien, pues no puede ser diferente de lo que hace con él la masa humana: creer que hace bien.

Se suele pensar con respecto a la acción obligada que los frutos de su realización pueden ser recibidos en este mundo

o en el otro. Recibir un pago por la acción, ya sea inmediato o en un supuesto futuro es una circunstancia que crea un angustioso proceder. ¿Cuál es el valor exacto del resultado de la ejecución de una obra? ¿Y quién la juzga? He aquí la sin salida. Se presume que Dios, o en su defecto la naturaleza, determina qué obra es correcta y quién obra correctamente. Pero, ¿bajo qué dogma se establece en modo práctico nuestra relación con el entorno y con nosotros mismos? Si lo hubiese, ¿dónde está escrito? Tal vez..., ¿en el cielo...?

Impulsar la acción por un supuesto provecho celestial posterior a esta vida es el despropósito de aquellos que no pueden ver la libertad en esta vida. Una y otra vez, en forma ignorante, llevan como corderos a quienes los escuchan, induciéndolos a confusión. ¿Y cómo unir coherentemente esta vida con la otra cuando se presupone que existe un más allá? La única salida al dilema es afirmar que con posterioridad a la muerte hay vida eterna. Si este axioma es válido, la lucha por hacerse con el mejor y más cómodo lugar del mundo futuro se convierte en tarea diaria; pero, ¿y si las condiciones de esta vida no son afortunadas? Entonces, la promesa de una eternidad cómoda y agradecida se convierte en dolor y desesperación.

Con semejante modelo ético falto de coherencia e inteligencia no hay salida posible, excepto por la vía de la fe ciega y dogmática. La fe mueve montañas, pero también mueve ignorantes. Existe un medio palpable que le permite a la acción determinar su posibilidad de ensalzarse y convertirse en faro interior: la no apropiación de la acción unida a la renuncia al fruto de la acción. Mientras el ego asuma el control de la acción será como una planta cuyo crecimiento depende de que se la abone momento a momento con cada acto. El encadenamiento egoico entre actor y acción sostiene la individualidad, y mientras la individualidad persista

el ser humano es presa de los extremos que viajan entre placer y dolor.

A su vez, buscar a través de la ejecución de la acción un provecho para esta vida convierte al actor en un ansioso buscador de metas y en un utilitarista de su propia conveniencia. Sin embargo, cualquier bienestar que como recompensa provenga de la acción será siempre efímero. El esfuerzo psicológico derivado de buscar obtener un provecho, o incluso de mantener el provecho ya alcanzado, es causa de tensión y mantiene vivo el sentido de identificación con un “yo” que lucha en la titánica tarea de intentar ser feliz con aquello que ha conseguido. Se sufre por los logros no concedidos y posteriormente, al obtener lo anhelado después de mucho esfuerzo, se sufre ante la posibilidad de perder lo logrado.

En resumen, la ausencia de una moral universal y la falta de un conocimiento estable sobre el “más allá” llena de incertidumbre la acción cuando ésta es contemplada bajo el lente de sacar de ella provecho.

Desde la perspectiva del *Vedanta*, la acción obligada es superior a la inacción, pues la experiencia que la acción obligada depara ofrece por lo menos un mínimo aprendizaje. Sin embargo, la acción obligada está lejos de constituir el modo correcto de actuar. Realizar la acción por la apetencia del resultado lleva necesariamente a identificar la acción con el resultado que ella genera. Así entonces, la acción y el deseo que la impulsó a existir no mueren cuando ha sido ejecutada la acción, sino que se mantienen mientras el fruto de la acción no se coseche; y aún después de cosechado, el deseo se mantiene vivo en la necesidad misma de conservar el provecho alcanzado.

El deseo o acto de intencionalidad que, como se ha visto, nace de la identificación del sujeto con la acción, es el instrumento mediante el cual se encadenan la acción y su

consecuencia, esto es, el sujeto y el mundo donde se desenvuelve. Las acciones realizadas desde la perspectiva de la intención crean sensación de continuidad al ego actuante, de tal forma que ambas, acción y resultado, parecen propiedad de un “yo” que empieza a parecer ser parte de un evento continuo y estable en el marco espacio-temporal. El espacio donde la acción se realiza y el tiempo que transcurre en aparecer su fruto están ambos relacionados con un ente con capacidad de recordar el pasado, vivir el presente y proyectarse al futuro. Este ente se denomina “yo”, “ego”, “individuo” o “sujeto”.

A su vez el individuo, al realizar la acción impulsado por el fruto de la acción misma, se siente poseedor de la experiencia y de su consecuencia próxima: el fruto de la acción. De esta forma, actor y consecuencia quedan ligados inseparablemente. Así entonces, el ego se identifica erróneamente como propietario, como potencial gozador de la consecuencia que un día emergerá. Esta vinculación entre acción, consecuencia y ente actuante (ego) fue denominada desde siempre por los antiguos sabios como *karma*.

Por ello, toda acción ejecutada con identificación o sensación de pertenencia (actividad egoica) y con anhelo del resultado que de ella pueda derivarse genera *karma*. En definitiva, el acto vivido con sentido de ser ejecutor del mismo y de perseguir un resultado final crea sensación egoica de continuidad. El individuo, creando *karma*, se liga a la acción y a su consecuencia.

LA ACCIÓN RECTA

Existe una manera correcta de realizar la acción sin que exista un nexo entre causa y efecto. En realidad, se busca impedir la aparición en la consecuencia de la realización de

la acción de un efecto en el que exista la presencia egoica. La idea, entonces, es evitar el sentido de identificación yoico cuando la acción se realiza. Para definir este tipo de “acción recta”, junto con el andamiaje teórico que existe a su alrededor, la tradición oriental enarboló la palabra *dharma*. *Dharma* es aquel tipo de acción que no genera *karma*, es decir, en la que no hay encadenamiento causal egoico entre actor y resultado de la acción.

El universo dual se entreteje gracias al *karma*. *Karma* implica necesariamente el concepto de ilusoriedad (*maya*); el *karma* surge en *maya*. *Maya* implica ignorancia (*agnana*), esto es, una incorrecta percepción de la realidad a causa de un elemento dicotomizante y diferenciador en la cognición al que denominamos “yo” (*ahamkara*).

La realización dhármica de la acción implica la ruptura del *karma*, puesto que la acción se plantea sin encadenamiento egoico. La ruptura del *karma* implica el desvanecimiento de *maya*, la ilusión, y con esto se replantea la percepción de la realidad.

“El mundo está ligado por la acción, menos por las que se cumplen por *dharma*. Así, ¡oh hijo de Kunti!²⁵, ejecuta tus acciones con este intento, desembarazado de todo apego”²⁶.

Convertir la acción en un acto sagrado implica que la acción misma transforma al actor y le concede la libertad interior. La acción, sin importar cual sea esta: comer, reír, acariciar, jugar, pensar, etcétera, puede convertirse en camino al descubrimiento interior. La acción misma es un

25 Según narra el *Mahābhārata*, Kunti fue la primera esposa de Pandú, con quien tuvo tres hijos: Yudhisthira, Bhima y Arjuna.

26 B. G., op. cit., III, 9.

trampolín para el descubrimiento de la propia realidad. Todo se basa, según el *Vedanta*, en ejecutar la acción carente de todo sentido egoico.

La ausencia de sentido egoico es un concepto complejo de entender para la cultura occidental, pues toda su trama cultural se centra en la preservación de la naturaleza egoica y personalística. El ego es un evento axiomático, es decir, se plantea como una realidad tan evidente que no requiere ser demostrada. Para Oriente el sentido del “yo” no es tan sólido como lo plantea Occidente. Para Oriente el “yo” es un subproducto del proceso dialéctico, tal como al encender un fuego existe el subproducto de su resplandor. Occidente no sabe a ciencia cierta a qué se refiere la tradición oriental cuando estipula realizar la acción carente de egoísmo. Erróneamente se plantea la creencia de asumir el egoísmo como una actividad psicológica cuando, en verdad, estamos hablando de un proceso netamente epistémico. El egoísmo del cual habla el *Vedanta* es la presencia del “yo” en la acción; esta circunstancia no tiene nada que ver con el sentimiento egoísta o la emoción egoísta psicológica.

Actuar carente de “yo” permite realizar la acción sin encadenarse a su resultado. Imagine, por ejemplo, algún momento donde en una excursión sale a recorrer la montaña. El paisaje que disfruta y la intensidad de la naturaleza llevan a absorberse fácilmente de manera visual, auditiva y olfativa con el entorno. Mientras esto ocurre, mientras está absorbo, disfruta, camina, ríe, conversa, pero todo ocurre sin que en ello exista sentido de alguien que disfruta, camina, ríe o conversa. Sumirse en la acción con intensidad impide la aparición del “yo” pero no evita la realización de la acción. Realizar la acción bajo este nuevo modelo se denomina “recta acción”. La ejecución de la “recta acción” lleva implícito no encadenar al actor con la acción, pues el actor no existe en

ese momento en la acción. Dicha ausencia de encadenamiento se denomina *dharma*.

El ambiente natural sobre el cual se desenvuelve la acción se denomina *dharma*, “recta acción” o *karma yoga*. Quien cumple la acción desde esta perspectiva no genera excesivo gasto psicofísico pues, libre y sin esfuerzo, actúa estando inmerso en lo que hace.

Dharma es, entonces, la acción ordenada que sitúa a quien actúa como parte de un orden natural y espontáneo donde no existe ni exceso ni defecto en el actuar. *Dharma* es una medida justa que se adapta a cada acontecer. Toda acción, por difícil o conflictiva que parezca, tiene una forma de hacerse rectamente.

Todo ser humano tiene un *dharma*, un deber supremo cuando ejecuta sus actos, y es el utilizar la acción para realizarse interiormente. La misma naturaleza tiene también su *dharma*, su deber: el del Sol es iluminar y dar vida; el de los animales, entre otras funciones, es el de servir de alimento a sus depredadores, y estos a los siguientes en la cadena alimenticia, con el fin de preservar la vida, etcétera. El *dharma* más alto del ser humano es el conocimiento de sí mismo.

LA RENUNCIA A LA ACCIÓN

Quienes, esclarecidos por un discernimiento puro, han podido reconocer su propia esencia como eterna, inmortal y No-dual, ellos renuncian a actuar socialmente en el mundo mientras permanecen sumidos por siempre en su propia realidad interior. Así, ven el juego de la vida como quien nota el soñar reconociéndolo como ilusorio. Estos actúan sin actuar, pues sus impulsos no dejan huella kármica. Cualquier acción es realizada sin que haya nadie ligado a ella. La responsabilidad de ser parte de este mundo muere para

ellos. Ahora no sólo se abstienen del resultado de la acción, sino que la acción misma huye espantada, pues no existe manera alguna de verla en el espejo cuya superficie refleja exclusivamente la realidad del Ser No-dual.

Allí, libre en sí mismo, el sabio actúa sin actuar y, mientras así vive, el gozo de la bienaventuranza divina lo llena sin que a su alrededor nadie lo note.

“Sin confiar en nada, con su mente y su ser disciplinados y todo anhelo de goce en abandono, cumple las acciones sólo por el cuerpo y no cae en error”²⁷.

“Satisfecho con lo que quiera que obtenga sin esfuerzo, libre de los pares de opuestos, exento de envidia, equilibrado en la dicha y en la adversidad, no está ligado a las acciones que ejecuta”²⁸.

A quien así actúa se le denomina *sanyasin*, renunciante. Viste de túnica color azafrán y, con un cuenco y bastón como únicas pertenencias, santifica cuanto halla a su paso. Así, este sabio establecido en el conocimiento de sí mismo es libre pues, aunque actúa, tiene claro que no es él el actor sino que son las *gunas* las que realizan toda acción. Su conciencia raya la infinitud y el universo se despliega a sus sentidos sin límite alguno.

Imagine que mientras opera el sueño es capaz de reconocer que duerme y comprende que el universo que se despliega es parte de la ilusión de su mente. Ser consciente que sueña mientras duerme no es una situación común, pero

27 B. G., *op. Cit.* IV, 21

28 *Ibid.* IV, 22.

tampoco es algo ajeno a nuestras posibilidades. Note las personas, los edificios, los paisajes que se descubren uno a uno ante la mirada consciente de quien, mientras duerme, se reconoce soñando. Mientras ello ocurre, y debido a la certeza de que es un sueño, los eventos adoptan una condición diferente, pues se sabe a ciencia cierta que en cualquier momento desaparecerán. Desde este enfoque el soñador no se siente gozador de un mundo que se desgajará en cualquier momento como una nube transportada y fraccionada por el viento. Inclusive para el soñador tiene sentido abstenerse de cualquier acción, a causa de que reconoce sin duda alguna que es espectador de una ilusión. Eso mismo ocurre por parte del *sanyasin*, del “renunciante a la acción” respecto al mundo en vigilia. El *sanyasin* reconoce su esencia inmortal. Su comprensión de sí mismo no tiene duda alguna. Así, aunque mira, huele, camina y come, él nada hace, pues su mente no se arraiga a ningún hecho ni a ninguna situación. Todo compromiso social cesa, pues toda responsabilidad hace parte de la misma futilidad e ilusoriedad que los restantes eventos. Esta forma de encarar la vida se denomina “renuncia a la acción”, y a quienes logran posar su mente en la realidad No-dual de forma permanente y, aún así, hacer parte del mundo, se les denomina *sanyasin*.

SEGUNDA PARTE

Análisis de la “Recta Acción”

Análisis de la “Recta Acción”



De las cuatro modalidades de acción descritas en el capítulo anterior, intentaremos profundizar ahora en la tercera de ellas, la “recta acción”, *dharma* o también llamada *karma yoga* cuando la acción se realiza como medio de liberación interior.

Las dos primeras modalidades (la “inacción” y la “acción obligada”) no tienen solución coherente desde la perspectiva ética, y son la base del acontecer humano en el ámbito mundano. La cuarta, por su parte (“la renuncia a la acción”), es muy esporádica y sólo es alcanzada por unos pocos que iluminan a su paso a los innumerables individuos que beben del gozo y del dolor del mundo.

Desde la manera de afrontar la acción que propone el *Vedanta*, hemos denominado “acción recta” a aquella que sirve de referencia universal. La “recta acción” como forma de vida se denomina *karma yoga* o vía que, gracias a la correcta forma de realizar la acción, la convierte en camino de autoconocimiento de sí mismo. La vía del *karma yoga* considera que es necesario evitar tanto la identificación del ejecutante como realizador de la acción como su identificación como gozador de su resultado o consecuencia.

La identificación con la acción consta de dos parámetros: en primer lugar la aparición del sentido de egoencia, que consiste en la apropiación de la realización de la acción, es decir, en sentirse ejecutor de ella. En segundo lugar, la búsqueda del resultado de la acción, es decir, el anhelo del fruto que de la acción puede derivarse.

A medida que la identificación aparece, ya sea por un parámetro, el otro o ambos, surge como consecuencia la aparición del *karma*. Por lo tanto, el *karma* es consecuencia de la identificación del actor con la acción. El *karma* liga buenas y malas obras pero, específicamente, es aquella circunstancia que une y encadena al actor con la acción misma y con la consecuencia de la acción mientras exista sentido de egoencia y búsqueda del fruto de la acción.

Se desprende de aquí que existe la posibilidad de realizar la acción sin apetencia de fruto y sin egoencia. Ello no implica dejar de lado la responsabilidad asumida previamente con el acontecer cotidiano; es más, implica cumplir adecuadamente con la responsabilidad de realizar la acción, sólo que sin identificación. A este modo de realizar cualquier actividad se le denomina, como ya se ha citado, *dharma*, “recta acción” o *karma yoga*.

Como consecuencia de las afirmaciones previas existe la posibilidad, exclusiva para cada individuo, de identificarse o no con la acción. A ello se le denomina “libre albedrío”. Por lo tanto, la libertad no estriba en decidir qué acción ha de realizarse, sino en identificarse o no con ella por sentirse su actor o por anhelar su posible resultado o consecuencia.

El libre albedrío no radica en una supuesta elección volitiva del sujeto, sino que se basa en la capacidad o no por parte del individuo de asociarse a la acción por apropiación o intencionalidad. Los actos y el destino de ninguna manera pueden ser cambiados, de igual forma que cuando ha sido

ya impulsada una flecha por el cordel de un arco es imposible modificar la trayectoria hasta el momento final en que impacta con el blanco.

Con el fin de aclarar de manera más extensa lo dicho hasta aquí respecto a la “recta acción”, analizaremos por separado cada uno de los dos elementos causantes de la identificación y, por ende, del nacimiento del *karma*, esto es, la apetencia de fruto y la egoencia.

LA APETENCIA DEL FRUTO DE LA ACCIÓN

También denominada como la “búsqueda del resultado de la acción”. Esta actividad ocurre cuando, al realizarse la acción, el ejecutante se identifica con la intención de obtener un resultado específico o general. Por ejemplo, comer comida vegetariana para no engordar o para mejorar la salud; ir al cine para no sentirse solo; trabajar denodadamente para comprar una casa..., y miles de acciones de este tipo.

Nótese cómo cualquier acto que realiza el ser humano está siempre cargado de la búsqueda del resultado de la acción misma. Nuestra cultura condecora al futuro y le otorga un altar al cual se le honra y ora a todo momento. Plantear una acción sin búsqueda de resultado suele ser para Occidente como comer arroz sin colocar especie o sal alguna: es completamente insípido, sin sabor.

Nuestra cultura occidental se mueve en función del futuro. La educación sortea la problemática de la subsistencia futura; las pensiones solucionan el dilema de la incomodidad que prevé la vejez; el ahorro impulsa la economía y permite la existencia del sistema capitalista. Nuestra sociedad es una cultura “de” y “hacia” el futuro. Cuando la mente no va en esta dirección, entonces se afianza en el pasado,

y convertimos la memoria en rey de reyes, en el acto fundamental que es necesario cuidar y favorecer.

Una madre, por ejemplo, debe amar “naturalmente” a su hijo, pero esto no siempre ocurre. Lo que sí suele pasar es que la madre colme la necesidad de extrovertir su propio cariño usando para ello al pequeño bebé. No quiere decir esto que amar a un niño sea incorrecto, por supuesto que no. Pero amar a alguien por “mi propia necesidad” de amar contamina el cariño que puedo procurar. El amar asociado a “mi necesidad de amar” no tiene nada que ver con “amar naturalmente”. Amar pensando en “mi propia soledad” presupone la expresión de un cariño que puede llamarse amor, pero que también puede calificarse de “condicionado”; amar pensando en la “debilidad del recién nacido” presupone un “amor necesario”, desde el cual el amor se entrega en cuotas que finalmente desaparecen con la futura y lejana independencia que llevará con el tiempo a la madurez del niño; amar pensando en la “protección que ofrezco” desdibuja el cariño debido a la propia inseguridad... Como se notará, amar por el amor mismo no es lo común en los seres humanos; para estos, el amor es siempre causa o consecuencia.

Note ahora, por ejemplo, cómo operan los diversos sistemas fisiológicos de funcionamiento corporal. La digestión o la circulación sanguínea ocurren “naturalmente”; nadie se preocupa de ello excepto si está enfermo. El mágico enigma de la vida acontece a cada instante en su sabia expresión, operando sin defectos ni excesos y sin la intervención de nuestra voluntad. Aunque parezcan involuntarias, las funciones corporales se adecuan a cada momento situándose en concordancia con el cansancio, la alegría o la vejez. Su actividad acomodativa y dinámica demuestra que su expresión se liga a la inteligencia y al orden mismo. Pero ¿qué inteligencia

y qué orden adecua dicha actividad? ¿Cómo podemos estar sumidos en un universo que es perfecto y no darnos cuenta de su maravillosa exactitud?

Cualquier acontecer es perfecto en sí mismo y, sin embargo, todo acontecimiento natural de la realidad dual es dependiente de su propia historia. No puede existir una guerra, una hambruna o una celebración que aparezca existiendo independiente de un pasado propio. Todo aparece a causa de que el obrar del ser humano está teñido de consecuencias. El futuro jamás es inocente ni aparece por sí mismo. Sin embargo, el futuro es perfecto en sí mismo, pues se desarrolla en justa medida y acorde con el ambiente pretérito. El futuro no es más que el entorno próximo donde nuestra valoración podrá existir, donde nuestra egoencia podrá prevalecer. Crear futuro es calmar en el tiempo la sed de existir del “yo”. Identificarse con la acción es crear futuro; pero no un futuro independiente, sino un futuro que un instante cualquiera será presente, un futuro que en forma de presente se convertirá en un acto liberador.

“Quien ejecuta la acción como un deber, independientemente de los resultados de la acción, es un asceta, es un yogui; no el que sólo prescinde de ritos y sacrificios”²⁹.

La acción realizada por el deseo de la consecuencia dota de subsistencia al “yo” y proyecta su existencia al futuro. Mientras exista un “yo” que actúe con apetencia del fruto y con sentido de pertenencia, habrá proyección de futuro para ese sujeto en un mundo dual.

29 B. G., *op. cit.* VI, 1.

La consecuencia inmediata del *karma* es el *samsara*³⁰, la continua rueda de muerte y renacimientos. Al finalizar la vitalidad³¹ entregada al individuo para la vida presente, los inacabados deseos impulsan a conformar nuevamente los cinco principios³² sobre los cuales rondará su próxima vida. Así el ego asegura su perpetuación. La acción asociada a su consecuencia impide al “yo” dejar de existir.

Es así, mediante el apego al resultado de la acción, como el sujeto prevalece afianzando en el tiempo su propia identidad individual como “yo” separado. No hay “yo” sin un futuro para él. El futuro y la pervivencia egoica nacen de la identificación con el resultado de la acción.

LA EGOENCIA EN LA ACCIÓN

También denominada “actitud de pertenencia” en la acción. Esta característica de la identificación con la acción es profundamente sencilla y, a la vez, compleja de entender.

Por ejemplo, el cristianismo ha incursionado en el tema cuando pone en boca de Jesucristo en la cruz la afirmación “hágase tu voluntad y no la mía”, también recogida en parte en la oración del Padre Nuestro. Con ello el individuo se desprende de su egoísmo y acepta convertirse en instrumento de la divinidad. Sin embargo, debe entenderse que lo que sucede es un actuar sin estar inmerso volitivamente en la

30 Las teorías indoeuropeas y orientales del *karma* y del *samsara* son dependientes la una de la otra.

31 El *prana* o energía vital.

32 *Anna maya kosha* o envoltura ilusoria conformada de alimento.

Prano maya kosha o envoltura ilusoria conformada de vitalidad.

Mano maya kosha o envoltura ilusoria conformada de mente.

Vignano maya kosha o envoltura ilusoria conformada de conocimiento.

Ananda maya kosha o envoltura ilusoria de bienaventuranza.

acción, y no un dejar de actuar esperando el llamado de Dios, pues en ese caso se estaría cayendo en la inacción.

Un elemento que puede dar claridad al respecto es el análisis de la voluntad. La voluntad es una actividad mental que lleva siempre a una meta, a la consecución de un objetivo específico. La voluntad implica la presencia de mi personal esfuerzo asociado al anhelo, al deseo por la obtención de un resultado. La voluntad lleva implícito uno de los pronombres personales: “yo”, “tú”, “él”, “nosotros”, “vosotros” o “ellos”. La voluntad es una fuerza que dirige, pero requiere de un director. Ese director es el “yo”. Mientras haya voluntad existe un “yo” que direcciona mentalmente el esfuerzo en busca del resultado de la acción.

Esto puede parecer normal a la cultura occidental, es decir, la presencia del sentido egoico en los diversos procesos volitivos. Pareciera que no existe otra opción de funcionamiento mental. Plantear la existencia de actividad mental sin la presencia egoica suele ser tan extraño como dormir con los ojos abiertos. Es un axioma supuesto para la ciencia que el “yo” existe y siempre inunda la cognición. Jamás en Occidente se plantea un tipo de percepción diferente a ese.

Así entonces, asumir un modelo de cognición diferente al volitivo, donde se plantee la exclusión de cualquiera de los pronombres personales, pasa a ser casi una quimera. La presencia del “yo” en la acción implica que este hace parte siempre de la trama de la cognición. Es importante resaltar que, bajo los modelos orientales de cognición, existen nuevas formas de adentrarse en la descripción mental de las realidades conscientes. Específicamente hay tres adicionales estados de conciencia que más adelante estudiaremos y que se

denominan Observación, Concentración y Meditación, junto con la culminación de este último, el *Samadhi*³³.

“Has de saber, ¡oh *Pandava*!, que la renunciación equivale al *yoga*. Nadie puede llegar a ser yogui si no renuncia a la voluntad intencionada”³⁴.

Tampoco debe entenderse que es posible obviar la pertenencia egoica inherente al acto volitivo que produce la acción, asociándola o responsabilizando de ella a un tercero. En este sentido, sentirse poseedor de la acción no se evita obrando mediante o favoreciendo a un tercero. Entender erróneamente esto nos puede llevar a convertirnos en falaces filántropos, donde la entrega a un tercero avala cualquier sacrificio personal, aunque sea doloroso. Finalmente, todo consiste en creerse o no filántropo mientras se realiza la acción, o en presuponer los buenos votos que obtendré en un posible futuro gracias a la entrega y sacrificios hacia los demás. Pensar de esta manera es absurdo y presupone una aparente entrega idealista o espiritual marcada por el egoísmo.

En este caso, no es viable justificar que un llamado divino impulsó en mí la necesidad de hacer esto o aquello, responsabilizando de la acción a un tercero, ya sea este un libro, una institución... La presencia egoica también está activa en quien delega su responsabilidad actuante en terceros, pues es él mismo quien acepta comprender que debe sacrificarse por un mandato superior. Actuar es comúnmente un arte profundamente subterráneo en el que eludir las responsabilidades siempre se justifica.

33 En sánscrito denominados: *pratihara*, *dharana*, *dhyana* y *samadhi*

34 B. G., *op. cit.*, VI, 2.

Independientemente de cualquier acción, el mero hecho de que exista presencia egoica, que exista un sesgo de voluntad en la acción, hace que esta encadene al actor con la acción misma y, por supuesto, con el resultado de la acción.

LA CONSECUENCIA DE LA INACCIÓN Y LA ACCIÓN OBLIGADA: EL KARMA

He aquí la gran diferencia entre la ética occidental y la oriental: el concepto de *karma*. *Karma* es el término que denota la relación entre pasado, presente y futuro; es el eslabón que une los tiempos; la relación inmediata que aparece cuando el sujeto experimentador se asocia a la acción mediante identificación y encadena la causa con su consecuencia.

Para algunos sistemas occidentales, la acción es un ente cualificable y cuantificable, a tal punto que la axiología³⁵ intenta categorizar la acción buscando los elementos primarios que motivan la conducta de un sector social, o bien intenta encontrar el “valor” del objeto intencional de un juicio o una acción³⁶. A su vez, la ética y la moral promulgan conductas acordes a valores predeterminados.

Para el *Vedanta*, la acción es una de las infinitas manifestaciones de la conciencia. El gran inconveniente radica en presuponer de base que acción y actuante difieren. La conciencia No-dual es un continuo en el que están inmersas todas las condiciones potenciales de existencia, tal como en una joyería están expresadas las múltiples formas con las que se moldea el oro. La acción no es consecuencia de ella misma;

35 Rama de la filosofía que estudia la naturaleza de los valores y juicios valorativos.

36 Existen pensadores que presuponen que el valor y los juicios de valores han de ser eliminados en la actividad científica y tan sólo deben ser válidas las aportaciones “neutrales”.

es tan sólo la actividad dinámica de la conciencia No-dual. La acción por sí misma no es un problema, ni su naturaleza es un dilema; la problemática de la acción nace en el momento que aparecen actor y acción vistos como diferentes uno de otro. Cuando se advierten diferentes actor y acción, como un entretejido del mundo dual, es cuando avicinamos el problema, pues intentamos justificar cuál de ambos, sujeto y objeto, son el origen y causa de su razón de ser.

Para el *Vedanta*, la ética desaparece cuando se establece el análisis de la acción desde una plataforma No-dual. La percepción de eventos bajo la modalidad de simultaneidad temporal y ubicuidad espacial propia de la no-dualidad infunde una nueva perspectiva a la luz de los contenidos morales. Todo problema moral reside en el inconveniente de comparar el acto realizado con otro evento supuestamente mejor. La inclusión simultánea en la cognición de ambos, la acción y la categorización del evento supuestamente mejor, deja de lado cualquier comparación.

La acción, desde la perspectiva No-dual, adopta un tinte diferente al que suele establecer el análisis occidental. En este caso, para el *Vedanta*, la acción no corresponde ni se asocia a un acto volitivo. La acción está enmarcada en un ambiente kármico con el cual convive si hay sentido de yoidad en su ejecución. La acción no surge espontáneamente, nace a causa del *karma* producido por el encadenamiento de actor y acción. Los deseos inacabados del actor quedan latentes como las bacterias en la piel a la espera de un corte para introducirse e infectar la sangre: los deseos inconclusos, los impulsos volitivos no saciados del actor a lo largo de su vida, generan una latencia que lleva a que se manifiesten en el tiempo y el espacio; la necesidad de la actualización del *karma* se denomina "acción". En definitiva: la acción no nace por sí misma ni nadie impulsa a que la acción sea la acción, ella simplemente

ocurre, tal como en aquellos juegos de movimiento perpetuo, donde al activar una pieza las restantes se ponen en movimiento sin detenerse jamás.

“El señor del mundo no engendra la idea de actividad [*karma*] ni las acciones ni el nexo entre la acción y el fruto de la acción. Tan sólo se manifiesta la naturaleza”³⁷.

Por ello, la única forma de obviar la presencia del *karma* es impidiendo el flujo de causalidad entre acción y actor. Dicho encadenamiento lo provee el “yo” al realizar como actor la acción con impulso volitivo.

La única opción inteligente para evitar una y otra vez convertir la consecuencia de la acción en causa de otra y evitar así el inútil *samsara* es aprender a reaccionar con neutralidad ante el presente. La neutralidad consiste en realizar la acción con destreza, de forma aséptica, esto es, realizar la acción sin quien la realice y, sin embargo, no realizándola, que sí exista acción.

“Quien ve la inacción en la acción y la acción en la inacción es sabio entre los hombres, y en armonía permanece mientras ejecuta toda acción”³⁸.

La acción sí debe realizarse, pero no debe haber realizador. A su vez, sí debe haber realizador pero no debe haber acción que realizar. Este galimatías de conceptos es la base de una inmensa sabiduría que libera a la acción y al ejecutante del peso moral.

37 Ibid. V, 14.

38 Ibid., IV, 18.

Gran parte de la cultura occidental busca presurosamente encontrar el “valor justo” que se acomoda a cada acto y, para ello, enuncia una serie de “acciones guía”, las cuales sirven como ejemplo de vida a todo individuo. Sin embargo, estos clásicos de la acción son tan relativos e inestables que se opta por modelos culturales o grupales que adolecen de universalidad. El grupo de individuos sobre el cual pueden servir de ejemplo los “modelos de valor” varían, pudiendo ser desde uno a miles o millones, pero jamás pueden aplicarse sobre el conjunto universal de personas.

El *Vedanta* resuelve definitivamente el dilema planteando, tal como se ha dicho, un enfoque totalmente distinto a la cuestión moral y ética: lo que el *Vedanta* plantea como elemento clave en la acción es que el sujeto experimentador de la acción puede o no identificarse con ella. Si existe identificación o intencionalidad por parte del actor, ya sea en forma de apetencia del resultado o de sensación de pertenencia, el experimentador aparece ligado no solamente con la acción que realiza, sino también con su consecuencia. Una vez más: es esta relación causa-efecto inducida por la identificación del actor con la acción la que se denomina *karma*. A su vez, la realización de la acción sin identificación, es decir, sin buscar fruto y sin crear actividad egoística en la acción, no genera ligadura de efecto con la causa, situación que libera al experimentador de la carga psicológica de buscar resultados, y crea un ambiente libre donde la consecuencia aparecerá por sí misma debido a su propia actividad natural e inteligente de asociación. Realizar la acción de manera inegoísta y sólo por la acción en sí, sin la búsqueda del resultado, se denomina *dharma*, el deber natural con el que debe ser realizada la acción.

Mientras algunos pensadores occidentales ocupan su tiempo en afianzar la cambiante y amañada ética buscando

modelos costumbristas cada vez más estables, los orientales tan sólo se preocupan por identificarse o no con la acción, lo cual induce *karma* o *dharma* respectivamente.

Una parte de la ética occidental ve en las buenas acciones la salvación posterior del alma y en las malas el eterno e infernal castigo. Los orientales, sin embargo, lo que destacan como significativo es la identificación del sujeto con la acción, en cuyo caso aparece o no el *karma*, a saber, el impulso generador de vida, de muerte y renacimiento en incalculables ciclos y, por supuesto, la continuidad de la mente y de su sed de pertenencia en forma de egoencia.

Para algunos sistemas occidentales, la meta de la vida y de las acciones radica en la consecución del equilibrio social y en la obtención de una conducta estable, a lo cual se suma la posterior salvación eterna después de la muerte. Para el *Vedanta*, sin embargo, la meta de la vida y el porqué de la acción reside en el reconocimiento de la identidad entre individuo, *jiva* y la conciencia No-dual, *Brahman*, que otorga la continua experiencia No-dual. Para ello basta detener y deshacer al precursor de la dualidad, el "yo", que en su afán de prevalecer induce por su propia ignorancia³⁹ la identificación con la acción.

Para gran parte de la cultura occidental la tarea de la vida consiste en preservar a toda costa la propia identidad individual (egoencia), sin reparar en que esta actividad se traduce continuamente como egoísmo en el actuar. Para los orientales, sin embargo, el ego es el precursor del desmembramiento de la realidad absoluta No-dual, razón por la cual la tarea de la vida estriba en lograr un estado interior estable, continuo y ausente de individualidad, estado el cual ha de mantenerse tanto en la meditación interior como en la vida activa externa.

39 *Agnana* o ignorancia.

En fin, la correcta comprensión del término *karma* abre las puertas a un nuevo mundo de ideas respecto al ser humano y a su entorno, permitiendo descifrar las leyes éticas que los relacionan. El *karma* no es ni bueno ni malo; tan sólo es un principio que relaciona la acción con el ejecutante de tal manera que, debido a la identificación, la acción lleva implícita como causa en su propia naturaleza el deseo que la solicitó.

El deseo, como tal, no cualifica ni cuantifica la acción; tan sólo relaciona la causa de la acción con su consecuencia posterior. Todas las acciones realizadas por los individuos en un presente tienen como causa previa una acción realizada por deseo, razón por la cual ambos, acción y deseo, hilvanan el hilo del *karma*.

De todos los deseos pretéritos, prima aquel por el cual la vida individual nace y se sostiene: el deseo de ser y existir como un “yo”. El deseo planea en la mente humana creando la mayor fuente de dolor y penurias: el egoísmo. El ser humano, por naturaleza, ni es bueno ni es malo; tan sólo es egoísta. Prevalecer en el “yo” pese a todo, y sin importarle nada, infunde egoísmo. Afianzar el “yo” a través de la acción, relacionándose con esta mediante la pertenencia y la apetencia del resultado induce continuidad a la sed egoísta del mismo “yo”.

El mundo entero, ilusionado por la voluntad y el deseo, clama por resolver el misterio de saber qué es el “yo”. Pero, extrañamente, nadie se contenta con el simple misterio de “ser”. “Ser” es un acto tan normal y espontáneo que, en la práctica, se experimenta como axioma. Se “es”, y punto; nadie lo niega. Pero “ser” asociado a algo, como por ejemplo “ser yo”, cautiva y confunde a la mente. *Karma* es aquello que mantiene la continuidad de “ser yo”. La meditación, en cambio, nos sitúa en la esfera de “Ser” asociada a un “no-yo”.

LA CONSECUENCIA DEL KARMA: SAMSARA

El conjunto de las tendencias kármicas físicas y mentales que han quedado inconclusas en una vida retiene como permanente a la actividad individualizante incluso después de la muerte. El impulso de estas tendencias firmemente arraigadas vida a vida genera la necesidad de una experiencia posterior a través de las cinco envolturas ilusorias o *koshas*, originando una nueva vida individual. Se denomina *samsara* a la continua rueda de muertes y posteriores renacimientos originados por los inacabados *karmas* (*samskaras*)⁴⁰ que conforman el cúmulo egoico.

El ego es, por tanto, un conjunto de estructuras mentales unidas kármicamente con base a un centro de pertenencia. Ese centro de pertenencia o punto focal es lo que se denomina “yo”.

Se denomina *samadhi* a la liberación de las cadenas que vinculan al ego con su continuidad mediante la identificación con la acción. Mantener el tiempo suficiente en forma continua el estado de libertad originado por *samadhi*, donde todo *karma* se diluye, provoca la obtención permanente del más alto estado de conciencia posible, el cual desemboca en la liberación absoluta o *jivanmukti*⁴¹.

Por lo tanto, liberarse de la rueda del *samsara* implica la anulación del impulso de integración que retiene estructurados a los diferentes *koshas* en forma de ser individual. Por ello, quien ha alcanzado el eternal estado de liberación en el momento de la muerte disuelve no solamente el cuerpo

40 *Samskaras* o semillas kármicas. Son hábitos, tendencias y condicionamientos mentales y físicos creados a través de la repetición constante vida a vida que, con el tiempo, caracterizan y diferencian cada uno de los *koshas* y, por ende, a cada uno de los individuos respecto a los demás.

41 Individualidad liberada.

físico en sus elementos primigenios, sino también el etérico, el mental, el de conocimiento y el de bienaventuranza⁴², quedando como único principio activo y eterno la conciencia No-dual en forma de *Sat-Chit-Ananda*⁴³. Este estado de liberación absoluta ha sido denominado *videnjanmukti*.

La cesación del *samsara* y, por ende, la obtención de la iluminación⁴⁴, descorre los velos de *maya*, es decir, la ilusión, la ignorancia primigenia, que no es más que la creencia egoica que identifica el hecho de ser y de existir como algo asociado a un “yo” individual y separado.

La herramienta del conocimiento del Ser es con lo que se cuenta para lograr la liberación total. Las diferentes modalidades de acción se diferencian entre sí en razón del nivel de identificación del ejecutante con la acción. Tan sólo mediante el desarrollo del propio discernimiento interior⁴⁵ es capaz el ser humano de lograr la libertad total.

El concepto *samsara* es parte esencial de las tradiciones orientales. El solo hecho de su existencia como concepto granjea por sí mismo una ética especial. Reconocer que, inexorablemente, debemos volver a vivir en otro cuerpo que otorga una expectativa de vida similar a la de aquella que entretejimos mediante los propios deseos, alegrías o miedos es francamente conmovedor. Aunque esto no fuese así, es decir, aunque el *samsara* existiera solamente como realidad teórica y nunca práctica, reconocer una posterior vida en la que nos viéramos implicados por circunstancias similares, pues los deseos siguen vivos y la voluntad sigue con suficiente ímpetu para correr detrás de ellos, nos llevaría

42 Ver nota 32.

43 *Brahman* o el Absoluto No-dual: Ser-Conciencia-Felicidad Absolutas.

44 Término similar al de “Liberación Total” acuñado por los sistemas de pensamiento budistas.

45 *Viveka* o discernimiento metafísico.

a ver el mundo de manera diferente. Educados bajo la estima de la existencia del *samsara*, muchos actos que se supone que se diluyen a través de una confesión o de un perdón póstumo serían innecesarios y sin ningún valor.

Asumir una vida eterna después de la muerte granjea poder a quien otorga esa concesión. En cambio, ser dueños de nuestra vida y emprender un futuro esculpido por nuestra propia intención nos lleva a controlar nuestra propia existencia. Cuánto daño se podría evitar con el hecho de reconocer que el encadenamiento a las acciones nos liga por el solo hecho del dolor generado por ellas. Realmente la humanidad ganaría en concordia y sería más proclive a la bondad y al altruismo si fuésemos testigos obligatorios de nuestros propios actos del pasado.

Creer que podemos escondernos mediante un acto como el suicidio, o asumir que vamos a la guerra justificados por ser patriotas serían actitudes sin fundamento; la asunción del concepto de *samsara* obligaría a reprimir de manera natural un conjunto de eventos que no tendrían razón de ser. La explotación del prójimo se vería como el daño a mí mismo; la explotación y tala del planeta se vería finalmente también como el daño a mí mismo. Cuánto cambiaría todo si tan sólo asumiésemos, aunque fueran erróneos, conceptos como *samsara* y *karma*. En esta aceptación sólo habría un grupo de perdedores: todos aquellos que, fundamentados en sus necesidades egoístas, claman por un mundo mejor en el que ellos sean los protagonistas.

TERCERA PARTE

La meditación en la acción

La meditación en la acción



EL ETERNO PRESENTE

Si nos preguntáramos qué certeza prevalece en todo instante en nuestra vida cotidiana, responderíamos de inmediato: reconocer el sentido del “yo”, la propia condición egoica⁴⁶. Sin embargo, aunque detectamos continuamente nuestra propia apreciación personal, ¿es realmente estable y continua dicha actividad egoica en el individuo?

“Estabilidad” y “continuidad” en las certezas cotidianas son los dos elementos fundamentales sobre los cuales ha de sostenerse el equilibrio mental y psíquico de cualquier ser humano. No tiene sentido afirmar que el “yo”, que el ego es un ente real si no manifiesta estas dos características. Desde la perspectiva occidental, el sentido personalístico es la base de la constitución psicológica y el eje central desde el cual las demás condiciones mentales se estructuran. A ciencia cierta y de manera obligatoria, la actividad yoica se presupone siempre actuante y se advierte siempre presente. La

46 Para la psicología, hace referencia al sujeto en cuanto a que se reconoce y toma conciencia de su unidad personal. Para la filosofía, se refiere a la serie de actos y contenidos conscientes, reconocibles por introspección directa.

discontinuidad potencial de un “yo” llevará necesariamente a un instante psicológico cercano al vacío, lo que conlleva presuntamente a la inexistencia personal.

He aquí la más grande paradoja humana: el “yo”, por definición, requiere para poder existir manifestar continuidad y estabilidad en sí mismo; sin embargo, desde las tradiciones orientales el “yo” no es ni lo uno ni lo otro; se lo interpreta tan sólo como un concepto que aparece carente de identidad propia y cuya naturaleza es intermitente, esto es, existe por suma de circunstancias.

Cierre los párpados y, dando media vuelta a su mundo interior, note cómo percibe pensamiento tras pensamiento. Ahora, intente observar situándose a sí mismo en un lugar virtual atrás de su nuca y mirando al frente con interés, de forma desapasionada, los pensamientos que aparecen. En caso de que logre hacerlo experimentará un inmenso vacío que le envuelve. No sienta temor por el océano de silencio que pueda advertir, ni por la ausencia de límites que pueda percibir. Cuando logre esto, apreciará que a su vista interior ondea un ilimitado e incommensurable mar de oscuridad homogénea. Podrá ser testigo de un inmenso vacío de pensamientos que transcurre en un trasfondo completamente homogéneo. Allí notará que la evidencia de ser usted “alguien” toma una nueva dirección. El sentido yoico no se expresa en función de los recuerdos, pues en ese instante carece de pensamientos, sino del exclusivo hecho de testimoniar la negritud que le envuelve. En resumidas cuentas, la condición egoica ha sufrido un cambio completamente inexplicable. Pero si aún lograra permanecer en aquel mundo silencioso donde es perceptor exclusivo de la inmensa bóveda carente de pensamientos que tiene frente a sí, acabará notando en algún momento que el testigo de la vacuidad se convierte en objeto mismo de la cognición. Esta maravillosa y extraña situación le lleva a ser

testigo de verse a sí mismo en todas las partes de lo que conforma su propia vista interior. No hay “alguien” en algún sitio, no hay “algo” fuera de mí mismo. Este “no-alguien” fluye por doquier y se sitúa incluido en un “no-algo”. Usted existe, pero no como suele evidenciarlo mientras piensa; ahora hace parte de una extensa gama de existencia pletórica de conciencia y carente de sentido de diferenciación. A causa de la actividad continua y estable propia de la experiencia No-dual comprenderá, en razón de la simplicidad de la nueva experiencia interior, que realmente “usted” es un agente carente de límite y sin partes. Por esta razón, y gracias a la experiencia directa que provee el hecho de ser conocedor de la propia faceta No-dual, los orientales han comprendido desde siglos que el “yo” es una partícula que hace parte de la cognición pero de ninguna manera es su eje central.

¿Sobre qué aspecto basan la filosofía y la psicología la creencia de un “yo” real si no es desde la perspectiva de su continua apariencia empírica? Sin embargo, evite cualquier sugerencia o axioma absurdo sobre la perenne realidad del “yo” e intente por sí mismo indagar qué tipo de existencia emerge antes del momento mismo de la aparición de cualquier pensamiento. Sea observador concienzudo de su propia capacidad de conocer y láncese a experimentar su mundo interior. Sitúe la atención en estar simplemente “presente”⁴⁷. No se esfuerce por ser o parecer. Diluya toda tensión. Permanezca libre de todo anhelo y tan sólo permítale a la conciencia ser partícipe de su inherente naturaleza: conocer. Ahora, desde allí, conozca, conózcase y siéntase perplejo ante la ilimitada realidad que vive. Verifique entonces, desde su inconmensurable experiencia, esa su ilimitada y no-diferenciada naturaleza. Podrá lograr a satisfacción la vívida experiencia

47 Tal como sus raíces lo indican, implica estar previo al ser individual.

No-dual siempre y cuando acierte en permanecer en el “presente que acontece”. Fuera del presente que acontece la percepción es sólo memoria; el “yo” es sólo memoria.

Los antiguos orientales notaron que la experiencia interior que extingue la aparición de pensamientos y crea la tan anhelada no-dualidad coincide con lo que solemos denominar “presente”. El presente, más allá de interpretarse como una actividad temporal, implica una actitud cognitiva de alerta, sorpresa y novedad. El presente implica situarse sin expectativa alguna y conocer a las cosas siendo, sin adosarles nada de nuestra propia cosecha mental, y es un concepto muy importante del cual parte toda una filosofía de vida. La experimentación de eventos presenciales implica la ausencia de yoidad mientras se los realiza; el sentido del “yo” no se aventura a aparecer a la luz de la conciencia mientras el presente permanezca como eje central de la cognición, siendo la única actividad que, al experimentarse continuamente, induce a la vez la ausencia continua de yoidad.

El presente es un abismo en el que la percepción cae y se modifica. ¿Cómo se experimenta el universo mientras se percibe la continuidad del presente? ¿Qué ocurre con la actividad temporal asociada al pasado, presente y futuro cuando la conciencia fluye en la cognición de los “acontecimientos que se suceden”? ¿Qué ocurre al espacio tridimensional cuando lo miramos inmersos en el presente? ¿Qué ocurre con el “yo” mientras, sumido en el presente, fluye este sin intervalos?

El presente es el acto de percepción más auténtico que existe. Fluir en el presente implica permanecer atento. Observa apaciblemente su entorno; contacte con la corriente presencial en la que se encuentra inmerso y note cómo la estabilidad y continuidad se mantienen. Lograr la destreza de fluir en el presente le puede requerir años. Ha de saber que, mientras fluya en él, no se plantea mentalmente la existencia

del “yo”. Por ello, cada vez que piense usted que se encuentra en el presente, sepa que no lo está, pues mientras perdure el “yo” la realidad no es presencial.

Con la destreza adquirida por los años podrá pasar de un objeto a otro de su cercanía y vivirlos como si fuera la primera vez que los conoció. Cada vez que los observe aparecerán existiendo nuevamente tal como los advirtió la primera vez. Notará la extraña tridimensionalidad de los objetos y la maravillosa brillantez que adquieren por el hecho de experimentarlos de forma viva y presencial. A su vez, sabrá que la aparición del “yo” va en paralelo con pensamientos ajenos a los momentos que acontecen. La intensidad propia de los objetos experimentados de manera presencial cede al verse inmerso el perceptor en el juego de pensar sin saber por qué piensa, de sentir sin saber por qué siente. Mientras la mente se refugia en la aparición desordenada de la memoria, el ser humano será víctima de sus propios recuerdos.

Si realmente practica fluir en el presente y es honesto con su propia experiencia, notará cómo en el mismo instante en que aparece un pensamiento su presente se diluye. Además, mientras persista el presente, podrá concluir la absoluta inexistencia diferenciada de tiempo, espacio y “yo”. Basta permanecer suficiente tiempo en la viva experiencia del presente para atestiguar dichas conclusiones.

He aquí lo que diferencia pasado, presente y futuro: el “yo”. Desde el pasado, el “yo” existe y opera como una actividad exclusiva de la memoria. En el presente no hay presencia de “yo”. En el futuro el “yo” es una realidad completamente virtual sugerida por conformaciones evocatorias.

Tal como en una película de cine se ve movimiento con la actividad de la superposición de recuadros, dicho movimiento se asimila en nuestro ejemplo al tiempo, y cada recuadro al “yo” que, por el movimiento mismo de la película,

parece ser continuo. En el pasado, mientras la cognición se va desarrollando, el tiempo diferencia a un “yo” tras otro que se va sucediendo. En el futuro, el tiempo se acomoda a la voluntad del individuo; allí el tiempo psicológico no es causa, es consecuencia. Los tiempos pasado y futuro aparecen ligados a la alternatividad de los pensamientos, pero en la continuidad del presente no existe percepción alguna de actividad secuencial temporal y no hay sensación egoica.

En el pasado el espacio llena la distancia entre “yo” y “ello”, entre sujeto y objeto, y se experimenta diferente de aquello que diferencia. En el presente, en cambio, el espacio se integra no-diferenciadamente a objeto y sujeto y funde al “yo” y al “ello”, convirtiéndolos en una masa homogénea No-dual. En el futuro, el espacio es un ente virtual sin realidad propia.

El presente, tal como lo notará, ofrece una circunstancia real sin igual y posee unos atributos excepcionales. El presente, por ejemplo, no viene para luego regresar, es completamente continuo. Fluye sin causa aparente arrastrando capacidad de existencia en forma estable a todas las cosas. El presente está en todas partes siendo siempre el mismo; siempre está sucediendo pero, a causa de la actividad mental egoica, que ofrece de manera innata un sesgo de diferenciación, en la mente ocurre el proceso de diferenciación. La incursión del “yo” en el proceso cognitivo induce la aparente ruptura del fluir No-dual y genera una representación personal basada en la dualidad. La manera de restringir y corregir dicho proceso erróneo cognitivo es una correcta cognición; es ser consciente de un presente siempre continuo carente del sentido yoico.

El presente “es” pero no puede ser definido como “algo”; es un flujo incesante de existencia No-dual donde la conciencia siempre “sabe” y “sabe que sabe”. El presente, entendido

como capacidad espontánea de presencia, tiene una cualidad maravillosa, y es que el acto del saber sólo opera cuando se está en él; en el pasado tan sólo se piensa, se duda, pero no se conoce; para poder conocer es necesario establecerse momentáneamente en el presente. Pensar y conocer son dos cosas diferentes. En el pensar hay razón, movimiento, actividad, duda; en el presente hay saber, comprensión. Saber no es pensar. Pensar es emitir nombre y forma, esto es, relacionar atributos existentes en la memoria con eventos que se están experimentando para encontrar una síntesis y realizar juicios dialécticos de valor.

Pregúntese, ¿cómo se vería el mundo y cómo se supondría el quehacer cotidiano si permaneciera constantemente en el presente mientras ejecuta toda acción?

Cuando un individuo opera sin apetencia del fruto de la acción y, a la vez, permanece en el presente realizándola, su voluntad intencionada muere y con ella el “yo” se diluye en la percepción. Mientras esto sucede, mientras la atención se posa en los eventos a realizar sin que emerja la condición egoica, el conjunto de información conocido se reordena asumiendo uno de tres nuevos posibles estados de conciencia superiores: Observación, Concentración o Meditación.

EL PASADO

La memoria es la función mental que le impide a un objeto experimentado ser olvidado. Mientras la atención se relacione a la memoria permanecemos sumidos en el pasado. Allí, en la memoria, evocamos acontecimientos, y según sea el nivel de identificación con lo recordado, puede advertirse incluso la intensidad emocional con la que fueron vividas aquellas experiencias. Es posible gozar cada recuerdo con la intensidad placentera o dolorosa con la que cada uno de ellos

fue vivido en su momento. Normalmente, de una evocación pasamos a otra y así sucesivamente, sin que exista necesariamente un control ni un orden en la aparición consciente de los eventos. Cada cadena de pensamientos construida lleva asociada un “yo” que se advierte como poseedor y experimentador de la experiencia. El “yo” pareciera ser el mismo por la simple razón de que evocamos grupos de recuerdos similares. Sin embargo, cada “yo” que emerge en cada palabra, en cada recuerdo, en cada cadena de pensamientos es diferente; se suceden unos a otros al igual que la luminosidad del cielo es diferente a cada segundo que la observamos, pero en virtud de su similitud no reconocemos dicho cambio excepto en la noche, cuando el contraste es profundamente marcado entre luminosidad y su ausencia. Asimismo, el “yo” no es continuo, sino que su presencia se despliega asociada a cada pensamiento. De tanto pensar en lo mismo, de tanto recordar variantes de los eventos más recordados, terminamos por creer que el “yo” es continuo y que los pensamientos giran a su alrededor. Es esta falacia, la creencia de un “yo” continuo, la gran diferencia entre el pensamiento occidental y el oriental.

En el desvarío propio de la evocación incesante y descontrolada es posible trasladarse de la niñez a la adolescencia, y de allí a la juventud. Incluso es viable repasar sucesos próximos y notar que lo único en común a cada una de las experiencias es un “yo”, mas cada uno de ellos no es el mismo “yo”. El “yo concepto” prevalece, mas este no es algo, es tan sólo la sensación de pertenencia de cada pensamiento. Cada pensamiento emitido tiene un dueño, pero este dueño muere cuando muere el pensamiento. La aparente continuidad del “yo” no es más que la existencia de hábitos similares creados por pensamientos similares.

El ser humano cree que vive la vida y se siente alegre e inteligente al hacerlo. Sin embargo, no nota que en la mayoría de las ocasiones tan sólo recuerda una y otra vez aquello que en algún momento fue presente. Pasea constante su mirada por el mundo y únicamente recuerda nombres, colores, formas y atributos. No presta atención al acto puro del estar enfrascado y absorto en la percepción presencial. Cree que vive y tan sólo atina a recordar momento tras momento, a tal punto que se afirma en el conocido refrán: “todo pasado fue mejor”. Es por ello que la rutina lo agobia. Busca desafortunadamente la nueva experiencia que lo arrastre a permanecer, aunque sea tan sólo un instante, en el presente, pues es en ese único momento en el que se ve liberado del pesado fardo del pensar. Allí, por un ínfimo instante, “es” sin límites; allí, por fin, no se siente obligado a ser “alguien”, allí es “no-algo”.

Pensar es permanecer atrapado en la incesante y agitada red de la memoria. Allí, pensando sin descanso y sin control alguno, la información previamente registrada nace a la consciencia vez tras vez. Tan sólo por pequeños momentos se suele dar coherencia y linealidad al proceso pensante mediante la síntesis de un acto dialéctico coherente. Realmente, el problema no es pensar; el inconveniente reside en hacerlo sin el más mínimo sentido de orden, similar a bracear sin dirección precisa mientras se nada en el mar sin dirigirse a la costa o a un punto de descanso. Pensar descansa cuando finalmente el juicio sintético logra construirse completamente y llega a puerto seguro en forma de certeza. Pero una mente dubitativa, carente de certeza e inmersa en un alocado pasado evocado sin control lleva al desenfreno, al agotamiento de cuerpo y mente, al estrés y a la enfermedad.

Intente permanecer en el acto simple de la cognición del presente realizando una observación limpia de su entorno sin incluir nada de sí mismo a lo que conoce; evite todo juicio.

Observe cualquier estrato de su mundo externo: una pared, el piso, una nube, su propia mano. ¿Sabe qué ocurre? Lo normal. Por más que lo desee, y en el mejor de los casos, podrá permanecer experimentando tan sólo un par de segundos el evento escogido sin adosarle algo de su propia experiencia. Si escogió la mano dirá mentalmente: “dedos”, “uñas”; si escogió la pared, afirmará: “color marfil”, “lisa”, “cuadro”, y así sucesivamente. Sin quererlo atribuirá “nombres” a las formas presenciales que intenta experimentar o atribuirá “formas” mentales a las imágenes sensorias que tiene de los objetos experimentados. Luego de algunos momentos la pared o la mano que intenta vivamente presenciar pasarán a segundo término. Cadenas de recuerdos o emociones que tienen que ver con sensaciones o vivencias pasadas inundarán su propio mundo interior dando cabida a un universo desordenado y carente de todo presente. Ahora pregúntese: ¿quién controla la mente? ¿Quién controla el acceso y la salida de información de la memoria? Nadie; el “yo” brilla por la ausencia de control de los procesos mentales; él mismo, el “yo”, es tan aleatorio como cualquiera de los pensamientos de los que es aparentemente testigo. Así, mientras intenta mantener su atención fluyendo en algún objeto escogido, notará que ella se desvía a cualquier lugar de los miles posibles que hacen parte de su propia memoria. Por más que trate de evitarlo le será imposible hacerlo, siempre caerá pensando en un mundo que no fue el planeado.

La mente está acostumbrada a una dinámica amorfa, vaga y sin control. El caótico hábito que sufre continuamente el ser humano de evocar sin razón alguna todo tipo de pensamientos, hace que gran parte de su vida cotidiana se asemeje a la vivencia del espejismo nocturno del sueño aun cuando permanece en vigilia. El ser humano, mientras está en vigilia, sueña, pues no existe en su actividad mental un

contacto firme y continuo con el presente. Aunque aparentemente somos conscientes de nosotros mismos y de aquello que nos rodea, no controlamos la mente. La memoria actúa por inercia y camina en exclusivos surcos marcados por hábitos y condicionamientos mentales que se refuerzan por una incorrecta educación. La mente va de un lugar a otro de la memoria reviviendo fantasmas y asustándose por ellos. Así, recordar sucesos que alternativamente afloran sin control se convierte en una situación habitual y “normal” para quien sin control alguno de su mente crea realidades y les insufla esperanza, las dota de la fuerza que su anhelo de vida requiere para subsistir; son como un sueño que se desea a toda costa justificar y asumir como real.

Cuando una acción le sorprende o es novedosa, esporádicamente aterriza al presente y logra así sentirse momentáneamente vivo. El error consiste en evocar un acontecimiento, asociarlo a un presente e intentar fluir eternizándose con él. El arte de vivir consiste en permitirle a la acción aparecer en nuestra esfera cognoscitiva, vivirla intensamente y soltarla para que muera sin apego ni intento de mantenerla más allá de su necesaria expectativa de vida. Luego, con la mira puesta en el nuevo presente que se avecina, una y otra vez experimentarlo bajo similares condiciones que el anterior, con igual sorpresa, con idéntica novedad.

Variados sistemas de pensamiento metafísicos y psicológicos en diversas culturas han denominado a esta actividad de fluir en el presente como el “aquí y el ahora”. Permanecer en “el aquí y el ahora” manifiesta el maravilloso don de descubrir un universo donde la estabilidad de la cognición no se alterna entre sujeto y objeto sino que, inmersa en la simultaneidad del tiempo y la ubicuidad del espacio mental, nos permite descubrir la realidad de la experiencia No-dual.

EL FUTURO

El futuro es la mayor falacia e implica la más grande falta de confianza en sí mismo. El futuro es tan sólo una esperanza que se construye sobre la misma inseguridad del individuo. No existe futuro alguno, no hay posibilidad de crearlo, cambiarlo ni adecuarlo. ¿Cómo cambiar el rumbo de una flecha cuando esta ha sido despedida de la cuerda que la impulsa? El futuro se experimenta cuando se advierte en forma de presente; antes es tan sólo una realidad virtual.

La suma de encadenamientos kármicos es la causa del futuro. Los eslabones de la cadena kármica están causados por las acciones obligadas y por la inacción⁴⁸. Es la ausencia de destreza en la realización de los actos lo que lleva a la creación de un futuro psicológico. La continuidad egoica es el resultado del *karma* y no al revés. El “yo” no nace y produce acciones; el “yo” es el fruto directo de la ignorancia esencial de no percibirse a sí mismo como Real y No-dual. El “yo” se parece al agua, que cambia de estado en los diferentes ciclos de lluvia, evaporación y hielo que acontece en las estaciones. El *karma* es la silenciosa máquina que pone en movimiento el engranaje de la acción individual y de la experiencia dual, y su fuerza es tomada de la voluntad con la cual el individuo se esfuerza en buscar los resultados de las acciones.

Suele preguntarse cuál es el *karma* inicial que da causa a los restantes futuros. El interrogante no puede ser convenientemente solucionado a causa de que el resultado kármico es sólo aparente, tan aparente como la virtual realidad del sueño o como la falsa creencia de que una soga observada a la vera de un camino parece ser una serpiente. Asumir que los eventos duales son reales y existentes por sí mismos es

48 Ver páginas 47 a 54.

un error. Los eventos individuales existen por consecuencias kármicas, pero la realidad kármica es tan sólo aparente, deviene de una errónea percepción de la realidad, es *maya*, ilusión. Los eventos individuales, en esencia, son similares a los que existen mientras se sueña, esto es, parecen reales mientras hay contacto onírico, pero desaparecen al despertar.

El futuro nace en el mismo momento en que actuamos con apetencia de fruto y sentido egoico. La consolidación de los actos erróneamente realizados son las semillas del futuro. Sin embargo, los hábitos y los condicionamientos psicológicos, unidos a la identidad hereditaria, son quienes invitan a adoptar una u otra forma de acción. Finalmente, el futuro se encadena completamente relacionado al pasado. El sentido egoico fractura la identidad pasado-futuro y advierte una dirección futura hacia la que transcurre el tiempo. Al retirar de la cognición el sentido del “yo”, el flujo temporal en dirección al futuro cesa. El tiempo termodinámico⁴⁹ sigue su curso, pero la representación mental que tiene el individuo del universo asociado a esta dirección futura se experimenta ahora como No-dual.

Los conjuntos de experiencias físicas, energéticas y mentales, junto con el ambiente social que el individuo experimentará, son parte de esa interconexión de pasado-futuro que encadena el *karma*. Al nacer, sólo una parte de las tendencias kármicas es proclive a desarrollarse en los diferentes niveles que constituirán al ser humano. Los restantes eventos, que un día serán futuro y que el ser humano no puede actualizar en razón de las experiencias ya determinadas, se convierten en un pozo potencial de experiencias no vividas en forma de *samsara*, que solamente pueden ser disueltas con

49 Corresponde al tiempo en dirección de la entropía, y tiene que ver con el transcurrir que rige los acontecimientos materiales del universo.

la experiencia del *samadhi*, es decir, con una correcta percepción de la realidad, pues en esencia ellas son el resultado individual generado por *agnana*, ignorancia.

Al nacer, todo individuo posee una suma de tendencias innatas que florecerán en oportunidad de lugar y tiempo. Dichas condiciones serán actualizadas, sean agradables o no, por la vida misma. La errónea asociación con la acción de cualquier actualización kármica lleva al actor a identificarse mediante la egoencia y la apetencia de fruto con la acción, creando así una latente sed de vida futura que irá a engrosar la actividad potencial que ya posee el *samsara*. Al conjunto total de tendencias inacabadas que conforman la existencia del *samsara* se le denomina *sanchita karma*; al conjunto de experiencias latentes que se actualizarán a lo largo de toda la vida se le denomina *prarabda karma*, y a las acciones realizadas erróneamente en virtud de la presencia egoica se las denomina *agami karma*, circunstancia esta última que finalmente pasa a engrosar la bolsa de *sanchita karma*.

Seguramente alguna vez ha visto en diferido alguna competición deportiva, por ejemplo, un partido de fútbol. Note que, mientras no tenga claridad del resultado final, verlo en diferido le hace sentir la misma intensidad de experimentarlo en directo. No saber el futuro hace que ver el pasado pareciera igual de intenso. El futuro se rompería en pedazos si lo experimentáramos simultáneamente al instante presente, tal como se rompería la intensidad de la competición cuando alguien nos comenta el resultado final del juego. Por ello, esta especial forma de experimentar la realidad denominada “no-dualidad” permite fracturar el sentido temporal de pasado-futuro que solamente el “yo” acierta a experimentar, y sitúa la experiencia del acontecer humano en un orden nuevo donde los tres tiempos se mecen simultáneamente. Aunque parezca extraña y un poco traída de los cabellos, la

experiencia meditativa incursiona en la estructuración de un universo soberbio, siempre continuo y maravilloso, siempre permanente a la luz de quien lo conoce: el mismo universo.

De igual forma, el *prarabda karma* es inmodificable. La libertad del individuo no está en cambiar o crear un nuevo futuro, no. Su libertad radica en identificarse o no con acontecimientos que aparecen momento a momento en su vida. Aceptarlo o luchar contra ellos implica la diferencia entre *karma* y *dharma*.

Así pues, ¿qué necesidad hay de proyectar los acontecimientos propios, cuando cada presente se puede vivir intenso y coherente?

No existe un sólo instante de futuro independiente de un pasado cercano o lejano. Es imposible crear un futuro acomodado a nuestras propias necesidades personales, pues el resultado de la acción no es independiente de la causa que la generó. La naturaleza de la consecuencia no puede ser diferente a la naturaleza de la causa que la engendra. Basta tan sólo que en el sujeto exista identificación con la acción que se realiza para que la acción se transforme en un acto potencial de futuro.

El ser humano vive inmerso en el gigantesco mundo de las consecuencias de sus propios actos y cree que los resultados de sus obras aparecerán aleatoriamente en un futuro cercano pero incierto. Nada más falso. El futuro es un ente virtual que aparece por sí mismo. Hay quienes tal vez inquieren respecto al aterrador absurdo de no poder crear el futuro que logre el afianzamiento de los propios anhelos y metas. Sin embargo, ¿por qué intentar buscar la propia felicidad en un acto potencial futuro y no en la maravillosa experiencia de la acción realizada en un perfecto estado de presente interior? Entiéndase: no existen acciones “felices”. Es la vivencia de la acción lo que determina el sesgo de felicidad, dependiendo

de la identificación que se realice entre actor y acción. Lo que para algunos es un resultado agradable para otros no lo es. El presente, por sí mismo, deviene como felicidad. Basta fluir en él para notar que cualquier acción, sea cual fuere, realizada en su propio entorno, inunda el acto con su propia presencia.

He aquí, pues, el *quid* de la cuestión: el truco de la vida no consiste en hallar las acciones fuentes de felicidad sino en realizar cualquier acto desde el sitio generador de la propia felicidad: el presente.

CUARTA PARTE

Las diversas modalidades del “yo”

Las diversas modalidades del “yo”



LA VACUIDAD DEL EGO, LA VACUIDAD DEL YO

La cultura occidental asume que el “yo” es “algo” cualitativo que nuclea experiencia y absorbe conocimiento. Es innegable la sensación propia de ser ente individual, pues tenemos percepción directa de ello. Sin embargo, intentar definir la exactitud de la individualidad nos pierde en afanosas respuestas que van desde lo mundano a lo divino.

Todos los científicos hasta la actualidad han intentado desenmascarar el “yo”, aislarlo para definirlo correctamente. La búsqueda del “yo” se parece a la indagación que los físicos realizaban hace ya más de un siglo con el “éter”, una desconocida sustancia que se suponía era el medio de propagación de la luz. Todo tipo de experimentos se realizaron con el fin de encontrar la dirección del movimiento del éter. Todos fracasaron. Al final Einstein sugirió lo más inteligente: el éter no existe. La inexistencia del éter, sumada al hecho de que la velocidad de la luz es constante en cualquier sistema inercial de referencia, ayudó a que la física clásica se fracturara y naciera la mecánica cuántica. Algo similar ocurre con el “yo”. Se intenta a toda costa localizar su residencia cerebral, con

el fin de detectar sus costumbres y poder así conocerlo adecuadamente. Conocer la guarida del “yo” permitiría trabajar sobre él sin intermediario alguno; conocerlo directamente implicaría un control más exhaustivo sobre su naturaleza. A diferencia del éter, que era una idea sugerida, el “yo” parece ser una actividad tan evidente que pareciera imposible abandonarla. Sin embargo, abandonar la idea de la existencia de un “yo” dependiente de él mismo es un hecho abiertamente aceptado por las grandes tradiciones orientales.

El sentido del “yo” posee una fascinación especial, pues parece ser una actividad continua. Esa continuidad es la base para que la psicología, la psiquiatría y la filosofía sostengan gran parte de su andamiaje teórico. Suponen de base que la conciencia es una actividad interconectada al “yo”, razón por la cual el sesgo de cognición no puede plantearse sin la presencia de un individuo consciente. En cambio, para el *Vedanta* y demás sistemas metafísicos orientales, el “yo” es una actividad más de la mente, al igual que, por ejemplo, la memoria, y cuya función esencial es otorgar sentido de propiedad a la cognición. La cognición en sí misma es independiente del sentido yoico pero, según el estado de conciencia en el que opere la mente, el “yo” puede parecer un agente consciente e interdependiente de sí mismo.

Sabemos, por ejemplo, que somos, pero no sabemos qué somos. Sabemos que percibimos el mundo pero no sabemos certeramente desde qué parte de nosotros mismos percibimos el mundo. Detectamos una apreciación constante de ser un “yo”, pero el pensamiento de “yo” es imposible de mantener constantemente. Pese al mar de dudas respecto a nuestra naturaleza mental, se ha intentado bajo todos los medios y a toda costa crear unas bases lo suficientemente sólidas para validar nuestra actividad yoística, incluso al punto de echar mano y convertir la célebre afirmación cartesiana en

un axioma imprescindible: “pienso, luego existo”. Se entiende, por supuesto, que la validez de la vida individual se reconoce desde el planteamiento de que existe un sujeto diferente a los objetos que él reconoce. Aparentemente, intentar modelar una sociedad con base en la inexistencia del ego implicaría para la casi totalidad de personas un caos superior al ya existente.

Ha de entenderse que el *Vedanta* en ningún momento niega la evidencia tácita de la existencia egoica, tan sólo no comparte la avidez con la cual otros sistemas filosóficos o psicológicos se empecinan en otorgar al acto consciente una realidad que emana del ente egoico. Para el *Vedanta*, el individuo y su “yo” psíquico o filosófico⁵⁰ no existen por sí mismos ni independientes de *Brahman* o Seidad Absoluta. En el caleidoscopio de los cinco estados de conciencia que analiza el *Vedanta* existen modalidades cognitivas donde el “yo” asume el rol momentáneo de entidad consciente, pero debe aclararse que en dichos estados cognitivos el “yo” es indescifrable, completamente momentáneo, y no pasa de ser una actividad más del funcionamiento mental. En los estratos de cognición estable, aquellos que tienen que ver con la experiencia No-dual, es posible experimentar que el universo mismo, junto con las diversas actividades que operan en la mente, asumen una naturaleza No-dual.

El *Vedanta* acepta como válidos e integra a su propia dinámica epistemológica parte de los postulados occidentales, al igual que el *raya yoga* hindú. El *raya yoga* intenta dar unicidad de apreciación teórica y práctica a los diversos procesos mentales. Para ello esgrime cuatro diferentes estados de conciencia en los cuales el sujeto puede representar y experimentar

50 Denotamos como “yo” filosófico a la actividad denominada sujeto. Al “yo” como condición psicológica individual, le denominamos ego. Al “yo” como unidad existente le definimos como individuo. Al “yo” como ente conocedor desde la perspectiva epistémica le denominamos también sujeto.

el mundo; algo así como la posibilidad de analizar el agua en sus tres estados físicos: líquido, sólido y vapor. Estos cuatro estados de conciencia difieren esencialmente en la manera en que los constitutivos mentales se presentan y son:

Pratiahara: Estado de cognición interior donde el individuo desconecta voluntariamente los cinco órganos de los sentidos de los objetos externos de sensación. La actividad de desconexión sensoria, sumada al acto de atención al acontecer interior, aísla al perceptor de cualquier potencial pensamiento. El perceptor se convierte entonces en un testigo del propio silencio mental. Esta actividad suele denominarse en el presente libro como “estado de conciencia de Observación”.

Dharana: Estado de cognición donde, ya desconectado completamente del mundo externo y recluida la atención en el interior, el testigo de la cognición se convierte en objeto único de su propia atestiguación. Es decir, el testigo que previamente detectaba la ausencia de pensamientos, ahora se convierte en objeto de atestiguación de sí mismo. Esta actividad suele denominarse “estado de conciencia de Concentración” y es, en esencia, de naturaleza No-dual. La Concentración *Vedanta* no debe confundirse con la concentración psicológica, cuya naturaleza es enfocar la atención a una actividad mental específica.

Dhyana: Estado de cognición donde todos los potenciales objetos y sujetos existentes se advierten simultáneos en el tiempo y ubicuos en el espacio interior de percepción. Es la experiencia No-dual por excelencia y suele denominarse como “estado de conciencia de Meditación”.

Samadhi: Estado de cognición en el que suele resumirse finalmente la Meditación cuando todo evento existente tiene como agente de cognición al mismo universo conocido. Se reconoce como el estado de cognición superior por excelencia,

más allá del cual nada más existe. Es el más alto estado de no-dualidad que puede experimentarse. Ha de entenderse que el culmen del acto meditativo es *samadhi*.

Estos cuatro estados, *pratihara*, *dharana*, *dhyana* y *samadhi*, representan tres de las cinco posibilidades de cognición existentes en un ser humano. El sentido de individualidad, de diferenciación objeto-sujeto, ocurre aún en *pratihara*. Los demás estados, Concentración y Meditación corresponden a estados no-duales. El *samadhi* se clasifica dentro de la Meditación misma, pues es tan sólo su actividad final y más excelsa. Los otros dos estados de conciencia duales son el de Pensamiento y el de Sueño⁵¹.

“DENTRO” Y “FUERA” DE SÍ

Cuando el individuo interpreta la realidad que experimenta se encuentra necesariamente con dos mundos: el de los objetos materiales que los cinco sentidos advierten asociado al mundo externo y aquel que se advierte como mundo interior y que se detecta idealmente gracias a las funciones propias de la mente. La experiencia del mundo interior la definiremos como “dentro”; la del mundo exterior la llamaremos “fuera”.

Estos dos mundos, el interno y el externo, están conformados por innumerables e infinitos eventos. La suma de los objetos ideales y los reales –denominados “reales” en filosofía, pues dependen de sí mismos y no del observador– conforman el universo de nuestra percepción. Para el *Vedanta* la frontera de ambos mundos es la actividad sensorial, los cinco sentidos físicos. Así entonces, cuando alguno de los cinco

51 Los cinco estados de conciencia han sido descritos a profundidad en los siguientes libros de Seshu; *La Paradoja Divina*, *Los Campos de Cognición* y *Vedanta Advaita* (www.vedantaadvaita.com).

sentidos está conectado somos testigos del mundo externo, es decir, nos encontramos “fuera”; igualmente, cuando los cinco sentidos están momentáneamente desconectados nos situamos en el mundo interior, “dentro”.

“Dentro” y “fuera” son los mundos que tenemos en nuestras manos para conocer y en los que podemos actuar. Relacionarnos con el mundo externo, estando “fuera”, nos permite actuar en él y caminar, comer y ponernos en contacto con el mundo material de nuestro entorno. Asimismo, situarnos en el mundo interno, “dentro”, nos permite actuar mentalmente, es decir, pensar y usar cualquiera de todas las funciones mentales disponibles.

Pasamos alternativamente de dentro hacia fuera. En ocasiones de manera muy veloz; otras, se plantean intermitencias mayores, como ocurre mientras dormimos. En vigilia solemos siempre situarnos momentáneamente en el mundo externo, pensarlo y saltar a otro objeto también externo o interno. Siempre saltamos alternativa y secuencialmente de un objeto a otro de los mundos interno o externo, jamás simultáneamente entre cualquiera de los dos mundos que se nos ofrece experimentar.

“FUERA”

Cuando su atención se proyecta a los objetos del mundo externo, usted se encuentra “fuera”. Para estar fuera es necesario trasladarse de la zona física del propio observador y dirigirse al objeto externo. Imagínese que, mientras camina, un pequeño y muy valioso objeto que tenía en las manos cae al suelo; inmediatamente su atención se proyecta a la superficie del suelo donde asume ha caído el objeto. Su atención no se queda en los ojos ni en sus cuencas; tampoco la atención, mientras busca afanosamente, se deposita en su cabeza o en

cualquier parte interior de su cuerpo. La atención se proyecta fuera e intenta permanecer allí.

Para situarse fuera, la atención debe depositarse en el objeto externo que produce la información que deseamos conocer; si el objeto tiene forma y color, entonces debemos catapultar la atención con el sentido que advierta esas características visuales. En caso de que el objeto sea un sonido, la atención no puede quedarse en el oído sino desplazarse al lugar donde nace la vibración; si el objeto es olfativo, no debe colocar la atención en la nariz sino en la zona donde el olor aparece; si la información externa a detectar es parte del gusto, la atención deberá estar localizada en el sabor que se produce en la boca, pero no debe asociarse a la lengua, dientes o paladar. En el caso del tacto es mucho más fácil; el tacto no requiere desplazamiento de la atención, pues irnos a la piel no requiere un movimiento de la atención hacia ninguna zona física más allá del mismo cuerpo. Los sentidos más difíciles de situar fuera son la vista y oído; el más fácil, el tacto.

También ayuda a situarnos fuera experimentar los objetos externos con novedad, con asombro. Note cómo la experiencia de conocer un nuevo lugar dota de una inusual proyección de su atención sobre los nuevos contenidos. La idea es permanecer siempre fuera en todo momento y lugar mientras los sentidos estén activos. La sorpresa nos lleva a proyectarnos en los objetos que nos sorprenden y permite que la atención salte de la frontera sensoria y se pose en los objetos externos.

Situación la atención fuera lleva a que los objetos predominen sobre el sujeto, a tal punto que perseverar sobre la experiencia externa lleva necesariamente a inhibir la presencia egoica mientras se realiza la acción. El gran secreto de la práctica meditativa externa radica en que el “yo” no se advierte

como parte integrante de la cognición mientras la atención se deposite permanentemente y con intensidad fuera.

Pruebe a observar cualquier objeto medianamente lejano a usted. Intente detallar con la vista los múltiples matices de su forma y color. Sostenga la vista en cada minucia del objeto detallado lo suficiente para no perder característica alguna de él. Pruebe a hacerlo el mayor tiempo posible. Con el transcurrir de un par de minutos, con la atención catapultada al objeto y permaneciendo afuera, experimentará por instantes la propia ausencia de sí mismo, la ausencia del “yo” mientras se realiza la acción de observar a través de los ojos. Estar fuera con la atención desbordada en el objeto de sensación promueve la ausencia de sentido de distanciamiento físico entre el perceptor y lo percibido⁵². Cuando logre atender al objeto visual con tal intensidad que pueda fracturar la sensación física de la distancia entre él y usted, apreciará que no existe sentido de observador. El sujeto desaparecerá como ente activo en el proceso cognitivo. La ausencia de “yo” en la cognición es definida por el *Vedanta* como el primer estado de presente de los tres posibles. A este primer nivel de presencialidad que despliega un nuevo estado de cognición se le denomina Observación externa, o *pratiahara*.

Esta circunstancia de ausencia de “yo” es una experiencia más frecuente de lo que usted imagina. Ocurre espontáneamente mientras lee un interesante libro, mientras está absorto realizando deporte, mientras trabaja concentrado en su oficina o cuando conduce el automóvil. Son cientos las

52 En los restantes libros escritos por *Sesha* se utilizará el concepto “totalizar” como la actividad cognitiva que impulsa la desaparición de distancia entre quien conoce y los objetos externos conocidos. Ello ocurre cuando la atención se posa ininterrumpidamente a través de los sentidos en cualquiera de las características de los objetos externos del mundo.

acciones que realiza sin presencia egoica. Todas ellas son parte del estado de conciencia denominado Observación externa, cuya mayor característica es la ausencia momentánea del sentido del “yo” en la cognición mientras se realiza la acción. Existen, además de la Observación, dos estados de conciencia adicionales que, gracias a la permanencia en el presente, afloran de manera espontánea: la Concentración y la Meditación, ambos con característica No-dual.

La meditación en la acción o *karma yoga*, tiene que ver exclusivamente con la percepción del mundo desde afuera, cuando la atención se proyecta a los objetos de sensación. El *karma yoga* se convierte en el mecanismo correcto que lleva a realizar la actividad en el mundo, cualquiera que esta sea.

“DENTRO”

A su vez, cuando su atención se proyecta a los objetos internos, a los pensamientos, usted se encuentra “dentro”. Para estar dentro es necesario trasladarse a la zona del propio observador, y para lograrlo necesariamente los cinco sentidos deben desconectarse. El mundo interior emerge con la inmensa actividad que en él reside cuando se advierte la desconexión sensoria. Mientras los sentidos estén conectados se está fuera; cuando se desconectan y la atención se deposita en lo interior entonces nos situamos inmediatamente dentro.

Intente colocar su cuerpo en una posición cómoda que le permita estar alrededor de unos quince minutos sin que aparezcan molestias físicas. Dirija la atención a la espera de pensamientos. Inicialmente, y debido al hábito de experimentar sensorialmente el mundo externo, irá de dentro a fuera intermitentemente. Pasará de pensamientos y emociones a los

molestos ruidos externos o al juego de luces y sombras que se traslucen a través de los párpados. Cíclicamente pasará de un sentido externo a otro. A medida que pasan los minutos, las sensaciones externas momentáneamente desaparecerán, y ante la pérdida del mundo externo los pensamientos que hacen parte del mundo interno empezarán a aparecer más intensos. Vagará de fuera hacia dentro y viceversa sin control alguno. Sin embargo, si logra adoptar la actitud correcta interior y posa su atención sin esfuerzo en el mundo interior a la espera de la aparición de pensamientos, podrá notar una cierta distancia y un tipo de aquietamiento mental especial. Dicho aquietamiento es el resultado de posar la atención preeminentemente en saber que observa y no en sumergirse e identificarse con los pensamientos que nacen en su interior.

Cuando la atención en el mundo interior se posa en quien observa, mientras los sentidos momentáneamente se desconectan, entonces nos encontramos dentro. “Dentro” implica la aparición de nuestro mundo interior. Imagínese que intenta recordar algo muy importante que se le ha olvidado; para enfatizar el recuerdo cierra los ojos e intenta ir a su interior. La búsqueda del objeto no recordado le hace mantener una momentánea absorción en sí mismo. Dicha absorción impide que aparezcan pensamientos o emociones intrascendentes. Intente mantener la espera para que el objeto olvidado salga a la conciencia; mantenga su atención en sí mismo. Si logra hacerlo sin que la atención se deslice a los sentidos, y de allí a los objetos externos notará que, mientras la atención está en la propia espera interior, no existe pensamiento alguno que emerja a la esfera consciente.

La ausencia de pensamientos lleva a la apreciación interior de un inmenso vacío, de un vacío de pensamientos. Si

logra permanecer sin esfuerzo alguno en esta actitud interior, notará que rápidamente el mundo externo tiende a desaparecer y que el vacío interior cobra una intensidad excepcional. Ser experimentador continuo de la propia ausencia de pensamientos fue denominado por la tradición oriental como Observación interna o *pratiahara*.

Estar “dentro” con la atención desbordada en la espera de pensamientos, promueve la ausencia de objetos mentales y por lo tanto la prevalencia como observador, es decir, existe cada vez una mayor distancia entre el observador y los potenciales objetos mentales existentes del mundo interior⁵³.

En caso de lograr permanecer en estado de Observación interior, aparecerán por sí mismos dos nuevos estados de conciencia: la Concentración y la Meditación interiores. Dichos estados de conciencia corresponden a los tres niveles de presente con los cuales es posible conocer también el mundo interior. Mientras que la Observación es aún dual, la Concentración y la Meditación son no-duales.

La frontera que diferencia “dentro” de “fuera” son los cinco sentidos físicos. Mientras los sentidos participen como parte activa de la cognición, siempre estaremos fuera. Estar fuera en el presente implica la disolución momentánea del sentido de apropiación de la experiencia, es decir, la momentánea ausencia del “yo”. A su vez, mientras los sentidos se desconecten y no sean parte integrante de la cognición, estaremos dentro. Allí, dentro, los objetos mentales tienden a desaparecer, y nace un nuevo ente de atestiguación que no requiere de dichos objetos mentales para existir.

53 En los libros restantes de *Sesha*, se denomina “particularizar” al acto cognitivo que gracias a que la atención se advierte mayormente como observadora, impide a los objetos mentales aparecer en la esfera de cognición, es decir, cada vez se advierte mayor ruptura, “particionamiento” en el mundo interior entre conocedor y conocido.

LOS CINCO ESTADOS DE CONCIENCIA

La información que constituye el mundo se transforma pero jamás se deshace. La evolución de los objetos no implica la pérdida de información en ellos. La información histórica que los compone sigue existiendo en los objetos y puede interpretarse conscientemente de cinco maneras posibles sin que los objetos cambien; lo que cambia es la interpretación mental que tenemos de la información que constituye los objetos.

La realidad que conforma el universo entero, interno o externo, puede advertirse e interpretarse conscientemente de cinco formas diversas sin que en realidad ella misma cambie. Lo que cambia es la interpretación mental que de ellos tenemos a causa del estado de conciencia desde el cual se forje la interpretación. Existen para el *Vedanta* cinco posibles estados de conciencia desde los cuales es posible advertir e interpretar la realidad del mundo. Ninguno de ellos es mejor que el otro; sin embargo algunos de ellos, por su naturaleza, infringen en el perceptor mayor sentido de conflicto psicológico y le obligan a permanecer en la fluctuación mental que conlleva el extremo del placer y su contraparte, el dolor.

Mientras Oriente analiza cinco estados de conciencia, Occidente apenas advierte dos: sueño y vigilia. El análisis oriental de la mente abarca realidades e interpretaciones que aún Occidente no vislumbra. Asimismo, Occidente ha desarrollado desde el punto de vista científico una descripción portentosa de su peculiar interpretación de la mente dual. Los avances científicos occidentales en neurociencia y otras disciplinas no tienen parangón en la cultura oriental.

Oriente se ha especializado en la búsqueda de un trasfondo metafísico. La cognición misma se llega a interpretar en función de dicha búsqueda. Las culturas orientales no disgregan las islas del saber, como lo hacen la psicología,

física y filosofía, sino que intentan agruparlas mediante una experiencia que explique su unicidad. Dicha unicidad se ha logrado plantear gracias al análisis de los estados superiores de cognición. Los estados superiores de cognición tienen la característica de la experiencia No-dual, a diferencia de los estados duales de cognición donde sujeto y objeto se advierten como realidades independientes.

Las culturas orientales han intentado usar la interpretación mental de la acción cotidiana para promover un modelo No-dual de la realidad; así, aprovechando que el ser humano es un ente eminentemente práctico, se busca a través de la acción implantar un modelo de realidad que instaure la experiencia No-dual como eje fundamental de su descripción, entendida la no-dualidad como aquella experiencia cognitiva donde observador y observado existen simultáneamente.

PRIMER ESTADO: SUEÑO

Este estado de conciencia es el más primario y cambiante de los cinco existentes. Mientras se advierte la experiencia del sueño, la mente del soñante se desdobra en dos partes: objeto y sujeto, asumiendo cada uno de ellos una condición claramente diferenciadora. En el estado del sueño existen sujeto y objeto, cada uno de ellos con sentido de conciencia individual e independiente. Todo el universo creado conformado de incontables objetos y sujetos asume sentido de realidad. Mientras se sueña, el sueño es real.

El “yo” generado en sueño es el más caótico de los diversos testigos que nacen en los cinco estados de conciencia. El sentido del “yo” cambia sin control alguno y se forjan cambiantes personalidades no relacionadas entre sí; ello hace que el sueño sea una condición profundamente variable y

poco estable, pero con apariencia de realidad mientras se lo experimenta.

Ningún “yo” forjado en cualquier sueño puede encadenarse a las consecuencias de sus propios actos, pues quien ejecuta la acción y la consecuencia misma no son ajenos al soñador ni independientes entre ellos. Por esa razón, en el estado onírico no se produce *karma*. Es gracias a la ausencia de *karma* en el estado onírico que a la noche siguiente no nos vemos obligados a continuar el sueño en el lugar donde quedó estancado al despertar. De haber condicionamiento kármico en el sueño, debería haber una estricta condición de causa y efecto en cada uno de los sucesos; por ello, los eventos deberían mantener necesariamente una secuencia cada vez que el sueño apareciera. Evidentemente, no es así; tanto el “yo” como las experiencias oníricas aparecen sin un orden previamente establecido, dando lugar a una experiencia real pero profundamente inestable.

SEGUNDO ESTADO: PENSAMIENTO

La característica fundamental de este estado de conciencia es que los eventos que allí acontecen son enteramente causales, todos están gobernados por las leyes de la física. La ley kármica de causa y efecto prima sobre cualquier otra. Todo evento es consecuencia de uno previo. No puede estudiarse un evento independientemente de su entorno, pues las infinitas variables que conforman la realidad se entremezclan en algún lugar del tiempo y del espacio.

En el estado de Pensamiento, el objeto se diferencia claramente del sujeto. Es un estado dual, donde observador y observado parecieran evolucionar desde un trasfondo que se pierde en el comienzo de los tiempos. Tanto Sueño como Pensamiento son realidades que la mente interpreta de manera dual.

En el Pensamiento, al igual que los demás estados de conciencia, el sesgo que atribuimos a la interpretación de nuestra cognición es del todo real. Sin importar qué interpretemos mentalmente del mundo o de nosotros mismos, dicha apreciación asume siempre sentido de realidad. El estado de Pensamiento es real mientras se lo experimenta y, al igual que el de Sueño, desaparece cuando cualquiera de los restantes toma el lugar de presencia en la esfera de la conciencia. Esta condición de excesiva inestabilidad de todo lo que allí se conoce hace del Pensamiento y del Sueño realidades enteramente momentáneas e inestables.

Otra característica fundamental del estado de Pensamiento es la aparición del sentido causal de apropiación, de presencia del “yo” en cada pensamiento que se realiza, en cada interpretación que del mundo se hace. El “yo” es el pensamiento más común que existe. Cualquier actividad mental viene asociada a la partícula “yo”. La apropiación o sentido de pertenencia de la acción cobija la cognición, al igual que el polvo cubre por entero los objetos de una casa deshabitada por años. En este estado, el “yo” campea por doquier, es el rey de la cognición. El afianzamiento del “yo”, en forma de egoísmo, se convierte en el pilar fundamental de la actividad mental humana.

Los hábitos mentales, los condicionamientos sociales y hereditarios, son la base de la conformación de la memoria y esta se estructura por estratos basados en el refuerzo que otorga pensar en ellos continuamente. El “yo” adopta el papel de propietario de los hábitos más frecuentes y, vestido con dicho ropaje, asume la creencia de identificarse con ellos al igual que un cristal transparente se torna coloreado en función de las características de aquello que trasluce su naturaleza. De tal manera que si, por ejemplo, aparecen en la esfera mental pensamientos relacionados con sucesos fatídicos, la

tristeza se apoderará inmediatamente del sujeto invitándolo (o más bien obligándolo) a involucrarse y convertirse en un ente triste. Pero si, al contrario, son evocados acontecimientos de felicidad, la alegría tiñe de su propio esplendor y gozo al sujeto. A su vez, la misma inercia mental lleva continuamente a que la mente no distinga distancia entre sí misma y los recuerdos sugeridos. Esto lleva a que el individuo acabe convirtiéndose en un ente preso de sus propios recuerdos y que instante tras instante los pensamientos invadan sin descanso su esfera de cognición. A la postre, quien así vive cree que su vida se tiñe fundamentalmente de sus recuerdos, pasa día tras día, año tras año añorando lo vivido o proyectando lo negado por la vida. Es tan agitada e incontrolada la actividad mental que psicológicamente somos tan sólo los hábitos que se suelen presentar más a menudo en la consciencia personal. Dependiendo de cuáles son los pensamientos o hábitos que mayormente asaltan la esfera cognoscitiva, así es el individuo.

Este es el mundo donde los seres humanos nacen y donde finalmente cierran los ojos al expirar su último aliento. La gran mayoría jamás en su vida tiene ocasión de experimentar otros estados de cognición más estables. Cada quién se mira a sí mismo como una conformación creada paso a paso en el tiempo y en el espacio. La mediatez de la experiencia, el cambio incesante que sufre el mundo ante la evidencia de su inestabilidad hace que todo ser humano sufra por lo inevitable, por lo desconocido. La vida pendula alternativamente entre los extremos de placer y dolor, pero aún estos extremos varían y son inestables.

La cognición y la realidad son una vorágine de imágenes que se intercalan y luchan por sobrepujar para salir a flote a la luz de la conciencia individual. Allí no es posible controlar la mente, allí simplemente los hábitos mentales toman el control de la percepción y sugieren las condiciones sobre

las cuales se interpreta el resto de eventos. En el estado de Pensamiento se piensa sin querer pensar, se siente sin querer sentir. Qué importan nuestros deseos; lo que vale es la experiencia causal cuyo resultado advertimos a cada momento.

La mente, en el estado de Pensamiento basa su actividad en la memoria, evoca contenidos y los compara para contrastar la percepción que realiza y así dar juicios de validez a las cosas que conoce. Mientras esto ocurre, el individuo se asume a sí mismo como conocedor de dichos juicios. Una y otra vez recurre a este sistema de cognición reforzando esquemas mentales y convirtiéndolos en hábito. Luego, presa de los hábitos mentales a causa del refuerzo previo, no puede dejar de pensarlos. Finalmente sus propios hábitos se convierten en la cárcel que le obliga a pensar alocadamente sin poder decidir por sí mismo.

TERCER ESTADO: OBSERVACIÓN

Este tercer estado de conciencia adopta como característica esencial la tendencia hacia la exclusión del sujeto o del objeto de la cognición, ya sea que la percepción se realice “fuera” o “dentro”, respectivamente.

Para Occidente, la cognición se expone como un triple constituyente de sujeto, objeto y poder de conocimiento. Estos tres son los elementos indispensables que intervienen en toda cognición. La filosofía occidental suele denominar “epistemología” al estudio, al análisis de la cognición. En todo proceso cognitivo ocurre la participación de estos tres elementos básicos; sin ellos no se produce cognición alguna. Sin embargo, para los sistemas orientales la cognición se estudia bajo premisas más amplias que la simple expresión de que siempre deban existir sujeto, objeto y poder de conocimiento. La experimentación de otros estados de conciencia

que plantea la filosofía *Vedanta* lleva a que los tres elementos que plantea Occidente puedan asumir otras formas de expresión. En este tercer estado de conciencia se plantea una nueva modalidad no estudiada en Occidente. La Observación, como estado de conciencia, invita a la predominancia de sujeto u objeto inhibiendo la otra parte en la cognición.

Cuando por ejemplo la acción que se realiza es externa, es decir, los sentidos intervienen en la percepción, la realidad que se describe tiene que ver con el mundo situado fuera. Si la atención se posa permanentemente en los objetos externos, de tal forma que el mundo cobra la intensidad que suele ofrecer el asombro, la novedad o la sorpresa, entonces el objeto de cognición es conocido sin que en ese mismo instante se advierta a un sujeto que haga parte de ese proceso. La conciencia se asocia al objeto sin que necesariamente exista la presunción de un sujeto que pueda asumir la propiedad del proceso cognitivo que se realiza. Esta situación es frecuente en el ser humano, pero este no suele notar la importancia de su naturaleza. A modo de ejemplo, advierta el hecho de ver una película de cine. Sentado cómodamente en su silla podrá dirigir su vista hacia la pantalla donde la imagen se proyecta. Si la película es interesante se verá impelido, sin que medie su propia voluntad, a un mundo excepcional, a una realidad en la que se es consciente de las imágenes visuales y auditivas sin que exista en esos momentos sentido de presencia egoica. Inclusive podrá estar así diez o veinte minutos y ser consciente “fuera” de una trama lo suficientemente interesante para que en ningún momento la atención se deslice y regrese a su interior. En caso de que desafortunadamente su atención regrese “dentro”, notará que empieza a pensar bajo la modalidad alternativa de objeto y sujeto; habrá pasado nuevamente a la experiencia del estado de conciencia denominado Pensamiento; allí habrá siempre un dueño de la

percepción, pues el sentido del “yo” hace parte integrante de la cognición.

Mientras la atención se deposita fuera, prevalecen los objetos del mundo sobre el sujeto que los conoce. En la medida en que crezca la intensidad de percepción asociada a los objetos externos y el sentido de asombro, novedad o acecho aumente, entonces el objeto cobra cada vez mayor relevancia a costa de la pérdida de la presencia del sujeto. A mayor presencia de los objetos externos menor sentido de apropiación del “yo”. Llegará un momento en que gracias a la continuidad de la atención sostenida sin presencia de sujeto alguno sobre el objeto, y en asociación con el poder del saber propio de la conciencia, el objeto mismo asumirá el rol de ser el ente activo de la cognición. Entonces, gracias al poder intrínseco de la conciencia, podrá saber, conocer, sin que exista necesariamente la mediación del “yo”. A este tipo de cognición se le denomina Observación externa.

Cuando, en cambio, la acción realizada es interna, es decir, los cinco sentidos físicos se desconectan momentáneamente, entonces la realidad que se describe tiene que ver con el mundo situado dentro. La anulación de objetos mentales se hace palpable, y gracias al poder intrínseco de la conciencia podrá experimentar el vacío de objetos como una maravillosa realidad.

La ausencia de información sensoria impide el reconocimiento del mundo externo. La desconexión sensoria aísla al sujeto en el mundo interior. Situando la atención dentro aparecen inicialmente a raudales los pensamientos, sentimientos y emociones propias que hacen parte de los objetos interiores, en una vorágine de actividad que, gracias a la complicidad de los hábitos mentales, hace que los pensamientos se encadenen unos a otros y que las evocaciones creen historias cuya materia fundamental es la memoria. El sujeto recreado por la

realidad de lo evocado se identifica con ello, sugiriendo ser propietario de la cognición que se realiza. A este tipo de percepción, donde sujeto y objeto se entremezclan, le denominamos estado de Pensamiento. Sin embargo, cuando la atención se sitúa dentro bajo una modalidad de intensidad presencial que no requiere voluntad alguna, es posible lograr un nivel de asombro interior que diluye todo pensamiento. La correcta presencia en el mundo “dentro” dota a la cognición de la ausencia de pensamientos, emociones o sentimientos. A medida que la atención presencial se mantiene en el interior, la cognición atestigua la ausencia de objetos mentales. Dicha atención presencial es la suma del asombro y novedad con la que es posible descubrir nuestra interioridad sin que medie interés, voluntad o deseo por hacerlo.

Los sentidos desconectados nos llevan dentro de nosotros mismos al lugar donde el mundo externo no se expresa. Los objetos externos cada vez cobran menos fuerza y son reemplazados por la naturaleza esencial de los objetos ideales. El mundo interior cobra vigencia cuando la atención del sujeto se identifica con los objetos mentales. En esta simbiosis de objetos mentales y de un sujeto que se experimenta a sí mismo como propietario de ellos se establece un nexo causal, kármico, pues estamos dentro de las fauces de un estado de conciencia denominado Pensamiento. Pero si advertimos “el aquí y el ahora”, si momentáneamente la atención se acompaña de la realidad interior sin presencia volitiva, simplemente como espectadora de lo que acontece, entonces nos sorprenderá notar cómo los objetos interiores se diluyen como pompas de jabón. Advertir los pensamientos sin identificarse con ellos hace que todo objeto mental desaparezca. En la medida que los objetos mentales desaparecen, esto es, pensamientos, emociones, pasiones y sentimientos, el atestiguamiento de su ausencia cobra mayor predominancia. A

dicha prevalencia del testigo sobre los objetos de cognición le denominamos Observación interna.

El hecho de ser sujeto de un mundo carente de pensamientos interiores otorga una nueva forma de representación de la realidad. Ser testigo atento del inmenso vacío mental otorga un sentido de estabilidad cognitiva poco frecuente en el ser humano. Testimoniar un mundo sin límites, completamente homogéneo y carente de todo atributo dialéctico, lleva al descanso y a un solaz excepcional. Dicha experiencia de Observación interior es una modalidad de presente, una nueva forma de descubrir un universo que desafortunadamente la mayoría de los seres humanos desconocen.

La experiencia de la Observación, ya sea interna o externa, no procura sentido de causalidad, de *karma*. Por esta razón, la Observación es una experiencia que favorece el autoconocimiento. Sin embargo, debe acotarse que la Observación, en sus dos facetas “dentro” y “fuera”, no es lo suficientemente estable para determinar que la cognición allí realizada detecte realmente lo que Es. Es la intromisión de los estados no-duales, en forma de Concentración y Meditación, lo que realmente permite avizorar una experiencia continua, total y Real.

CUARTO ESTADO: CONCENTRACIÓN

La característica fundamental del estado de Concentración es la vivencia de la experiencia No-dual, asociada a un campo cerrado⁵⁴. Cuando la experiencia No-dual sólo incluye los eventos que hacen parte específica del mundo sensorio externo o del interno (la memoria), entonces se afirma que

54 En el libro *Los Campos de Cognición*, podrá analizar la naturaleza de los campos de cognición cerrados y abiertos.

el campo de cognición es “cerrado”. Cuando estos eventos del mundo se registran dentro del orbe sensorio, es decir, se localizan fuera, mientras que su cognición se advierte como No-dual, entonces emerge una nueva representación del mundo externo a la que denominamos “Concentración externa”. A su vez, mientras la información hace parte del mundo interior, es decir, hay localización dentro, mientras que la cognición se experimenta No-dual, entonces nace una nueva representación del mundo interno a la que denominamos “Concentración interior”.

En la Concentración, ya sea que la experiencia se produzca “dentro” o “fuera”, debe realizarse bajo los cánones de la no-dualidad. La no-dualidad tiene que ver con otro tipo de percepción que Occidente no estudia ni analiza, pues la casi totalidad de sus exponentes desconocen esta opción de cognición. En la no-dualidad siguen existiendo los tres elementos primarios que la filosofía occidental expone: sujeto, objeto y poder de conocimiento. Mientras se está en Pensamiento, sujeto y objeto se experimentan alternativamente creando una forma de cognición denominada “dialéctica”. En el estado de Observación existe una cognición viva pero se insinúa la tendencia a la anulación de objeto o de sujeto, dependiendo de que la experiencia sea interna o externa, respectivamente. En el estado de Concentración, tanto sujeto como objeto existen, pero son conocidos simultáneamente. El tercer elemento que interviene es el conocimiento, la fuerza del saber, es decir, el fluir consciente; asume el rol activo de la cognición y experimenta al sujeto de la cognición y al objeto conocido como no-diferentes de ella misma. Esto implica que es posible discriminar cognitivamente a sujeto y objeto como entes diferentes pero, a la luz de la conciencia, que es quien conoce, objeto y sujeto no se experimentan diferentes de la conciencia misma que los conoce. No se plantea en la cognición un sentido de

dualidad entre conocedor (la conciencia) y conocido (objeto y sujeto), pero sí se estima con claridad que observador (la fuerza del saber) y observado (objeto y sujeto) hacen parte de la información que constituye el mundo. Se plantea como no-dualidad, como no-dos, en vista de que quien conoce no aprecia sentido de diferencia respecto a lo conocido.

En la Observación interior, es decir, aquella que se realiza dentro y que opera mientras los sentidos están momentáneamente desconectados, el testigo de la cognición observa como diferente de sí la vacuidad que surge en sí mismo gracias a la ausencia de todo pensamiento. Cuando la experiencia intensa producida en Observación se hace permanente, espontáneamente el testigo de la nada se convierte en objeto de atestiguación de sí mismo. Cuando esto ocurre, esto es, cuando la atención se convierte en objeto de la atención misma, el universo interior se transforma y emerge una nueva representación mental de la realidad. La simultaneidad de observador y observado se hace evidente a la luz de un flujo de conciencia que asume la primacía de la cognición y que atestigua que lo conocido es no-diferente de ella, esto es, la conciencia que conoce y simultáneamente la conciencia que se conoce.

En este estado de Concentración interior, el sentido de tiempo y espacio psicológico se resquebrajan dando lugar a un continuo simultáneo de tiempo y a una representación ubicua del espacio. Sujeto y objeto se experimentan en todas partes del campo de cognición y en todo momento de manera idéntica. Esta portentosa forma de cognición es profundamente estable, pero no llega a ser suficientemente inmensa como ocurre en la Meditación.

De igual manera, mientras la Observación externa se advierte, esto es, ocurre fuera, y se realiza mientras los sentidos o parte de ellos están conectados, tiende a prevalecer

la presencia del objeto sobre la del sujeto. Cuando esta experiencia de Observación externa se afianza de manera permanente y sin que medie voluntad alguna de nadie, ocurre que el campo de objetos conocidos se reconoce a sí mismo existiendo. Darse cuenta de sí mismo implica asumir la condición de testigo, de sujeto. Sin embargo, este sujeto que ha nacido no tiene nada que ver con los sujetos de Observación, Pensamiento o Sueño, sino que es una atestiguación No-dual que existe junto con los objetos, pero que a la luz de la conciencia que conoce se advierte como no-diferente de ella.

En este estado de Concentración externa toda la información sensorial se advierte simultáneamente. El perceptor en forma de continuo de conciencia No-dual al detectar el mundo tan sólo se advierte a sí mismo. La ausencia de dualidad objeto-sujeto impide la aparición de la relación kármica entre ellos, por lo cual durante el estado de Concentración no se genera causalidad, es decir, no existe *karma*.

QUINTO ESTADO: MEDITACIÓN

He aquí el néctar de la cognición real, el estado más extraño y maravilloso de todos cuantos es posible experimentar con relación al mundo. La característica fundamental del estado de Meditación es la vivencia de la experiencia No-dual asociada a un campo abierto⁵⁵.

En la Meditación se hace presente la suma de los eventos existentes en el universo. Toda la información existente, en la medida en que el estado se hace más profundo, se incluye paso a paso hasta convertirse en la suma total de lo existente. En la medida en que la Concentración se afianza obteniendo cada vez mayor inercia, la mente adquiere una nueva forma

55 Ver nota anterior.

de cognición gracias a que los potenciales eventos que conformaban el complemento del campo en la Concentración ahora sí pueden experimentarse. Toda la información que en la Concentración no se experimentaba y que no hacía parte del individuo ni del mundo sensorio que le rodeaba ahora se vislumbra con claridad meridiana. El universo, en el conjunto total de la información que lo constituye, se experimenta a sí mismo en todo lugar y tiempo. Simultaneidad de tiempo y ubicuidad espacial de todo lo potencialmente conocido es la característica de la Meditación.

Concentración y Meditación hacen parte de dos de las cinco modalidades con las que es posible reinterpretar mentalmente el mundo. El mundo experimentado desde la perspectiva No-dual conlleva una viveza sin igual. Todo el universo se conoce de manera viva a sí mismo. El orden de realidad que expresa dicha cognición es tan intenso que no es posible encontrar a ciencia cierta un tipo de realidad más firme que esta.

La Observación interna convierte al testigo del vacío de pensamientos en objeto de su propia percepción; la Concentración interior implica la permanencia del sujeto-objeto simultáneo y No-dual; pero la Meditación interior lleva a que el conjunto de todos los potenciales objetos y sujetos no experimentados en el estado anterior sean ahora cognoscibles. El inmenso acontecer de la creación y la sustancia misma que conforma el universo en sus diversos constituyentes ahora se revelan como expresión de la conciencia No-dual.

La Observación externa convierte al universo de los objetos en elementos fundamentales de la cognición; el sentido del “yo”, tal como lo conocemos mientras pensamos, se diluye, dando paso a la vivencia intensa y real de los objetos cognoscibles. En la Concentración externa los diversos objetos que componen el campo que se advierte se reconocen a

sí mismos como entes cognoscibles. Así entonces, los objetos del entorno se atestiguan a sí mismos dando origen a la experiencia No-dual externa. Sin embargo, existen innumerables objetos que aún no hacen parte del campo de cognición, específicamente aquellos que están más allá de la frontera sensoria. En el estado de la Meditación externa, toda la información que en el estado de Concentración no se advierte a causa de la limitación de la frontera sensoria ahora se empieza a revelar sumándose a la experiencia No-dual ya existente. De esa manera la Meditación externa inicia la rauda experiencia de integrar al universo entero como una expresión No-dual de la conciencia que lo alienta.

Finalmente, y sin importar por qué vía se logre, las experiencias “dentro” y “fuera” de los estados que llevan a la Meditación se conjugan en la estabilidad misma de un universo cuya existencia total es un flujo No-dual de saber. Así, cuando el universo se integra en su totalidad y la sustancia que lo compone no se diferencia de quien la conoce, entonces emerge la magnánima experiencia del *nirvikalpa samadhi*. En el *nirvikalpa samadhi* la realidad se hace partícipe de la existencia firme de una estabilidad absoluta que jamás se altera, ni ante la muerte de un universo ni con el nacimiento de uno nuevo.

QUINTA PARTE

El dilema de la Acción Correcta

El dilema de la Acción Correcta



ÉTICA Y MORAL RELATIVAS

Estudiante: ¿Acaso los cánones éticos no son suficientes para dirimir cualquier conflicto que se presente asociado con la acción?

Sesha: La ética es la parte de la filosofía que trata sobre la reflexión y descripción de los actos morales humanos. Las diversas normas sociales y culturales que rigen el actuar humano poseen variadas interpretaciones; ello hace que no exista una sola y exclusiva moral universal, lo que conlleva a la ética a intentar presentar un camino aproximado respecto a las conductas apropiadas.

La imposibilidad de que la humanidad posea una ética universal impide reconocer la validez justa y exacta de las acciones que cotidianamente realizan las personas. Todo acto humano está sujeto a una valoración, pero esta valoración, a su vez, está sujeta a la relativización propia de las normas de la sociedad que la sostienen. Cada sociedad mantiene unos lineamientos únicos que tienden a marcar la conducta humana y categorizarla en función de dicha descripción.

No existe un sistema moral ni pautas éticas lo suficientemente coherentes como para convertirlas en referencia universal. La relativización de las costumbres genera una forma exclusiva personal o social que determina la acción, que la premia o la castiga. Es la relativización de la acción el medio de poder de quienes controlan la ascendencia sobre los grupos humanos, incitándolos a justificar o demeritar un rito, un culto o una acción cualquiera.

E: Entonces, las leyes jurídicas que ordenan las relaciones sociales, ¿qué validez tienen?

S: Ninguna en cuanto a que no son reglas universales y parcial en cuanto a que norman bajo la exclusividad del bien común. No existe ley ni regla alguna que sitúe apropiadamente al individuo respecto a la valoración de sus propios actos.

Cuando se plantea vivir en comunidad se asumen reglas que permitan crear y mantener una sociedad. En este caso prima el bien común sobre el personal. Sin embargo, las leyes sociales son la expresión misma de los valores propios de quienes las crean. Finalmente es la condición democrática, esto es, la mayoría, la que determina desde el punto de vista legal la validez de un acto, y desde el punto de vista religioso la validez es determinada bajo los cánones establecidos por la fe e interpretados por los monarcas religiosos.

E: ¿Y la ley divina que se apoya en los mandamientos no es suficiente para encauzar correctamente al individuo?

S: Los mandamientos son considerados de naturaleza divina pues son promulgados bajo la supuesta inspiración de Dios. Sin embargo, ni aún ellos logran ser fieles lazarillos en la valoración de la conducta moral. La aceptación de las leyes deviene de la fe innata o cultivada del devoto. Cualquiera persona con suficiente discernimiento sabe que la vida vale más que su ausencia. Todo aquello que tiende a mejorar

la calidad de vida social o interior de una persona o grupo humano ha de tenerse en cuenta como superior a todo aquello que induce descontrol, desorden y muerte. El problema real consiste en la interpretación de qué se supone que es lo válido y qué lo inválido. Dicha interpretación suele estar cargada del egoísmo propio de quienes deciden categorizar la acción.

Note cómo el hecho mismo de matar tiene connotaciones que incluso lo validan, tal como es el caso de una guerra, o el hecho de la defensa propia de un ser querido. La pregunta es simple, ¿es justificable la defensa propia o la guerra? Los últimos tiempos han demostrado que basta la decisión de un número mínimo de personas para que acontecimientos como invasiones, guerras y saqueo se validen sin que nadie levante un dedo contra los responsables. Como se podrá notar, la moral es para quienes la sufren, no para quienes la crean.

E: Entonces, ¿cómo podemos valorar coherentemente la acción si no existe ningún parámetro estable? Esta es una situación sin salida.

S: Efectivamente, no hay salida correcta que pueda ser planteada. No existe una acción que por sí misma pueda determinar su validez. Distribuir las acciones entre las innumerables posibilidades que caben entre los extremos de lo bueno y lo malo, de Dios y el diablo, es algo relativo, y dichas posibilidades, las más de las veces, son apenas un prontuario que justifica el propio egoísmo de quienes las usan para sofocar al prójimo.

Encontrar una acción que por sí misma sea válida es imposible. Ninguna es por sí misma virtuosa; ninguna lleva por sí misma a la libertad. La acción es un medio, pero ninguna lleva implícita un fin de libertad.

E: Pero siempre nos han inculcado que debemos ser buenos y actuar correctamente. Toda la cultura mundial se sostiene en el

hecho de hacer el bien y evitar el mal. ¿Cómo saber cuándo se hace el bien y cuándo el mal?

S: Usted se equivoca: lo que llama educación y valores no son tal. Entienda: cree que ha sido educado para llevar una vida correcta; sin embargo, para lograr mantenerse bajo los cánones éticos considerados como válidos le han inculcado miedo, temor. Usted desde su nacimiento es pecador; arrastra, sin saber cómo, el flagelo del error de otros.

El sentirse culpable de ser pecador y la esperanza de un eterno bienestar en la otra vida, siempre y cuando se rija bajo las normas impuestas, son las más absurdas y viles ideas con las que se comercia la espiritualidad. Además, la valoración de los actos se estipula por quienes creen ser poseedores de la sabiduría ética por el sólo hecho de estar matriculados en un credo o ser directores de un estandarte político.

En el fondo, cuando usted actúa, hace lo que conviene más a otros. La pasividad interior resumida en la aceptación de normas predeterminadas le impide ahondar en su real naturaleza interior. Suponer que fue, es y será pecador frustra su alma y lo castra para la búsqueda metafísica.

No se demerita en ningún momento que las normas sociales han posibilitado la expansión social de la humanidad; sin embargo, ¿cómo puede ser posible que los mismos quienes enarbolan el bien y la justicia estén impávidos ante el hambre, el dolor y la pobreza de la mayor parte de la humanidad?

E: Usted critica severamente las normas, pero ¿qué haríamos sin ellas?

S: Una cultura que de entrada castiga al hombre imponiéndole normas basadas en la subvaloración interior no tiene otra forma de sostenerse que jugar a enmarcar las acciones en buenas y malas y por ende, a quienes actúan, en buenos o malos.

No critico las normas, tan sólo defiendo al ser humano bajo el supuesto de que puede llegar más lejos en una correcta apreciación de sí mismo si no presupone que por el hecho mismo de nacer se es malo, y que su salvación no depende de sí mismo sino de otro.

Pensar que el conocimiento de sí mismo se logra mediante la aceptación y vivencia de ciertas normas que lo identifiquen como “bueno” es lo más injusto. He aquí la razón por la cual en este mundo todo acto es justificable, incluso la guerra, la muerte o la misma inquisición.

Inmersos en los condicionamientos impuestos se nos lleva como corderos al matadero. ¿Cree usted que el pueblo tiene el poder de controlar el estado por el mero hecho de poseer un voto? En la mayoría de los países la corrupción campea ofreciendo fondos suficientes para sostener el grupo político que se eligió.

La propia aceptación consciente que determina la creencia en el *karma* impide la realización de actos que dañen a terceros. Culturas que validan la causalidad de las acciones y prolongan sus consecuencias a otras vidas tienen mayor posibilidad de hacer perseverar sus tradiciones incólumes en el tiempo. En cambio, tradiciones que ofrecen el descanso eterno y que, para ello, compran el alma ofreciendo un puesto seguro en el más allá son las que, a través de la corrupción espiritual, crean un clima malsano, una mafia espiritual que finalmente se convierte en la expresión de un negocio cuyo único fin es la obtención del poder.

¿Qué regla impulsa a un niño a actuar si en su mente no existen códigos morales?

E: Tal vez actúa de acuerdo a su espontánea naturaleza.

S: ¿Y no es esa “espontánea naturaleza” la que también empujaría a un ladrón a robar, o a un sacerdote a oficiar?

E: ¡Pues sí, lo que ocurre es que un niño posee inocencia!

S: ¿A qué llama usted inocencia?, ¿a estar libre de culpa, o tal vez a la sencillez?

E: *Sí, efectivamente a eso.*

S: Un niño jamás justifica sus actos, pues los realiza sin pensar en lo que fue o será. Estar demarcando el tiempo mientras se actúa rompe la inocencia del actuar.

E: *No entiendo claramente la connotación temporal que usted asocia a la acción y que la relaciona con lo que fue o será.*

S: Cuando un niño actúa espontáneamente no relaciona su proceder con los actos previos o futuros; en cambio, cuando un adulto lo hace, busca algo en la acción diferente a ella misma. Un niño actúa por actuar, un adulto lo hace por conveniencia.

E: *Lograr una valoración ética de los actos personales y de las acciones realizadas por las personas es un dilema desde siempre. ¿Por qué cree usted que es una situación sin salida?*

S: La acción y la valoración de los actos tal como usted los ve y los estudia son una sin salida; sin embargo, sí existen medios para determinar la correcta acción.

Las culturas moralistas deben adecuarse al cambio que ofrecen los tiempos. Ninguna logra mantener las reglas invariantes en la acción, puesto que ellas mismas son la expresión del mismo cambio que sufren las personas y la sociedad. Entienda: el problema no es la acción, es su interpretación moral. No existe acción que por sí misma, y sin necesidad de interpretación moral, sea válida.

E: *¡Todo parámetro es efectivamente relativo!*

S: ¿También lo son el bien y el mal?

E: *Pues... no sé, tal vez sí.*

S: ¿Qué asocia usted con el bien supremo?

E: *A Dios.*

S: ¿Y con el mal supremo?

E: *Al diablo...*

S: ¿Entiende usted lo que dice? No se da cuenta que en su sistema de referencia valorativo ellos son dos imponderables; sin embargo, intenta mediante ellos justificar la cotidianidad del acto humano. Dios es un concepto que lo supera y el diablo no pasa de ser el terror que opera en usted a causa de su propia ignorancia; aún así, es a través de estos conceptos que el ser humano juzga a su semejante. Es tan fácil enmascarar la ignorancia justificándola como un intento de servir a Dios... Es así como las guerras santas se ven válidas y el hambre, el dolor y la miseria un regalo de Dios. Y al final todo es culpa de Él, es Dios quien juzgó que así fuera; de esa manera todos excusan su proceder y optan por la inercia para con sus semejantes.

E: Entonces, ¿cómo salir de este círculo vicioso donde el actuar es relativo y, sin embargo, la vida nos impulsa a ello?

S: La solución al dilema de la acción ha de resolverse intentándolo ver desde una perspectiva diferente. Para usted es claro que la educación inculca un modo de actuar que justifica los modelos de vida existentes.

E: Sí, pues el fin de la educación es la perpetuación misma de los modelos culturales.

S: Y si el modelo cultural moral es erróneo de base, ¿el error educacional aplicado en la transmisión generacional puede perpetuarse?

E: Sí, efectivamente

S: Pues bien, eso es lo que ocurre exactamente en la mayoría de las tradiciones existentes. Entre ellas, Occidente moralizó desde siempre la acción, y eso lo llevó a necesitar situar la ética y los actos morales bajo una de las miles de opciones existentes entre el bien y el mal supremos.

Fueron los mandamientos quienes determinaron primariamente qué actos son *per se* buenos o *per se* malos. Todo parámetro moral alternativo ha de obviarse puesto que es

relativo. Entienda: a las acciones se les otorga intrínsecamente un carácter moral, lo que hace imposible su clasificación de manera universal.

De igual forma, las leyes sociales y jurídicas se obligan a normar la convivencia, y para ello determinan como ente primario y necesario el derecho a la vida o la convivencia social. En este caso, el derecho a la existencia como bien supremo se encuentra sobre cualquier otro. Ocupan puestos secundarios los derechos de educación, descanso, alimentación, etcétera. Esta clasificación impulsa un tipo de valoración propia a cada acto, pues la identificación con cada uno de los derechos secundarios genera un atributo específico a cada acción.

Es bajo este modelo social, jurídico y religioso que Occidente se mueve desde siglos. Todo acto lleva intrínseco un valor moral. Encontrar el ente moral primario y hacerlo prevalecer sobre cualquier otro puede incluso ser causa de guerras, intensas pasiones o confusas teorías filosóficas.

El encuentro de la acción correcta estriba en disociar a la acción de cualquier connotación moral y evitar la identificación del sujeto como “hacedor” de la acción que realiza.

LA DISOCIACIÓN MORAL DE LA ACCIÓN

Estudiante: *¿Cómo es posible diferenciar entre la acción y el contenido ético con el cual se la interpreta?*

Sesha: Debe entender la diferencia entre realizar la acción por identificación con ella y realizar la acción por sí misma. El desarrollo del acto realizado desde esta última perspectiva se denomina en el *Vedanta* “recta acción”, *karma yoga* o *dharma*.

Realizar la acción sin que exista la intromisión de la actividad egoica es la base de la “acción recta”. Este tipo de

acción no es frecuente en el ser humano. La cultura en general enseña y enaltece la competitividad y el egoísmo, razón por la cual no se plantea realizar la acción por la acción sino por su resultado.

E: En verdad que no entiendo la diferencia.

S: Dígame la razón por la cual se encuentra aquí, junto con este grupo de personas.

E: Deseo aprender de todos ellos y de usted.

S: ¿Cree que nuestro encuentro le ayudará con su propia vida?

E: Espero ayude a entenderme, a saber de mí; tal vez a encontrar las respuestas a tantos interrogantes que tengo.

S: En resumidas cuentas, usted intenta encontrar aquí, en alguna medida, la solución a sus conflictos metafísicos.

E: Pues sí, algo parecido...

S: ¿Nota cómo su actuar está intrínsecamente relacionado con la consecuencia del acto mismo? O sea, ¡el hecho de estar aquí está teñido del anhelo de dar solución a sus propias necesidades!

E: ¡Pero, ¿acaso no es lo normal?! ¡Todos realizamos actos buscando en ellos cubrir algo, conseguir una meta, alcanzar una posición!

S: Efectivamente, esa es la actitud normal del ser humano: realizar la acción por la consecuencia que ella genera. Esa manera de actuar lo lleva a buscar qué tipo de acción induce a su provecho un mejor futuro. Suponer que algún tipo especial de acción puede instaurar la futura felicidad es un completo engaño.

Sin embargo, no solamente se actúa a la espera del resultado que de la acción deviene, sino que también se la realiza como mecanismo de auto-sostén de la misma personalidad. Afirmar que “yo” actúo implica afianzar el sentido individual

y, por ende, dar realidad a todos los estados mentales sobre los que se apoya la egoencia.

Diferente a estas dos causas del acontecer común del ser humano está el hecho de actuar sin identificar la acción con el fruto que de ella se espera y sin inducir sensación de “hacedor” en quien la realiza.

Así, existe una nueva manera de encarar la acción sin encadenarse necesariamente a la consecuencia del acto que se realiza. Quien se encadena con la consecuencia del acto realizado es el “yo”, razón por la cual el resultado final del encadenamiento busca como fin último la permanencia, el sentido de continuidad del “yo”. Al encadenamiento del “yo” mediante la acción le denominamos *karma*; a la permanencia del “yo” en los potenciales futuros donde la consecuencia vive le denominamos *samsara*.

A su vez, a la capacidad de realizar la acción sin crear encadenamiento con el resultado y, por ende, impidiendo la aparición del “yo”, la denominamos *dharma* o “recta acción”. La acción en sí misma no es importante, pues la acción por sí misma no desencadena la comprensión del Ser. La acción es un medio, no un fin. Realizada la acción con destreza logra poner en evidencia un medio de libertad interior. Ese medio es el que buscamos en definitiva: el no-encadenamiento de la acción que lleva a la no-percepción del “yo”.

E: Desde esta modalidad de actuar, ¿la acción deja de adquirir una connotación moral?

S: Exacto. La acción, cualquiera que ella sea, ha de suponerse como enteramente neutra. Repasemos nuevamente las premisas: no existe un acto que por su naturaleza intrínseca sea superior a otro; la acción que usted o cualquier persona realizan ocurre como efecto espontáneo del *karma* previo; ni usted ni nadie crean los acontecimientos que viven; ellos simplemente aparecen, como lo hacen a diario el sol o

la luna. Su opción más lógica e inteligente es permitirle a su cuerpo y a su mente que reaccionen ante ellos, al igual que lo hace cuando lee un libro, trabaja concentrado en su oficina o permanece absorto en una película; en estos casos todo ocurre sin que el “yo” medie en el proceso. Una acción realizada con destreza no liga al actor con la acción, puesto que no hay actor. La ausencia continua del “yo” en la acción impide el encadenamiento de la acción realizada con un potencial resultado. La ausencia de encadenamiento y la actitud libre con la que se realiza la acción promueve un tipo de comprensión discernitiva que modela con el tiempo una nueva forma de ver el mundo que le rodea.

La causalidad generada por acciones previas es la que determina la naturaleza de los actos que aparecen a cada momento. Nadie crea los actos que emergen, simplemente somos espectadores de nuestro propio pasado causal. Por ello, no podemos plantear ningún tipo de fatalismo, pues no es la voluntad de un tercero quien nos lleva a las circunstancias que obligatoriamente nos vemos obligados a experimentar, sino que son nuestras pasadas identificaciones con las acciones las que generan el potencial futuro. Lo que determina la caracterización moral de la acción tiene que ver con el nivel de identificación del sujeto por la búsqueda del resultado y por su necesidad propia de afianzarse como individuo mientras la realiza. Fuera de estas dos cualidades propias e inherentes al sujeto, y no a la acción, el acto puede percibirse como enteramente neutro.

Son el deseo primario de existir como ente individual y la propia necesidad de continuidad de esa naturaleza individual quienes catalogan la acción y la proveen de una naturaleza moral. Es el “yo” quien determina la intensidad del acto moral y lo categoriza como bueno o malo. Son la cultura, educación, medio ambiente social, etcétera, en los que se ve

envuelto el sujeto, quienes deciden si un acto corresponde a las expectativas válidas que ellos promulgan.

La dificultad estriba en que el valor de los actos no es más que la suma del valor probable de cada uno de los entornos donde se desenvuelve el ser humano. Así, con tanta democracia ética, no existe acuerdo alguno respecto a lo “bueno en sí”.

E: Según lo que usted afirma, no existe una moral universal, y el actuar del ser humano se supedita a la conveniencia de cada grupo donde se desenvuelve.

S: Así es; por ello, no existe ni existirá un valor único moral de cualquier acción. Quien controla la “moral democrática” controla el actuar del ser humano y puede impulsarlo a una guerra, a ser un suicida o a la entrega personal a un ideal. Así, cada acto pareciera estar siempre debidamente justificado.

Como usted notará, el mercado de la vida y el de la muerte son peligrosamente similares; basta que la ley determine qué conviene para sostener a quienes la promulgaron para que un acto contrario sea tildado de rebelde, anárquico o satánico.

La acción se parece al papel moneda con el que paga en un supermercado la comida. El valor del papel moneda lo otorga la condición económica del país junto con la expectativa de estabilidad respecto a los demás países. Al final, el valor del papel moneda es cuestión que no depende ni de usted ni del personaje famoso labrado en él. Así, de manera similar, funciona la acción. El valor de la acción no depende de ella misma. Usted y el entorno son quienes determinan dicho valor. La acción parece tener un valor por el mero hecho de que la sociedad de la que hace parte se lo otorga. Pero vaya a otro país y notará que su papel moneda de poco sirve, al igual que las costumbres que lleva tampoco son

reconocidas en los nuevos lugares donde viaja. Asumir que hay acciones buenas y malas implica tan sólo fortalecer a quienes crean las leyes morales que las catalogan.

E: Pero, sin la ley y sin la religión existiría evidentemente una anarquía social y espiritual.

S: Gran parte de la anarquía social deviene de la imposibilidad de cumplimiento de las metas que la misma sociedad y religión infunden. Desde que usted nace le están induciendo a cumplir con el propósito que su medio social y religioso promulgan. Sin embargo, ¿quién determina que las metas erigidas como válidas lo son? Ahora: basta que su descontento se haga evidente para ser tachado de “peligroso”. Son estos “peligrosos” quienes, en contravía de la ciencia, el arte y la religión, han impulsado la mayoría de los cambios más notables en nuestra cultura.

Es usted libre de obedecer ciegamente o por fe la razones de terceros. Ello hace parte del orbe de identificación con el que puede realizar la acción. Basta con saber que vale más la vida que su ausencia o, como decía Jesús, basta “tratar a los demás como queráis ser tratados”. Estas pequeñas perlas de sabiduría van más allá que cualquier dogma y ritual.

La anarquía ya reside en la mente cuando no hay el suficiente control para reconocernos a nosotros mismos como esencia No-dual. No le pido que cambie; tan sólo le pido que atienda a cada acción como si fuera la última antes de morir. La atención posada en el presente es el medio más liberador. La anarquía realmente nace de la actividad egoica, de la creencia de realidad que se le otorga y de la identificación incesante que promueve su dualidad mental mientras realiza la acción.

E: Pero ¿y qué hay de los asesinos que también están en contravía de la vida?, ¿acaso sus actos son justificables?

S: Su pregunta es francamente absurda y denota la falta de entendimiento ante lo expuesto. ¿No entiende que en ninguna cultura la muerte es el impulso de la vida? Nunca nadie ha desestimado la importancia innata de existir; lo que sí se desestima y entra en contradicción es la opinión personal de lo que es ser, existir y sus consecuencias.

La sociedad castiga a quien delinque y, sobre todo, a quienes coartan el bien supremo que sustenta a la misma ley: el derecho de existir

¿Para usted es claro que el derecho a existir es el bien primero?

E: Sí.

S: ¿Le es claro que el siguiente derecho del ser humano tiene que ver con asegurar la continuidad misma de su propia existencia?

E: Sí, estoy nuevamente de acuerdo.

S: Sin embargo, la ley penaliza los actos incorrectos, es decir, los que van en contra de los principios primarios, actos como el asesinar, pero desiste en condenar si existen atenuantes suficientes que lo justifiquen.

E: Sí, como es el caso de matar en combate o por defensa propia.

S: Exactamente, y ¿sabe usted qué lleva a la ley a castigar o absolver un acto que va en contra del principio primario de “existir” y “permanecer”?

E: No lo sé, tal vez hay razones personales o sociales que pueden justificar ir en contra de lo que usted denomina principio primario.

S: Nuevamente le pregunto, ¿cuáles son esas razones?

E: No las sé.

S: La ley siempre intentará encontrar los móviles y las consecuencias que el acto buscaba e indagará respecto al nivel de presencia del sujeto como ejecutor de la acción. ¿Cree usted, entonces, que un individuo que realiza la

acción sin apetencia de fruto y que no tiene arraigado el sentido de egoísmo puede ir en contravía de cualquier principio primario?!

E: No, no tendría sentido.

S: Es por ello que su pregunta no tiene sentido desde el entorno en que estamos hablando. El asesino ha de planear su estratagema o debe estar poseído del ciego odio hacia un tercero. Ello es muy diferente de una reacción natural carente del sentido del “yo”.

E: Es difícil entender que la acción pueda disociarse del contenido ético que se presupone siempre es inherente.

S: Una de las más grandes diferencias, si no la mayor, respecto a la posición ética occidental y la del *Vedanta* tiene que ver con la relación entre la acción y su contenido moral. Para Occidente, la acción se presenta mediante categorías en lo religioso y social, que van desde un supuesto “bien primario” a un supuesto “mal primario”. A su vez, para el *Vedanta*, la acción es total y completamente neutra, a tal punto que cualquier acción es idéntica en cualidad a las demás. Matar y morir pueden ser actos realizados como mecanismo de obtención de libertad si existe la suficiente destreza interior para lograrlo. Es el sujeto quien caracteriza la acción y la convierte en acto moral a causa de la identificación con su consecuencia o por creer que es el hacedor del acto mismo.

Mientras la acción sea el mecanismo utilizado para preservar la actividad egoica, habrá siempre la inmersión en la dualidad y en el sufrimiento que de ella deviene. Toda realidad moral enmarcada en un supuesto de validez es pasajera. Tan solo dura el tiempo que cualquiera otra ley o conveniencia le supere. Convertir cualquier categoría de acción en la base del actuar del cuerpo y de la mente es una sin salida. Si no, repase un poco la historia y note cómo página a página

de nuestro tortuoso pasado la moral ha sido el medio para, con la violencia, evitar el desenfreno humano.

E: ¿Cómo puede no haber una moral universal?

S: ¿Para usted el hecho de vivir es un acto inestimable, tal vez el acto de vida primario?

E: ¡Por supuesto!

S: Sin embargo, existe una constante búsqueda por darle sentido a la vida, razón por la cual se encuentra aquí.

E: Sí, efectivamente es así.

S: O sea, el impulso de la vida por sí misma no es suficiente sin el aliciente de felicidad que desea encontrar afanosamente en los actos que realiza.

E: ¡La vida es experiencia, es saber! ¡La vida por sí misma no se plantea sin asociarla a algún contenido!

S: Y ¿cuál de los supuestos contenidos le provee el ansia de sentirse vivo? ¿Alguno de ellos es estable y continuo?

E: ¿Estable y continuo...?

S: ¿Existe algún contenido empírico o cognoscitivo que se mantenga en marco temporo-espacial sin variación y logre permanecer en el tiempo, sin importar el lugar donde se encuentre? Pues ¿qué felicidad es realmente tal si no permanece?

E: La variabilidad de los actos experimentados y por experimentar es siempre dependiente de mí, por lo cual depende de mi estado interior y varía según él.

S: Por lo tanto, no existe un estado valorativo estable en su propia experiencia personal con el cual pueda tener una referencia estable de la acción. No logra usted ni aún con el saber personal que asume posee, interpretar siempre el mundo y la experiencia de una forma siempre similar.

E: Sí... así es.

S: ¡Y ¿cómo supone entonces que pueda existir una apreciación única sobre el fenómeno ético a nivel universal?!

E: Entonces ¿qué hacer?, ¿cuál es la salida?

S: Tal como usted lo plantea, no hay salida para encontrar una única moral universal. Esta conclusión echa por tierra cualquier opinión sobre qué debe usted hacer con su vida. La opción más frecuente es llevar una vida que asuma la posición de un tercero. Pero ha de saber que cualquier tercero que tenga ascendencia sobre usted sufre finalmente de lo mismo: actúa bajo los auspicios de alguien más a quien igualmente le otorga su control, o bajo los de una fe que categoriza la interpretación que tiene del mundo y sus creencias.

E: Y usted, ¿qué plantea para solucionar el dilema propuesto?

S: Es necesario inicialmente plantear correctamente la pregunta respecto a cuál es el primer “bien primario”. Acuérdesse, para usted es su propia vida.

E: Me es claro que el afán básico que sostiene mi vida es mantener mi actitud de individuo, lo cual me lleva necesariamente a crear toda clase de mecanismos que la mantenga y prolongue. Sin embargo, no entiendo cómo puede existir un acto que sea superior a la misma vida.

S: Es sencillo: usted presupone que su don más alto es su propia vida individual y lucha a toda costa por sostener dicha presunción. En cambio, sostengo que el “bien primario” es Ser asociado al universo entero en forma No-dual. Usted, mediante la definición de su propia presunción, vivirá necesariamente en el vaivén de sus anhelos, placeres y miedos. Al final habrá momentos que la presunción de mantener un “yo” no satisfaga lo suficiente respecto al dolor que la vida le ofrece. Su creencia de que todo vale por vivir como individuo podrá ser en el ejercicio mismo de la vida algo completamente secundario; si no, intente vivir con un dolor de muelas por días o plantee no dormir; así notará cómo la individualidad desmerece y el afán por vivir se opaca.

Asuma que usted es en esencia el universo entero; asuma una actitud que le lleve a dicha comprensión. Convierta la acción en medio y no en fin. Valore la acción fundamentada en un presente que acontece a cada instante. Observe a cotidiano el mundo y vívalo con intensidad. Sitúe la atención con destreza en cada acto y vívalo como si fuese el último a realizar antes de morir; llénese de sorpresa y novedad mientras realiza la acción. Así, poco a poco, notará que la percepción del mundo cambia por el hecho de no ser el “yo” su eje central. La experiencia discernitiva que va naciendo le pondrá en contacto con una nueva interpretación de la realidad en la que se atestiguará sin asomo de dudas que usted es infinito, absoluto y eterno. Luego de realizar la experiencia No-dual, el mundo será una bella ilusión y a la vez una maravillosa realidad.

E: No acabo de entender... ¿qué es “ser” asociado a un “no-yo”?

S: El dilema de la moral universal no se plantea desde la perspectiva en que usted, como individuo, hace parte de todo pues, por definición, en la universalidad el individuo no es el todo.

El “no-yo” nace cuando el “yo” se diluye en el acto realizado, en el objeto experimentado y en todo el universo circundante. Cuando ello ocurre, se deshace el sentido de dualidad que normalmente se advierte y que en la práctica induce la separabilidad de objeto y sujeto. Esta es una modalidad de vida que seguramente jamás se ha planteado pero que puede advertir si realiza la acción sin sentido de apropiación. Dicha actividad realizada de forma constante prepara su mente a la aparición de nuevos estados de conciencia, donde el sentido de la diferencia ya no existe.

Toda tradición cultural, al igual que todo ser humano, jamás pone en duda su propia existencia. El error básico de toda cultura y de cualquier individuo surge al pretender

forzar que prevalezca el sentido de lo individual sobre la expresión No-dual de la realidad. Si usted intenta bajo un supuesto erróneo sostener un planteamiento incorrecto de vida, llegará un instante donde le será imposible encontrar respuestas coherentes a la acción realizada bajo dicho supuesto. El límite dialéctico al cual la filosofía y la psicología han llegado tiene que ver con la esfera de los universales, los infinitos y los absolutos, esfera en la cual el Ser convive y donde la existencia tampoco se niega, tan sólo se hace inentendible por el “yo”. Por ello, sitúese mientras realiza la acción en el Ser asociado al “no-yo” y experimente la diferencia.

Cuando se plantea el acto de “ser individual” como el bien esencial, estable y permanente por excelencia, se comete el error más garrafal. Plantear modelos filosóficos y psicológicos desde esta apreciación conlleva a dicotomizar al todo en tantas partes que, en últimas, se intenta entender lo absoluto mediante la fracción. El absoluto y la esfera de los universales no son entendibles por la mente del “yo”. El Ser no puede ser entendido dialécticamente pero sí puede ser experimentado por un no-yo.

La correcta manera de plantear el dilema de la ética universal consiste en crear un mecanismo moral que logre relacionar la esfera absoluta y No-dual con la esfera egoística e individual. El elemento propicio para relacionar tales esferas fue desde siempre denominado por el *Vedanta* como *karma*.

EL KARMA, EXPRESIÓN DE UNA ÉTICA SIN LÍMITES

Estudiante: El concepto de karma lo interpreto como la ley de compensación, donde cualquier acción realizada genera una consecuencia buena o mala. Tal como sea la naturaleza correcta o incorrecta de la acción, así será el resultado final.

Sesha: Precisamente esa interpretación de corte teosófico es la más conocida. Sin embargo, tal definición no deja de ser un tanto simplista y no denota las inmensas apreciaciones metafísicas que contiene el concepto que las tradiciones orientales denominan como *karma*. La concepción de *karma* como ley de causa y efecto, o de acción y reacción, se ha resistido durante muchos años a ser esclarecida. Son innumerables los autores esotéricos que una y otra vez recaen en el error de interpretar *karma* como una ley de premio y castigo. Así, y según esta definición, de acuerdo a la naturaleza de la causa se obtiene por *karma* una consecuencia de similar índole.

Desde la perspectiva previamente señalada, es imposible afirmar la existencia de una moral universal, razón por la cual la interpretación del *karma* como ente moral que castiga o premia es completamente infantil. Dicha definición está imbuida de una moral clerical francamente pueril. Trasladar conceptos de una tradición a otra requiere explicarlos en su totalidad y así no deformarlos con la adaptación que obliga a encasillarlos a las propias conveniencias occidentales.

Dentro de la tradición occidental a la divinidad se le otorga dirimir o premiar cualquier acto que se realice; bien, ahora pregúntese, ¿qué ente superior es quien aprecia finalmente si una acción ha de tener una consecuencia buena o mala?

E: Ha de ser Dios quien finalmente determine la naturaleza de la consecuencia de un acto dependiendo de la causa que lo generó.

S: ¿Y dónde se aclaran los cánones sobre los cuales supuestamente Dios determina en justicia los actos realizados por los hombres?

E: En las escrituras sagradas... me imagino. Supongo tendrá Dios sus razones para decir una u otra cosa cuando emite justicia de los actos humanos.

S: Su manera de pensar es un tanto primaria. Usted no se ve a sí mismo como expresión de Dios, sino que ve a Dios como una expresión suya; esto es, no se ve semejante a Dios, sino que ve a Dios semejante a usted. Dígame, ¿por qué razón la ley humana difiere tanto de la divina si es de suponer, tal como dijo anteriormente, que tener escrita la ley divina favorece su entendimiento?

E: No creo que la ley divina se equivoque, simplemente la interpretación humana es errada...

S: Entonces, usted afirma que la ley divina puede ser interpretada equívocamente, o tal vez quiera decir que la ley divina no coincide con los cánones prescritos actualmente.

E: Usted tiene una manera de ver las cosas en la cual siempre devuelve la pregunta.

S: El cómo pregunte no es fundamental ahora; por favor, intente responder a la inquietud planteada.

E: Pues, en verdad, no sé responderle. La relación aparentemente de ilación que debería de haber entre la ley divina existente en las escrituras y las leyes humanas no se da en la práctica. La discordancia puede deberse a una posible interpretación errónea. Al parecer la solución al dilema es un círculo vicioso que lleva a una sin salida.

S: Pregunto nuevamente, ¿qué ente cree usted que determina finalmente la naturaleza de la consecuencia dependiendo de la causa?

E: Pues, si no es Dios, ¿quién?

S: ¿Usted realmente piensa que la divinidad anda pendiente de cada quién juzgando el pormenor de cada acto realizado para posteriormente dictar justicia al sujeto actuante? Los animales también actúan, entonces ¿está Dios detrás de sus actos instintivos para juzgar debidamente sus consecuencias? Y los actos de la naturaleza, como las inundaciones o un cometa que al entrar en la atmósfera es capaz de

modificar el orden de vida impuesto, ¿también en este caso está Dios detrás de cada acto de su creación condenando o absolviendo?

E: Pero, y si no, ¿de qué otra manera puede interpretarse la justicia divina?

S: ¿Y qué ocurriría para quienes no creen en una forma específica del Dios justiciero que premia a los buenos y castiga a los malos? ¿Acaso, entonces, para estas personas incrédulas, para los animales de mente instintiva o para las violentas e inexplicables fuerzas de la naturaleza, el universo mismo se movería en el azar ético?

E: No sé. Tal vez existirá una ética natural basada en algún proceso desconocido...

S: ¿Algún tipo de proceso desconocido...?

E: Bueno, es una manera de decirlo...

S: Entonces, ¿es culpa de ese proceso desconocido la causa de las guerras, la enfermedad, la violencia destructora de los elementos naturales y de toda clase de situaciones que sobrepasan el ámbito humano?

E: El egoísmo humano también es responsable de muchos de esos desastres.

S: ¿Y cómo medir el nivel de egoísmo para así determinar la consecuencia del acto y, por lo tanto, justificar o no la validez de las reacciones?

E: Francamente llegamos siempre a lo mismo. La única posibilidad teórica de resolver el problema radica en la potestad divina; sin embargo, es un control abstracto e inentendible en sus bases.

S: Exactamente; por ello, encontrar una moral universal es un dilema sin salida; no existe un elemento que a juicio de todos merezca ser una referencia clara y absoluta de la acción. La salida propuesta por el *Vedanta* difiere completamente de las hipótesis previstas por los sistemas de pensamiento occidentales. El mecanismo ético operante asociado

a la acción no ha de buscarse bajo la polaridad que se ofrece entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, pues allí media inexorablemente lo relativo y surge el conflicto de lo desconocido. Sucumbir ante la fe impuesta por una determinada postura religiosa hacia las escrituras es una salida interesante pero finalmente muy pobre. Ayuda tan solo a los pocos que creen en ella. Dicha normatividad se justifica en el afán de crear una concordia que se basa en el temor, el castigo o el pecado.

E: ¿Cómo, entonces, se plantea una solución adecuada al dilema de la imposibilidad de una moral universal?

S: Parte de la solución estriba en el concepto *karma*. Es muy importante acotar que el *karma* no posee ninguna connotación ética, sino que más bien es una herramienta que permite entender el proceso de continuidad dual del universo en sus diversas esferas de existencia. El *karma* está definitivamente unido al concepto “dualidad”. El *karma* tiene sentido y actúa siempre sólo si existe, desde el punto de vista cognitivo, una relación claramente diferenciada de objeto y sujeto.

Ha de entenderse, en primera instancia, que existe una estrecha relación entre *karma* y cognición. Dicha relación nos permite crear un puente entre ética y epistemología. Finalmente, desde la perspectiva del *Vedanta*, la teoría del conocimiento⁵⁶ está impregnada de la condición propia del *dharma* y de *karma*. La acción tiene una relación con su interpretación mental. Los mundos kármicos únicamente florecen en estratos mentales donde exista sentido de “yo”.

El sentido del “yo” es la pieza fundamental en el andamiaje del *karma*. Se denomina *karma* a la relación fundamental que crea, en un mundo dual, el sentido de relación entre

56 Nos referimos a la epistemología, uno de los cuatro grandes problemas fundamentales que tiene por solucionar la filosofía.

causa y efecto. Sin embargo, el *karma* busca esencialmente mantener el sentido cognitivo de dualidad, impulsando la perdurabilidad del “yo”. La razón esencial de la causalidad es promover el sentido de existencia individual en las consecuencias de los actos realizados, es decir, la perdurabilidad del “yo” es la razón de ser del *karma*. Por lo tanto, el *karma* no castiga ni premia, simplemente permite el desenvolvimiento espacial y temporal del universo dual. En dicho universo dual existen como elementos constitutivos fundamentales sujeto y objeto. La predominancia del sujeto y su sentido de continuidad es la base de un universo dual.

El *karma* no concede ninguna importancia a la acción; ni siquiera a las buenas o malas obras. El encadenamiento que el sujeto advierte por identificación a la acción es la razón de ser de su propia existencia personal e individual. Sin dicho encadenamiento no existiría “yo”, personalidad, o sujeto alguno consciente e independiente de lo conocido.

Retirando el encadenamiento que se advierte por la errónea creencia⁵⁷ de la existencia independiente del “yo”, el universo dual que se percibe se colapsa y da inicio a la percepción No-dual de la realidad⁵⁸. Ninguna acción buena experimentada con sentido de “hacedor” lleva a la experiencia No-dual. Todo acto realizado por quien se estima “hacedor” y “propietario” de la acción genera encadenamiento con la consecuencia de dicho acto. La perdurabilidad del encadenamiento genera *samsara*, y con él la continua y cíclica dualidad del placer y el dolor.

E: ¿Podría ampliar su explicación anterior?

S: Desde siempre todos los grandes pensadores han intentado aclarar el misterio de la creación. La dificultad de

57 *Agnana* o ignorancia.

58 Es decir *maya* o ilusión desaparece de la cognición, pero el universo sigue su curso.

comprender cómo nacen la creación y la vida a nivel individual del absoluto amorfo es el misterio más resguardado por la naturaleza misma. Para solucionar este dilema, el *Vedanta* incluye en su terminología el concepto de *maya*⁵⁹.

Sin embargo, no todas las inquietudes terminan aquí. Aparte del proceso cosmológico y cosmogónico queda por dilucidar cómo la creación ya concebida logra perdurar y mantener su rol de existencia casi perpetuo. Es así como se introduce el término *karma* para intentar dar claridad a la continuidad en el tiempo y el espacio, donde los diversos elementos constitutivos se diferencian en objetos y sujeto. Es el *karma* quien resume el mecanismo que debe estudiarse para entender todo lo referente a las diversas maneras en que los objetos existentes se relacionan entre sí, generando entre ellos mutua permanencia en el tiempo y diferenciación en el espacio.

Pero, además, aunque las preguntas sobre la causa de la creación y su continuidad permanecen sin solución, se plantea una nueva: ¿cómo el universo individual ha de disolverse en su matriz primigenia, que es el absoluto amorfo e indefinible? La solución deviene con el estudio del concepto *samadhi*⁶⁰.

Es así que las preguntas sobre “de dónde venimos”, “qué somos” y “a dónde vamos”, son el mayor tormento sobre los cuales la mente humana intenta profundizar y entender.

E: ¿Cómo opera el karma?

S: El *karma* entreteje todos los acontecimientos como causales generando un ciclo incesante y continuo de nacimiento

59 Se refiere al acto ilusorio que denota la percepción de algo inexistente como real, mientras la permanencia de la sustancia verdadera no se advierte.

60 Posesión de “sí mismo”. Implica una forma especial de cognición que revela la experiencia de ser y, por lo tanto, soluciona de forma práctica y vivencial cualquier inquietud respecto a sí mismo o al universo.

y muerte. El *karma* sólo opera en mundos duales, es decir, en aquellos donde existe un sujeto, que actúa con apetencia de fruto y sentido de yoidad, y objetos diferenciados que existen independientes del sujeto⁶¹.

Occidente sólo analiza mundos duales, razón por la cual su modelo de universo es exclusivamente causal. El universo surge en el Bing Bang, la gran explosión inicial en la que la materia adopta las condiciones para evolucionar y crear vida. Desde la perspectiva científica el universo es siempre causal y todos sus elementos creados están entremezclados. La vida es una conjugación de infinitas variables interdependientes que evolucionan hacia un tipo de perfección aún no muy entendible.

Sin embargo, la esencia del *karma* no es el sentido de causalidad en los eventos materiales ni en las fuerzas constitutivas del universo, como por ejemplo sí lo es la descripción de la segunda ley de Newton que habla de acción y reacción. El *karma* tiene más que ver con el sentido de encadenamiento causal que hay entre un sujeto que actúa y las consecuencias finales de sus actos. Dicho acto y su consecuencia son una actividad que puede acontecer en el plano físico o mental. Aquella frase que coloquialmente se comenta: “toda acción lleva una reacción” es una muy pobre apreciación que define la naturaleza del *karma*. El *karma* tiene que ver con la relación sujeto-objeto, y específicamente con las condiciones para que dicha dualidad permanezca. Mientras la acción, cualquiera que sea esta, lleve al sujeto a permanecer siendo sujeto y reconocerse diferenciado de los objetos, entonces la acción produce *karma* respecto a la consecuencia generada. La esencia final es la permanencia del sentido de individualidad y,

61 La aclaración de “objetos reales independientes del sujeto” debe hacerse, pues en el estado onírico el sujeto no genera *karma*, pero los objetos son una prolongación mental al igual que el sujeto mismo.

por lo tanto, de una comprensión dual del universo. Mientras exista *karma*, perdura el sentido del "yo".

El mundo dual está ligado por las repercusiones kármicas. Insistimos una vez más; una acción produce *karma* cuando es realizada bajo dos circunstancias: sentido de pertenencia o egoencia en la acción y apetencia del resultado de la acción. Por lo tanto, lo que relaciona causa y efecto no es una caracterización moral sino la identificación por el fruto de la acción y todo acto realizado con cualquier mira egoísta.

Resumiendo, diremos que existe la posibilidad de realizar cualquier tipo de acción física o mental sin generar *karma*. A esta forma excepcional de actuación de un sujeto le denominamos *dharma*. La permanente acción dhármica reestructura la forma de cognición del actor llevándolo a una nueva percepción de la realidad, donde la condición dual se desdibuja y nacen diversos estados de conciencia cuyo culmen es la no-dualidad. Para experimentar la cognición No-dual es prerequisite desalojar el sentido del "yo" de la cognición. Desalojar el sentido del "yo" de la cognición no implica la disolución de la realidad dual, sino una nueva interpretación de lo existente a la luz de los nuevos estados de conciencia que aparecen. Dichos estados de conciencia que emergen ante la disolución de la naturaleza egoica son: Observación, Concentración y Meditación⁶².

En los mundos duales kármicos no hay libertad de acción ni libre albedrío, pues las consecuencias quedan implícitas en las acciones mismas que realizamos y sumergidas en la espera de un futuro marco temporo-espacial para emerger. En los mundos kármicos la fuerza de voluntad del sujeto no puede cambiar las consecuencias que deben acontecer por *karma*. En los mundos akármicos, esto es sin *karma*, no existe

62 Ver nota 33.

un sujeto tal como usted se reconoce a sí mismo mientras piensa; allí la relación sujeto-objeto no se establece como normalmente suele ver e interpretar el mundo.

E: ¿A qué se refiere con que ningún acto que aparece es libre?, ¿acaso al libre albedrío?

S: Desde el *dharma*, como nuevo modelo de pensamiento ético, no existe un supuesto y preexistente parámetro denominado “bondad” respecto a otro llamado “maldad”. Tampoco cualquier acción se ajusta ni se cataloga entre las infinitas posibilidades que rondan entre los extremos de nuestras creencias morales.

Toda acción es por sí misma neutra, ella no tiene condicionamiento alguno. Su naturaleza es tan sólo actividad, mas no moralidad. Sin embargo, el maravilloso misterio de la vida dual estriba en que una tras otra las acciones interactúan y se asocian por la falsa identificación del individuo de sentirse actor y por la apetencia por el resultado de la acción.

La magia de este nuevo modelo ético-dhármino radica en que la realización de cualquier acción física o mental induce automáticamente una consecuencia posterior en tiempo y espacio sólo y únicamente si el sujeto realiza el acto por errónea identificación con ella. Es en ese mismo instante cuando el futuro aparece como ente potencial, antes no. El anhelo mismo de futuro impreso en el acto realizado por la inclusión egoica de la búsqueda del resultado, crea una potencial continuidad temporal y espacial que otorga prevalencia al sujeto dual. Por ello, toda acción kármica eterniza al sujeto, al ente egoico, gracias a que la acción se relaciona con el resultado de esta y en ambas está inmerso el sujeto.

Desde este modelo oriental, ninguna consecuencia de la representación dual de la cognición aparece siendo independiente de un pasado específico y ninguna acción es libre de un pasado lejano o cercano. Los actos presenciales no los

creamos, simplemente suceden; el universo reacciona por el hecho de ser consciente y estar vivo. En ese juego de ilimitadas probabilidades de acción, el sujeto simplemente se cree, por error, dueño de la acción que realiza. En definitiva: la falsa creencia de asumir que él hace la acción le lleva a vivir en un universo cognitivo de acciones y consecuencias que llevan a sostener su propia valoración personal. Así, aplicado el sujeto en realizar una y otra vez acciones, y debido a la falsa identificación que opera en su mente, proyecta un tipo de vida encadenada a un futuro cíclico denominado *samsara*⁶³.

E: Si no existe un presente independiente ¿cómo opera la libertad?

S: Para usted no existe acto alguno independiente de su pasado. Todo suceso actual que vive es necesariamente consecuencia de causas pretéritas. Sin embargo, se cree eligiendo entre una y otra situación cualquiera, cuando en el fondo ese acontecer aparece espontáneamente como consecuencia de una causa tal vez lejana o cercana en el tiempo.

Usted no actúa con libertad, pues siempre está condicionado por la cultura o por su propia herencia genética. No es libre de sí mismo, pues cuando se enfrenta a cualquier suceso ya está de base condenado a reaccionar por sus propios hábitos conscientes o instintivos. La creencia de que usted mismo tiene libertad de acción no es más que un hábito de creer que posee libertad. Note cómo en sueños también realiza acciones, cuando el mundo onírico no es más que una proyección dual de su propia mente. En los sueños usted no crea nada; inmerso en ellos cree que decide, y lo hace tan sólo por sus propios condicionamientos conscientes o inconscientes.

Usted se cree libre, pero es presa a todo momento de sus pensamientos. Ellos aparecen pese a su voluntad. ¿Cree que

63 *Samsara*, rueda cíclica de nacimiento y muerte.

si decide dejar de pensar puede hacerlo? Los pensamientos que procesa por voluntad son producto de sus intereses, de sus necesidades y condicionamientos corrientes; en cambio los pensamientos que emergen a la esfera de su conciencia y que no puede controlar hacen parte de sus hábitos de descontrol que ya tiene activados como condicionamientos sociales, culturales, personales o hereditarios.

Usted no es libre, pero se piensa libre. Ciertamente que pensarse libre no tiene que ver con serlo realmente, pero no tiene más opciones. Por más voluntad que tenga sólo ocurrirá lo que por *karma* deba acontecer entre usted y la causa de los actos perdidos en la noche de los tiempos, que en este mismo instante se actualizan como consecuencia y a los cuales responde con los mismos hábitos forjados en la misma noche de los tiempos.

Usted ve el mundo dual siempre diferenciado. De él se alimentó mientras creció y así lo verá hasta morir. Su salida no es actuar de forma moral, su salida es dejar de ser un “yo”. Establecer una forma de cognición donde aquí y ahora realice acciones encadenadas a causas previas y no genere *karma* mientras actúa. Cuando logre esto gracias a una adecuada educación de la mente, podrá ver la información que constituye el universo bajo una nueva óptica. En dicha nueva óptica existirán objetos y sujetos, pero quien conoce, quien comprende la realidad, no plantea sentido de diferencia entre conocedor y conocido; son los terrenos de la no-dualidad.

E: Sí, verdaderamente es muy extraño. Tal como usted lo presenta existe un encadenamiento causal que genera sentido de relación entre pasado y presente.

S: Efectivamente, la relación entre pasado y presente que acontece en el mundo dual se denomina *karma*. Sin embargo, es importante aclarar que el encadenamiento de la acción y su posterior consecuencia surge exclusivamente si al ejecutar el

acto causal existe intencionalidad, sentido de “yo”; de no ser así, el acto que opera en cualquier presente es libre y no genera consecuencias de relación futuras con ningún otro instante ni ningún otro lugar. Usted vive en la ilusión de creer que su “yo” existe, al igual que cree que las personas que aparecen en un sueño son reales e independientes de usted, o al ver una soga enrollada reconoce como verdadera una falsa serpiente. Usted vive encarcelado en un mundo que su propia mente ha construido; en esa cárcel sufre y goza pero, simplemente, es una marioneta de un destino que forja su propia ignorancia. Ve que todo nace y muere; nota que, sin importar qué, la vida es cambiante y toma un rumbo que no puede evitar. ¿Usted cree que su voluntad le sirve de algo? Entonces, no piense, no se enferme, sea feliz o no muera. Nada de lo que usted piensa es realmente importante, igual morirá. Su única opción inteligente es el sendero del *dharma*.

La consecuencia de cualquier acción que haya realizado siempre aparecerá y cuando erróneamente se identifique con ella asociándose por apetencia de fruto o sensación de pertenencia creará nuevo potencial futuro, y así generará un círculo vicioso de nacimiento y muerte sin final. De no ser así, o sea, de no existir mientras actúa “apetencia” y “egoencia”, el acto realizado es libre. Es esa realmente la libertad a la que todo individuo puede optar. Así pues, tenga claro que su libertad no está en decidir qué acción realiza; su libertad está en identificarse o no con la acción que ejecuta. Por ello, el libre albedrío no se valida en la escogencia voluntaria a la que se supone que el sujeto tiene opción gracias a su propia voluntad, sino a la capacidad de identificarse o no con la acción que realiza.

E: Entonces, ¿el libre albedrío no existe!

S: No existe ningún acto que usted realice libre de pasado. La libertad estriba en no crear futuro. No existe futuro

independiente de un acto que realice ahora. Ser diestro en la acción implica vivir “ahora” sin generar futuro.

Cuando no entienda algo, déjese guiar por la naturaleza; ella, con seguridad, es más sabia. Note cómo las estaciones se suceden le guste a usted o no; note inclusive cómo, pese a su voluntad de que no ocurra, el cabello de su cabeza crece cada vez más espaciado. Tampoco usted regula a voluntad la temperatura de su cuerpo; el proceso continuo de mitosis que permite la reproducción de todas las células de su cuerpo ocurre pese a usted. Dígame, ¿qué controla de su cuerpo?, ¿tal vez escoge las prendas y el color al vestirse?

E: No da usted mucho de dónde escoger.

S: Inclusive las prendas y el color los decide por el gusto que sus hábitos le inducen a escoger. De no ser así, le sería igual vestirse con ropa de hombre o de mujer, o simplemente andar desnudo.

E: ¿Me plantea que, aunque crea que decido, no lo hago?

S: Usted no decidió nacer, simplemente ocurrió; tampoco decide enfermarse ni morir, simplemente acontece. Cree que tiene voluntad, pero su voluntad realmente es tan sólo el pensamiento de creer que actúa. Así como cree que es dueño de su apartamento, así cree que es dueño de sus actos. Lo que le da pertenencia sobre su apartamento es una escritura notarial; sin dicha escritura no puede probar que le pertenece. ¿Cree que sus acciones pertenecen a un “yo” que realiza a voluntad la acción? Muéstreme las escrituras notariales que certifican la pertenencia de los actos que realiza. Usted no hace nada, nunca lo hace y nunca lo hará. Juega en el sueño de su mente a ser actor y mantiene la constante pesadilla de creerlo. Usted en esencia no se diferencia de cualquier loco ingresado en un manicomio; ellos ven como válida su realidad; usted y muchos más, miles más, millones más, ven como válido el mundo dual. Pese a creer usted, como ellos,

que el mundo dual es real, no tiene el más mínimo control de ninguno de sus procesos. Se lo planteo de esta manera: cree como real un mundo que no controla y del cual es su esclavo.

E: ¿Es una sin salida la acción!

S: Me recuerda el error que cometen quienes se ven presos de sus mentes: se sienten impotentes. ¿Acaso no nota que su impotencia es parte de los mismos hábitos y condicionamientos que pugna por evitar que encarcelen su mente? ¿Cree que sufre o que está preso? Todo lo que usted piense de sí mismo es tan sólo el resultado de su propia ignorancia. Al igual que piensa que tiene libertad, del mismo modo piensa que no la tiene. Su problema está en asumir como válidas sus falsas comprensiones. Mientras camina sofocado en busca de agua por el desierto, asume como real un espejismo. Entonces se alegra, pues cree que podrá calmar en breve su sed. Entienda: el espejismo dual le hace creer que usted está encadenado a pensar y opta por pensar en no estarlo; eso es lo absurdo de su pretensión. La salida inteligente no es realizar acciones morales, pues ellas simplemente le llevarán a crear hábitos mentales y condicionamientos dirigidos en una dirección aparentemente virtuosa. Se lo digo de nuevo: su única opción inteligente es caminar por el sendero del *dharma*. Debe reaccionar a la acción que le impone la vida en cada momento, pues es responsable de hacerlo por el simple hecho de estar vivo. Reaccione ante los eventos como lo hace cuando conduce: jamás se queda observando un único paisaje pues si no se estrellaría. De igual forma permita que las acciones ocurran y déjelas nacer y morir. No se aferre a ningún instante, pero no huya de ningún momento. Los instantes son como las olas: ninguna se parece a otra. Haga de cada instante un momento único advirtiéndole que cada momento está vivo. El flujo de la consciencia atendiendo los eventos es siempre permanente y no depende de usted. Suelte la

voluntad de actuar y fluya en una reacción que notará como inteligente al dejarla fluir por sí misma. Una y otra vez sorprendido por la fuerza de cada instante logrará que el “yo” pierda su predominancia mental. Confíe en la inteligencia que hace que todo ocurra; ella es más sabia que cualquiera de sus propios hábitos de conducta.

E: Entonces, todo se resume en identificarse o no con la acción en cualquier acto realizado...

S: Aclaremos qué es identificarse, pues a lo mejor representa algo diferente en algunos oyentes. Aunque usamos palabras similares, debemos acertar con precisión en la correspondencia de su significancia.

¿Usted se siente propietario de su vida, se siente dueño de su existencia?

E: Claro, mi existencia es mía, mi vida es mía, me pertenece exclusivamente.

S: Eso es identificarse con su propio sentido de individualidad. ¿Se ve a sí mismo como causa y raíz de su propia vida?

E: Pues, no..., existo, eso sí, pero no encuentro en mí la propia capacidad de mi existencia. Aparezco existiendo; controlar su raíz está más allá de mis posibilidades

S: ¿Y juzga entonces que Dios es su causa?

E: Bueno, efectivamente, es una explicación apropiada de mi razón de existencia.

S: Su afirmación implica identificarse con la existencia de lo divino y, a la vez, implica identificarse con su propia impotencia e ignorancia cognoscitiva. ¿Desearía usted en algún momento de su vida emular a quienes han encontrado su libertad interior?

E: Por supuesto, esa es la razón por la cual estoy aquí.

S: Ello es identificación por apetencia de fruto. Es decir, usted asume como válida su necesidad de un futuro libre; lo

asume como real y se proyecta existiendo en ese desconocido futuro donde algún día se desencadenará dicha situación.

E: ¡Pero entonces todo acto lleva implícito la identificación de una u otra forma!

S: La continua identificación con la acción provee de permanencia a su propia individualidad. El nexo entre una acción realizada y el potencial e inexistente futuro de consecuencias es denominado *karma*. En ambas temporalidades de pasado y futuro que experimentó y experimentará se verá asolado, en razón del *karma*, por el sentido de individualidad en todos sus procesos cognitivos. Por ello su única salida a un mundo de dualidad constante, donde la cognición fluye entre los opuestos de placer y dolor, es el sendero del *dharma*. Mientras tanto, en los mundos duales, su propia ignorancia le dotará de la creencia de que existe como un “yo”. Tan sólo el cansancio, la desesperación de vivir en un mundo impermanente donde alternativamente dolor y placer fluctúan, le llevará un día a explorar una nueva interpretación de vida, de una vida conducente a una realidad más estable y permanente. Dicha estabilidad se denomina no-dualidad. Allí, en esta nueva forma de cognición, el universo adquiere un desarrollo estable. En la experiencia No-dual las categorías de lo infinito, lo absoluto y demás entes ilimitados no son meros atributos teóricos, sino verdades henchidas de la experiencia que otorga una cognición carente de dualidad.

E: ¡Pero actuar sin sentido de identificación egoísta y sin apatencia por el resultado de la acción es prácticamente imposible!

S: No, se equivoca. Para usted es prácticamente imposible desidentificarse de la acción, pues presupone como axioma básico de su propia realidad que la existencia se asocia a la individualidad que otorga experimentar su cuerpo o su mente. El concepto individual de “yo soy un cuerpo” o “yo soy una mente”, impiden una interpretación diferente de sí

mismo y del mundo que le rodea. Su falsa identificación es similar a los erróneos juicios que asume como válidos mientras duerme. Allí, mientras sueña, asume su individualidad como real y al mundo que le rodea lo acepta tácitamente como válido e independiente de usted mismo. Mientras duerme, nadie puede convencerle de que el mundo que experimenta es ilusorio, es decir, de que el sueño no tiene realidad por sí mismo. Sin embargo, al despertar, las certezas que antes le acompañaban y la validez de los juicios oníricos se desmoronan ante la certeza de la realidad que implica regresar a la vigilia.

El problema de identificación nace a causa de una errónea percepción de lo que usted considera como su realidad. La errónea percepción le lleva a una falsa identificación con aquello que mentalmente procesa. El proceso mental le lleva a asumir como un hecho válido el que usted se asuma independiente de aquello que conoce. La diferenciación entre perceptor y percibido se convierte en el eje central de todo problema y dolor físico y psicológico que pueda llegar a experimentar en el mundo dual. Le repito: la percepción cíclica y cambiante del mundo dual tiene raíz en una falsa percepción de la realidad. Dicha falsa percepción se origina en el sentido de “yo” que la mente apropia durante su proceso dialéctico.

Por esa razón se intenta erradicar a toda costa el sentido de “yo”, el sentido de apropiación de la acción o de la cognición. Afirmar que “actúo” y que “conozco” lleva implícito un sentido de egoencia en el acto. Dicha afirmación es esencialmente errónea, pues implica creer que el sentido de conciencia individual es válido, impidiendo el reconocimiento de la experiencia No-dual. En la medida en que la actividad mental sea eminentemente dialéctica o, lo que es lo mismo, en la medida en que usted no tenga otro medio de albergar

certezas excepto pensar, sentir o emocionarse, vivirá en un mundo cuya realidad se asimila al de un sueño mientras duerme, es decir, parece real mientras no logre despertar.

E: ¿Es posible crear el hábito de actuar correctamente?

S: Sumérjase en la acción de tal modo que su universo quede encajonado en esa única expectativa momentánea de vida. Impida a su memoria que cavile y dude. Aprenda a observar el mundo que le rodea sin emitir juicios respecto a lo percibido. Tan sólo reaccione, como su piel lo hace ante la temperatura sudando con el calor o erizándose ante el frío. Permanezca siempre atento pero sin esfuerzo de hacerlo. Viva, pero no intente retener el presente; permítale a cada acto nacer pero tampoco le impida morir. El mayor don que la vida puede otorgar consiste en actuar sin ser sujeto de acción, en actuar sin quién actúe.

El hecho de actuar como una reacción natural al acontecer del presente impedirá crear lazos entre actor y acción realizada, pues en ese momento no hay agente de la acción. Tal evento, como reacción natural de la acción, no es un proceso voluntario, no requiere de un esfuerzo ni de una disciplina especial; al igual que no requiere esforzarse para lograr el sueño ni requiere voluntad para que sus pulmones actúen respirando, de esa manera tampoco la reacción natural ante el presente requiere de una actitud voluntaria. La voluntad es esencialmente un impulso egoico que lleva a la consecución de una meta establecida. Mientras haya voluntad, la meta que lleva a actuar lleva implícita al gozador de dicha meta. Por esa razón la voluntad o la disciplina no son la causa de la erradicación del “yo” ni del nacimiento de la experiencia No-dual.

E: Si Dios no impulsa al dolor, a la guerra o a la muerte, entonces ¿quién?

S: El mundo y sus consecuencias son el resultado del congénito *karma* que vida tras vida lo arrastra a usted y lo encadena al mundo. Todo deviene esencialmente del anhelo por el resultado de la acción y por el sentido egoico mientras actúa.

Cada pensamiento, cada acto realizado con intencionalidad y egoísmo nutren el futuro individual y colectivo de tal forma que, en un lejano futuro, el pasado causal nos enfrenta a las consecuencias del futuro acontecer.

No hay *karma* bueno ni malo. No existe una modalidad de acción correcta en la que el *karma* se manifieste mejor o peor. El *karma*, como ya se ha explicado, no califica, tan sólo relaciona causa y efecto gracias a la interacción del egoísmo humano. Es usted, desde su propio parecer y desde el parecer social y ético, quien presupone una consecuencia como fruto “bueno” o “malo” de una acción realizada.

Su creencia de Dios se basa en la fe. Su desconocimiento de sí mismo le lleva a aceptar el hecho de la existencia de un regente universal que estipula premio o castigo. Usted es Dios; su conciencia es Dios; el amor es Dios, entendido como la experiencia No-dual que lleva a la vivencia de la integración de lo conocido, de lo amado y de lo existente. Dios, según su parecer, es la imagen de un padre que guía a sus hijos mientras estos no tienen facultades para hacerlo por sí mismos. Su propia ignorancia le impide reconocerse como inmortal. Le es más fácil asumir por fe que las cualidades superiores no residen en usted sino en un tercero que rige los destinos del universo. Le han enseñado a creerse pecador, le han lavado el cerebro durante generaciones llenándolo de culpa; de esa manera han castrado su capacidad de sentirse y reconocerse a sí mismo como divino. Con su mente, con sus pensamientos, sentimientos y emociones engendra su propia creencia de Dios. La viste de multifacéticas características,

todas ellas prodigiosas e inefables. Sepa que son sólo ideas de Dios. Dios no es lo que usted piensa de él, al igual que el amor no es lo que usted piensa del amor. Ante el dolor y el sufrimiento clama por la presencia divina. Sepa que no ocurrirá nada que no haga parte de su congénito *karma* al igual que, por más que se esfuerce, la flecha tensada y expulsada por el arco no cambiará su trayectoria. Usted es esclavo no de la vida, sino de sus pensamientos egoístas; son ellos los que trazan el sendero de su propia ignorancia. La mayor falacia es creer que el “yo” existe.

E: ¿Y cómo vivir sin ética alguna?

S: ¿Usted se reconoce a sí mismo, en todo momento y lugar, como “causa sin causa”, Ser No-dual y absoluto?

E: No, por supuesto que no.

S: Cuando lo vislumbre empíricamente podrá vivir sin ética alguna. Mientras tanto, luche por estabilizar su anémico sentido individual e intente actuar por el supuesto bien general que la ley social o su consciencia le dictan. Sin embargo, la aceptación de dichas leyes le llevará necesariamente a la relatividad de sus postulados y veredictos. Cuando no exista en usted quien realice la acción ni tampoco actúe por el fruto que de ella devenga, entonces la ética será un elemento sustituible por una reacción discernitiva basada en la experiencia de un presente libre. La ley moral es necesaria mientras un grupo humano aprende a reconocer el respeto al implícito impulso de existir. Sin embargo, indague en saber “quién soy” y notará que, más allá de la mente que pregunta, está el espectador silencioso que inunda la creación desde siempre y por siempre. Pósesese allí y experimentará que la moral, la ética y cualquier otro formulismo son apreciaciones infantiles y absurdas.

E: ¿Es posible librarse del peso kármico?

S: Sí; para ello tiene dos opciones: la “recta acción” y el “conocimiento de sí mismo”. En ambos casos la libertad estriba en la ausencia de “yo” que acontece en el actuar o en el saber. Su “yo” fracciona la realidad en una dualidad incesante de “conocedor” y “conocido”. En dicha realidad acontece la relatividad de los hechos experimentados y, por lo tanto, la inestabilidad de todo lo conocido.

El mundo no cesa ante la ausencia del “yo”; el mundo sigue experimentándose pero bajo un nuevo paradigma. El nuevo modelo cognitivo que se establece ante la ausencia del “yo” no erradica a objeto ni a sujeto, pero introduce la certeza de que quien conoce no diferencia al conocedor de lo conocido. Dicha afirmación, que al parecer es un juego de palabras, redefine la conciencia bajo una nueva prerrogativa, una en donde la percepción pasa a ser simultánea en el tiempo y ubicua en el espacio, a diferencia del modelo secuencial donde tiempo y espacio son entes delimitantes.

E: ¿Podría ampliar su respuesta?

S: El encadenamiento de causa y consecuencia puede evitarse realizando la “recta acción”, es decir, aplicándose a ejecutar los actos ausentes de sentido de propiedad y sin buscar el resultado de los mismos.

Los contenidos kármicos, sea cual fuere su causa, sólo pueden ser disueltos gracias al conocimiento de sí mismo, pues es a falta de dicho conocimiento que se establece el encadenamiento kármico entre actor y resultado de la acción. La dualidad no existe por sí misma; es el resultado evolutivo del pensamiento dual. Mientras el pensamiento dual se experimente a nivel individual o colectivo, el mundo adoptará las consecuencias de dichos pensamientos. La mente humana experimenta el mundo pensándolo o sintiéndolo. No suele ver más allá de estas dos opciones. Así entonces, los humanos se subdividen entre “racionales” y “sensibles”. Sin

embargo, existen otras formas de interpretar la continua realidad sensoria e ideal. Basta permanecer sorprendidos continuamente ante un nuevo evento e inmediatamente el sentido de yoidad se desplaza del proceso cognitivo hasta momentáneamente desaparecer. Dicho evento de ausencia de yoidad puede aparecer en los momentos donde la novedad o el asombro inundan un presente cualquiera. Es justamente la continuidad del presente lo que abre las puertas a nuevos estados de conciencia. Educar la mente en la permanencia en el presente es parte esencial de la práctica meditativa.

Cualquier acción realizada bajo los nuevos parámetros que impliquen ausencia de yoidad no genera nexo entre la acción y quien actúa. Ello libera al individuo de crear un futuro y libera a la mente de experimentar el sentido de dualidad. El universo es como es, pero no es como usted lo piensa.

E: Le he escuchado un concepto denominado karma sanchita ¿Podría aclarar y desarrollar dicha idea?

S: La continua intencionalidad introducida por el actor mientras realiza la acción lleva a acumular todos los inacabados deseos en una potencial vida futura. Son tantos los deseos inconclusos en una vida y tantos los “yoes” que los producen, que la naturaleza automáticamente impulsada por el *karma* plantea un potencial devenir de futuras consecuencias. Dichas consecuencias no acontecen en la vida presente, pues en esta vida solamente fructifican consecuencias de *karmas* pasados. Suele denominarse *sanchita karma* al conjunto de acciones con sentido de yoidad y apetencia de fruto que no se cosecha en esta vida, sino que prosperará en otras circunstancias y asociado a otras vidas.

Es la identificación del actor con la acción el causante de *samsara*, esto es, la rueda interminable de renacimientos. Es el fruto aún no maduro que induce la naturaleza misma,

mediante el *karma*, quien sienta las bases sobre las cuales algún día, y en circunstancias similares a las determinadas como causa, sobrevendrán las consecuencias ya previamente definidas en las causas. Por ello el hombre cree que actúa y que decide con su voluntad su futuro. Nada más falso. La voluntad encadena o no con la acción, pero jamás es el elemento determinante que resuelve una consecuencia. Estamos apresados y encadenados a nuestros hábitos mentales. Son ellos, los hábitos y condicionamientos genéticos quienes a todo momento crean las pautas de respuesta ante los eventos que acontecen. Nadie es ajeno a su pasado. Es el pasado quien decide. La única y más inteligente opción es romper el encadenamiento kármico que promueve el *samsara*.

Los acontecimientos de una vida son tan inamovibles como el resultado de un partido de fútbol visto en repetición. Mientras usted no conozca previamente el resultado sufrirá creyendo que con su esfuerzo podrá ayudar a inclinar la balanza del resultado. No importa si usted sufre o no; dicho sufrimiento es también un condicionamiento psicológico. Usted no es lo que piensa, ni lo que siente; es aquello sobre lo que está escrito lo que piensa y siente. Al igual que usted sólo es su pasado si piensa en él, de igual manera es su futuro si piensa en él.

La suma total de consecuencias que remontarán en un incierto futuro ha de denominarse como *sanchita karma*⁶⁴. Estos contenidos situados en una parte de la mente llamada *chitta*⁶⁵ esperan a que la naturaleza, mediante las divinidades o inteligencias rectoras que la asisten, dé cabida a la existencia humana que próximamente se iniciará gracias al proceso de la fecundación.

64 Acciones “acumuladas”.

65 *Chitta* en este caso debe ser interpretado como memoria a largo plazo, un concepto un tanto lejano al de memoria inconsciente.

El *karma sanchita* nace gracias a la ignorancia primigenia⁶⁶ del individuo al desconocer su esencia absoluta⁶⁷, y es disuelto única y exclusivamente a través del recto conocimiento⁶⁸. *Sanchita* aparece tan sólo por ignorancia, y por ello únicamente se diluye con el conocimiento directo del Sí mismo que nace con la experiencia del *samadhi*. La permanencia ininterrumpida de la experiencia de *samadhi* logra romper las ancestrales cadenas de causa y efecto que relacionan todos los *koshas*⁶⁹. Quien permanece inmerso tiempo suficiente en la experiencia de *samadhi* deshace la totalidad del *karma sanchita* y ha de denominarse “liberado en vida”⁷⁰.

A su vez, antes del nacimiento físico y como núcleo individual y social del futuro ser humano, una fracción del *karma sanchita* conformado por los hábitos y condicionamientos más fuertes definirá los patrones sobre los cuales se desarrollarán cada uno de los *koshas* y el mismo entorno social que perdurará durante la vida. Las pautas desde las cuales evolucionará el curso de toda la vida, y que no son más que una parcial expresión del *karma sanchita*, se denominan *karma prarabda*⁷¹. Y aunque dicho *karma prarabda* es inmodificable, debe experimentarse total y completamente. Imagine el mismo acto del nacimiento comparado con el instante donde un arco tensado suelta la flecha: son las condiciones físicas, viento, temperatura, presión atmosférica, velocidad, etcétera, quienes determinan el trayecto de la flecha y jamás, una vez lanzada la flecha, la voluntad del arquero. Así entonces, son las causas previas las que determinan los ambientes individual y colectivo de quien encarna en un cuerpo, y nunca la voluntad

66 *Agnana*, productora de *maya*, la ilusión.

67 *Atman*.

68 *Gnana*.

69 Véase nota 32.

70 *Jivanmukta*, estado similar al de Iluminado o *Budha* en la tradición budista.

71 Por venir, por aparecer.

del nacido podrá cambiar la dirección de las consecuencias, en esta vida, de sus actos pasados. El encadenamiento kármico provee nuevamente de actor y acción, ambos diferentes y asociados a una realidad dual.

Por lo tanto, la vida además de ser necesaria es obligatorio vivirla de la manera más diestra. El objeto final es el logro de la felicidad. Pero dicha felicidad no es un planteamiento mental o emocional, sino la bienaventuranza que provee la cognición de los eventos no-duales. La educación mental que requiere cualquier individuo para poder modificar la cognición y llevarla a la experiencia de nuevos estados de conciencia requiere de la realización de la “recta acción”. Sólo así no aparecerá nuevo *karma* y con él el “yo” y la dualidad mental, sumado todo al incierto futuro que imprime el *samsara*.

Es importante anotar aquí que el *karma* opera exclusivamente sobre los *koshas*, y jamás sobre el eterno *Brahman* No-dual, razón por la cual es factible en cualquier momento realizar el tan anhelado conocimiento del Sí mismo. Siempre y en cualquier momento puede lograrse la liberación⁷² total, y para ello basta reconocer y experimentar la propia y primigenia esencia estructurada por cualquiera de las tres vías estipuladas en la tradición *Vedanta*⁷³.

E: Entonces, ¿cuándo terminará el proceso kármico?

S: ¿Cuándo empezó?

E: ¿Cuándo empezó qué?

S: ¿Cuándo inició el primer atisbo de karma?

E: No lo sé, dígamelo usted.

S: ¿Cuándo ha dejado de ser usted esencia inmortal No-dual?

E: Pues, en teoría... ¡nunca!

⁷² Se refiere al logro del *Jivanmukta*.

⁷³ Estas son: *karma yoga*, *bakti yoga* y *gnana yoga*, o senderos de la acción recta, de la devoción y del recto discernimiento.

S: Si usted es siempre consciencia absoluta No-dual⁷⁴, ¿dónde está el inicio de algo, llámese *karma* o cualquier otra cosa, y dónde su final?

E: *Pero... y todo este universo lleno de individualidades..., y mi pasado, el suyo..., ¿acaso son inexistentes?*

S: ¿Dónde está el límite entre usted y el universo lleno de individualidades?, ¿en qué punto deja usted de ser individuo y en cuál aparece el universo externo a usted?

E: *No lo sé exactamente, pero es innegable que ambos coexistimos...*

S: No niego que coexistan, sin embargo, ¿coexisten independientes?

E: *¡Ah!... ¡sintiendo! El problema simplemente está en qué hace vernos diferentes mi “yo” y el mundo...*

S: Así es; su falsa creencia de asumir tácitamente como real el concepto mental que define a una cosa como un “algo” le hace ver al mundo no como es, sino como lo piensa. Es ahí donde nace la disyuntiva del mundo y de usted como entes independientes y diferenciados.

Por ello su pregunta, aunque válida, es errónea. No hay inicio kármico, pues no hay un algo real que padezca del *karma*. Su pregunta no tiene respuesta, pues está mal formulada. Asume como real algo que no lo es. Es imposible aclarar la razón de ser de una serpiente que se observa al falsear una cuerda enrollada en un camino. Intentar encontrar la génesis de dicha serpiente es absurdo pues en realidad no existe.

E: *Si realmente no hay karma, ¿entonces quién actúa y pone en movimiento al mundo?*

S: No lo hace usted, nadie lo hace, es tan sólo la inercia misma del proceso kármico. El movimiento que usted ve es similar al que opera en un sueño en donde el mundo aparece

74 *Kutasta chaitania*, a diferencia de la consciencia reflejada o individual, *chidabasa*.

y desaparece noche tras noche. Mientras usted interprete al mundo con la apreciación de yoidad instaurada en la mente, notará a cada elemento individual de forma cambiante y luchando siempre por alcanzar la perfección. Cuando interprete al mundo sin el sentido de “yo” en la mente, verá a cada elemento en ningún lugar en especial, pero haciendo parte de todos los demás.

¿En qué instante la no-dualidad asumió en su mente visos de individualidad? En el mismo momento en que usted se ve a sí mismo pensando. Cuando usted pensó en algo y lo conceptualizó mentalmente, utilizando el sentido de apropiación de sus recuerdos, la naturaleza se vio irremediablemente impelida a crear un nexo entre usted y la consecuencia de sus actos. La naturaleza compensa su pensar introduciendo el encadenamiento entre causa y efecto. Pensar asociado a un “yo”, aunque es un acto real, no es un acto de libertad. Por ello, la naturaleza restaura su integridad con un mecanismo que le provea nuevamente equilibrio; dicho mecanismo se denomina *karma*.

¿Por qué el individuo muestra trazas de permanencia en el tiempo? Sepa que el sentido de “yo” que provee su mente no es estable. Cree que posee un único “yo”, pero él va cambiando a medida que su experiencia obtiene provecho. Usted puede decir que la humanidad ha permanecido a través de los siglos creando historia, pero nunca podrá afirmar que la humanidad ha mantenido los mismos rasgos siglo tras siglo, ni siquiera mes tras mes. De igual forma, el concepto “yo” que usted maneja permanece siempre, pero su contenido varía a cada instante. No hay un “yo” que permanezca en el tiempo, él tan sólo es un concepto genérico que usted usa como fuente de apropiación de la experiencia. Tiempo y espacio enmarcan una actividad que delimita su experiencia y fundamenta el sentido de dualidad que su mente experimenta.

¿Cómo el aparente sentido de individualidad estable se diluye nuevamente en la no-dualidad? Todo cesa de forma similar a cuando la falsa serpiente se observa nuevamente como una pasiva soga enrollada a la vera del camino. La serpiente es innegablemente serpiente mientras opera la falsa percepción. De igual forma el “yo” se experimenta real mientras esté inmerso en un ambiente dual. El “yo” y la dualidad objeto-sujeto son parte del círculo vicioso de la apariencia real. Cuando la percepción asume visos superiores y experimenta la no-dualidad, notará que el mundo no ha cambiado, simplemente existe bajo una continuidad que no necesita ser poseída por nadie excepto por ella misma. Nada se disuelve en nada, pues nada deja de ser lo que es. Simplemente lo que “es” se advierte simultáneamente a quien sabe. Dicha simultaneidad objeto-sujeto introduce un nuevo paradigma cognitivo al que definimos como “No-dual”.

E: Entonces el mundo evoluciona aleatoriamente, puesto que nadie lo dirige.

S: Entienda: no estoy diciendo que no exista inteligencia en el acto mismo de la inercia kármica; lo que debe entender y reflexionar es que no existe un acto volitivo de nadie respecto al cual el universo aparezca siendo. El universo es tan sólo un eterno presente cuya naturaleza esencial es la conciencia No-dual. La conciencia como base inteligente imprime orden; por ello la naturaleza tiene implícito un orden en cualquiera de las partes en la que pueda ser pensada. No le pido que extirpe la mente, tan sólo le aconsejo que observe al mundo y a usted mismo sin interponer la apropiación yoica en todo juicio mental; atrevase a observar sin pensarse observando y sosténgase en ese infinito y eterno presente que aparece cuando ello acontece.

Si usted cree que alguien actúa creando y haciendo evolucionar el mundo, entonces pregúntese quién pone en

movimiento el sueño y hace que éste evolucione. ¿Puede decir que es Dios quien hace nacer el universo ilimitado de eventos oníricos? Sin embargo, mientras duerme asume dicho estado como real. Entonces, mientras duerme, y llevado por la creencia de la existencia de Dios, ve en Él la causa de todo lo existente en el sueño. Mientras el sueño acontece nadie podría negar dicha opinión. Pero al despertar todo desaparece..., junto con Dios soñado. Ahora, en vigilia, damos pie a una nueva percepción y nuevamente creemos que existe un ente rector de dicha creación. Debido al orden que se establece en el proceso evolutivo, se asume que hay una conciencia universal detrás de todos los actos. A dicha conciencia le solemos denominar Dios.

E: Según le he oído en alguna ocasión, el karma actúa como ente que relaciona presente y pasado.

S: El *karma* tiene una acepción ética y otra metafísica.

Desde la perspectiva ética, el *karma* relaciona el actor y la acción, y crea un tipo de actuar moral que delinea un tipo de vida. Dicho tipo de vida es consistente únicamente si existe en el actor sentido de apropiación en la acción y provecho por el fruto de la acción. La “acción recta” ha de convertirse en un modelo práctico que resuma la razón de ser de un individuo actuante. El *dharma*, como razón de la acción, es la forma más inteligente de actuar, pues es la única que favorece un sentido real de libertad.

Desde la perspectiva metafísica, el *karma* es la causa de ser del “yo”. La realidad dual se establece en la medida que existe un “yo” que asuma como propia la experiencia mental de la dualidad objeto-sujeto. La continuidad egoica es un subproducto y no la causa de la creación. El “yo” es un invitado al espectáculo de la creación pero, mientras dura la representación dual, asume que es una real y fraccionada parte del espectáculo de la vida.

LAS GUNAS: AGENTES ACTIVOS DE LA ACCIÓN

Estudiante: Si todo lo existente ocurre como espontánea causalidad, entonces ¿quién impulsa la realización de la acción?

Sesha: Su pregunta tiene varias respuestas, dependiendo del estado de conciencia que perciba. Como ejemplo, note cómo a un pequeño se le puede responder de varias maneras según su nivel de madurez. A la pregunta que un pequeño hace respecto a cómo nacen los niños, es posible ofrecer variadas respuestas según sea su nivel de comprensión, es decir, desde que la cigüeña los trae de París hasta las más consagradas teorías científicas.

Desde la prerrogativa de su estado de conciencia, donde la mente advierte dualidad en todo lo conocido, ha de entender que el mundo se ve evolucionando en un marco temporo-espacial. La dirección del tiempo va en dirección de la entropía, es decir, hacia el futuro, y cada objeto llena un único y exclusivo lugar en la tridimensionalidad volumétrica que ocupa. Bajo esta óptica, el universo es la suma de eventos independientes que lo constituyen. La respuesta a quién es la causa de la acción y de lo existente puede ofrecerla cualquiera de los diversos campos del saber que opinan sobre el tema: el religioso, científico, filosófico, etcétera. Lo más seguro es que ninguna de las respuestas coincida con las restantes. Desde la maraña de posibles respuestas, existe una que afirma que usted es actor, que de usted depende la acción y que el universo es energía en constante cambio; que usted crea su futuro y que en sus manos está el transcurrir de su vida.

Sin embargo, desde otros estados de conciencia, la respuesta al problema de la causa de la existencia del universo y de la acción tiene otros ingredientes. Desde la perspectiva de la experiencia No-dual, por ejemplo, el universo, la acción

y todo lo existente tienen como base una única substancia No-dual asociada a la conciencia, al amor y al ser absolutos. Es decir, no se perciben eventos independientes sino que el universo mismo está interconectado por la conciencia no-diferenciada. La materia, la idea y la energía misma no son más que modalidades probabilísticas de existencia de la conciencia No-dual, tal como los tres estados en que se presenta el agua -sólido, líquido y gaseoso- no son más que diferentes presentaciones físicas de las mismas moléculas químicas. Esta afirmación tendente a que toda la substancia del universo es simple conciencia No-dual parece traída de los cabellos, pero a la luz de la comprensión y de la experiencia No-dual es tan clara y entendible como la certeza que tiene usted ahora mismo de que existe.

Los orientales, y específicamente la tradición hindú, introdujeron una extraña y novedosa idea con el fin de hacer moderadamente entendible desde el punto de vista racional la existencia del universo y de la acción. Dicha idea tiene que ver con las *gunas*, las cualidades propias de la naturaleza. Los hindúes plantearon que quien ejecuta la acción no es el individuo, pues el sentido de “yo” no tiene causa en él mismo. Debido a que el “yo” es un subproducto mental, una idea más que se desenvuelve en la cognición y crea sentido de apropiación de lo conocido, debía de existir un mecanismo que fuera desencadenante del movimiento evolutivo del mundo, y por lo tanto de la acción que en él repercute para forjar los cambios. La interesante respuesta de los hindúes llevó a crear un modelo cosmológico y cosmogónico fundamentado en que la evolución que se advierte mentalmente desde el punto de vista dual es tan sólo un producto automático de la intervención y mezcla de las *gunas*, las cualidades básicas de la materia.

Ha de entender que, desde la perspectiva No-dual, tanto las *gunas* como el universo y el ser humano son una expresión no-diferente y siempre eterna de la conciencia, el amor y la seidad absoluta.

Toda teoría dual cosmológica que se plantee, sean la *gunas* o el big bang, son especulaciones filosóficas, científicas o matemáticas que intentan dar una explicación a nuestra experiencia sensoria. Todo modelo es tan paradójico que, aunque nos sentimos por voluntad propia realizadores de la acción, nos es prácticamente imposible impedir la incesante actividad y cambio que opera en la mente. La sensación de ser actor de nuestra propia vida se afirma en la creencia de que somos capaces de tomar determinaciones voluntarias. Sin embargo, los actos que se deberán decidir aparecen por sí mismos y por sí mismos desaparecen. Jugamos a creer que controlamos el acontecer cotidiano, pero él nos supera desde el mismo instante en que nacimos hasta el momento final de nuestra propia muerte.

Dígame, ¿en alguna ocasión ha podido experimentar atención profunda asociada a un objeto externo cualquiera?

E: Me imagino que sí, por ejemplo cuando leo un libro.

S: ¿Ha notado las diversas fases que operan en su mente, desde la toma de la decisión de abrir el libro hasta el momento en donde atiende abstrayéndose en él?

E: Pues, la verdad, no mucho...

S: Note en primera instancia cómo selecciona sin problema la página a leer; tan sólo basta con abrir en la página donde dejó previamente el separador o simplemente recordando el número de página del libro.

E: Eso es lógico, es lo normal.

S: Muy bien. ¿Le es claro que al iniciar la lectura su mente interpreta los diversos signos alfabéticos ordenándolos en palabras, frases y conceptos?

E: Sí.

S: ¿También nota cómo debe hacer usted un esfuerzo mínimo pero sostenido y consciente de ese ordenamiento?

E: Sí. La lectura en mí es un acto habitual y requiere un mínimo esfuerzo.

S: ¿Le es claro que pasado un tiempo totalmente imprevisible, cualquier esfuerzo por leer cesa y logra absorberse en la lectura, e inclusive logra pasar varias páginas sin que conscientemente lo note?

E: Sí. Evidentemente, así es.

S: Antes de la ausencia del esfuerzo en la lectura le es lógico notar un espacio, un cierto distanciamiento entre usted mismo y el libro. Dicha distancia entre usted y las letras que lee puede variar desde unos pocos centímetros a alguna decena de ellos. Es tan consciente de dicha distancia que usa anteojos o simplemente modula sus antebrazos para adecuarse a la distancia correcta en donde le es más fácil leer. Ahora que ha empezado la lectura y el proceso de atención se dirige a la comprensión continua del texto, le pregunto, ¿dónde se encuentra ahora, mientras permanece abstraído en la lectura, la distancia física de algunos centímetros que detectaba previamente entre usted y el libro?

E: No le entiendo bien eso de la distancia...

S: Cuando inicia recién la lectura, ¿dónde se encuentra usted?

E: ¡Pues, sentado en algún lugar!

S: ¿Y el libro dónde está?

E: ¡En mis manos a una cierta distancia!

S: ¿Y entre ambos?

E: Entre ambos... un espacio, una distancia...

S: Bien. Cuando está sumergido en el libro gozando de la atención profunda del texto, ¿puede detectar la distancia que le separa del libro con igual facilidad a como lo hace antes de

permanecer atento? ¿Es usted consciente de sí mismo? ¿Es consciente de que lee, o simplemente lee sin reconocerse a sí mismo haciéndolo?

E: Evidentemente, no; el sentido de distancia se pierde, mi atención se vuelca en el texto y la percepción de distancia desaparece.

S: Note que la apreciación mental del espacio entre usted y el libro desaparece, pero hay más cosas interesantes que ocurren cuando su atención se mantiene permanentemente en el libro; dígame, ¿dónde está usted como “individuo lector” mientras permanece atento?

E: Antes de empezar a leer busco el libro, pues quiero recrearme “yo mismo” en la lectura. Luego de empezar a leer y permanecer atento al libro no me doy cuenta que leo, simplemente leo. Si me pregunta dónde estoy “yo” mientras permanezco atento leyendo, pues... no lo sé...

S: ¿Dónde se ve el libro mientras usted permanece concentrado?

E: No hay un lugar especial donde esté, simplemente no me hago esa pregunta ni estoy pendiente de ese acontecimiento.

S: Y el espacio del cual afirmaba que se encontraba entre ambos, ¿dónde está ahora?

E: ¡No existe, no lo detecto mentalmente...!

S: Si usted no aprecia el sentido de espacio respecto al libro ni se detecta a sí mismo como lector, aunque sí este leyendo el libro, entonces, ¿quién pasa las hojas y mueve los ojos mientras lee?

E: Ha de ser un acto reflejo.

S: ¿Y quién conoce, mientras el acto reflejo acontece?

E: Pues, ¡yo!, no hay nadie más, sólo yo.

S: Pero acaba de reconocer que no se detecta a sí mismo como conocedor mientras opera en atención continua sobre

el texto, y también reconoció que mientras lee no se detecta a usted mismo como lector.

E: Sí, entiendo. Quien conoce soy yo, pero si el “yo” no está, ¿entonces quién conoce?

S: En verdad, el “yo” no conoce, el “yo” no es consciente. El acto de saber simplemente aparece en un instante de presente, tal como el que ocurre en la atención sostenida sobre cualquier evento a percibir. Las cosas se perciben estando y se las conoce siendo. Ser y conocer son una y la misma cosa. Por ello, la única respuesta válida y coherente a la pregunta de quién realiza la acción es que ella simplemente ocurre bajo un orden que está más allá de mi propio sentido consciente individual. No es mi voluntad la que me permite conocer, ni tampoco es mi interés quien provoca la acción; todo simplemente acontece en un ambiente embebido de conciencia.

Ha de existir un orden establecido que simplemente reacciona a la suma de eventos y desencadena las consecuencias de manera lógica y eficiente. A nivel cósmico, y desde una perspectiva religiosa, los orientales dieron a las energías que rigen los destinos del universo y las acciones humanas el nombre de *devas*⁷⁵; serían los motores involuntarios que rigen los destinos de la evolución y de la acción.

E: ¿Los dioses son el motor inmóvil e inteligente de todo movimiento?

S: Usted reconoce la ley gravitatoria como el instrumento que origina atracción entre los cuerpos poseedores de masa.

⁷⁵ El mundo dévico corresponde al conjunto de entidades inteligentes que, a la luz de la tradición hindú, evolucionan desde los elementales menores a los grandes Dioses. La línea humana, a diferencia de la dévica, posee el don de la identificación con la acción y, por ende, la creencia de una voluntad propia. Por ello, erradicando el sentido del “yo”, la línea humana puede lograr la liberación de *maya* en cualquier momento. En cambio, los Dioses han de permanecer desde el inicio a la disolución del universo a cambio de poseer una naturaleza *sátvica* (equilibrada) e imposibilidad de identificación egoica.

E: Sí, la ley de la gravedad opera sobre todos los cuerpos del universo entero, generando un sentido de atracción entre ellos.

S: Exactamente. ¿Considera la ley gravitatoria como una expresión inteligente y carente de expresión volitiva propia?

E: No le entiendo.

S: El hecho de que la ley de la gravedad se exprese mediante ecuaciones newtonianas o relativísticas induce a pensar que opera con un control perfecto sobre toda masa que ocupe un espacio. Dicho orden gravitatorio es tal gracias a que matemáticamente podemos expresar su funcionamiento. Las leyes de la gravedad operan universalmente; su descripción matemática está basada en la descripción consistente de las experiencias de la física.

E: Sí, así es.

S: El hecho de que la gravedad se formule bajo ecuaciones matemáticas que describen su comportamiento universal lleva a pensar que existe un sentido profundo de orden en el universo físico. ¿Este hecho de universalidad no implica acaso una expresión inteligente de la naturaleza misma?

E: Se lo podría llamar así, efectivamente: la naturaleza se expresa con un orden riguroso que le permite a la gravedad describirse en el lenguaje matemático.

S: Sin embargo, la ley gravitatoria es homogénea y uniforme, esto es, no opera desde una perspectiva voluntaria de nadie externo, ni contraría nunca a la ley misma; es decir, no depende de la voluntad de nadie, ni de dioses ni de hombres, simplemente opera bajo patrones completamente definidos.

E: Sí, entiendo.

S: Por lo tanto, la ley gravitatoria es una expresión inteligente y carente de acción volitiva propia. De la misma forma, y según la tradición oriental, los *devas* o agentes de acción asociados a su inmanente impulso inteligente, controlan y operan todas las funciones naturales que van desde las

posibles acomodaciones cristalinas que operan en las moléculas, pasando por la inteligencia que se impone a un hábito en permanecer, hasta los grandes procesos espirituales.

Bajo la descripción religiosa, filosófica y científica de la tradición hindú, la creencia en los *devas* implica la aceptación de un orden inteligente, inmanente y universal, carente de sentido de voluntad propia. Mientras los *devas* son la expresión inteligente y ordenada que rige el universo, las *gunas* son la sustancia material e ideal con la cual se conforma el mismo universo. Desde el modelo cosmogónico hindú, usted es la suma de *devas* que controlan ordenadamente sus funciones fisiológicas, asociada a *devas* energéticos que modelan la absorción de energía del ambiente, y entremezclada con *devas* mentales que estructuran su mente y funciones ideales. La interrelación de toda actividad está direccionada por el *karma*. A la vez, la materia, la sustancia o la energía que en cada mundo se expresa no son más que modalidades de *gunas*, cualidades de materia, que se entremezclan las unas a las otras.

La teoría de las *gunas* y la creencia de los *devas* son una necesidad teórica fundada en el hecho de que no hay “yo”. La ausencia de un individuo existente por sí mismo plantea necesariamente que algo ajeno a él le otorgue su creencia de identificación con la acción. La *gunas* son el manto con el que *maya* envuelve el universo. Desde la perspectiva No-dual *maya*, *gunas*, *karma* y *devas* son entidades no-duales. La conciencia se expresa como conocedora de la multiplicidad y, simultáneamente, es la multiplicidad misma. La tradición oriental posee una fascinante expresión cosmológica que entreteje un maravilloso mundo en el que se entremezclan ciencia, religión y filosofía.

Finalmente, usted no realiza la acción. La inteligencia dévica provoca la aparición de consecuencias basadas en

hechos kármicos. *Maya* desenvuelve un mundo basado en el material que las *gunas* conforman. En dicho mundo creado, el juego de la identificación del “yo” con la acción produce la falsa identificación que le da a la dualidad un sentido de realidad que esencialmente no posee.

Note cómo mientras observa una película de cine logra ver imágenes que se mueven coherentemente proyectadas en una pantalla; sin embargo también puede, levantando un poco la vista hacia el techo del cine, detectar el flujo de luminosidad que hay entre el proyector mismo y la pantalla. Aunque no lo advierta, la información que posteriormente observa proyectada con forma y movimiento fluye en el halo de luz, pero jamás podría detectar el movimiento que advierte gracias a la pantalla en el halo mismo lumínico. Se requiere de una pantalla en el que el flujo de luz choque para que se exprese la información y sea advertida por el cerebro como color o movimiento. De igual forma, se requiere de intermediarios en la cognición dual para que el mundo cobre el sentido del movimiento que detectamos cuando conocemos. Dicha intervención, para que la información cobre sentido mentalmente, está originada por la aparición de los *devas* y las *gunas*.

E: *Entonces, ¿el individuo no realiza la acción!*

S: Realmente, no. El individuo cree que la realiza, tal como en cualquiera de sus sueños los personajes allí presentes creen que actúan, de similar forma a como convierte a una inmóvil soga enrollada en un camino en una peligrosa serpiente que intenta atacarlo. Intentaré nuevamente explicarle en un lenguaje de ejemplos el hecho de que no existe un “yo” que realice la acción.

Recuerde y verbalice ahora algún sueño que por su naturaleza hubiese sido intenso y real mientras acontecía.

E: Sí. Recuerdo cómo escalaba la pared de una montaña junto con algunos compañeros. Tanto el paisaje como los acontecimientos ocurridos allí fueron muy reales. Era capaz de notar el viento en mis brazos y el sudor recorriendo mi frente. Todo era muy vívido, profundamente intenso, maravillosamente real.

S: Partamos del hecho que mientras el sueño opera, ha de considerarse a los acontecimientos allí registrados como reales, y cuando usted despierta se verán como ilusorios, esto es, los entes percibidos en sueño parecen reales mientras usted sueña y son inexistentes al despertar. Los eventos del sueño no perduran como entes independientes existiendo al despertar. Es a causa de dicha carencia de continuidad de existencia que se les otorga a los objetos oníricos el estatus de “irreales”.

E: Sí, me es válida su apreciación.

S: Mientras trepa por la pared rocosa siente su consistencia física y es capaz de esforzarse continuamente en vencer la ley gravitatoria que opera en todo lo que lo acompaña y lo rodea.

E: Sí, lo percibo momento a momento.

S: Nota cómo cualquier piedra que se suelte es impelida a caer, e incluso usted mismo lo hará si por alguna razón no se sostiene.

E: Efectivamente.

S: Comentó usted que en el sueño había compañeros con quienes intentaba también escalar.

E: Sí. Varios, éramos unos cuatro o cinco.

S: ¿Y actuaban por ellos mismos y con voluntad propia, o lo hacían tal como usted lo deseaba?

E: No, actuaban por ellos mismos siguiendo sus propias apreciaciones de lo que observaban. Cada uno posee su técnica al escalar; se diferencian entre ellos. Inclusive algunos se mueven con una técnica que ni yo mismo puedo emular.

S: Sin embargo, era su sueño y ellos su creación. ¡Ha promovido un espectáculo digno de sus propios anhelos!

E: *Es cierto.*

S: Advierta cómo en su mente interactúan alternativamente personajes con estructura psíquica propia, una pared rocosa con características físicas propias, y todo ello junto a leyes naturales como la gravedad que completan el panorama. ¿Entiende que usted logra entretejer contenidos oníricos físicos, psíquicos y lógicos para crear una atmósfera aparentemente real mientras escala la montaña? Los recuerdos que evoca mientras duerme conforman un entretejido que genera un universo. Su memoria continuamente ofrece material donde enmarca la creación que advierte. Su “yo”, junto con los demás egos oníricos de sus compañeros, son el producto de un juego que usted no advierte mientras sueña. Los acontecimientos que su mente entrelaza están encadenados por la vivencia de pasadas experiencias y todos ellos se eslabonan mentalmente unos a otros. Dicho eslabonamiento, que opera en vigilia gracias a la actividad del *karma*, le permite conseguir material para construir sus sueños. Su “yo” onírico y el de sus oníricos compañeros son eslabonamientos momentáneos que se advierten como reales en su mente mientras duerme. Note entonces que su “yo” vigílico es memoria en estado dinámico relacionada por *karma*.

Dígame, ¿acaso sus amigos actúan realmente mientras escalan?

E: *¿Realmente?... realmente no. Aparentemente, en el sueño sí.*

S: Entonces, ¿qué o quién aparentemente actúa?

E: *No lo sé.*

S: El *Vedanta* afirma que quien actúa son las *gunas*⁷⁶. Son las *gunas* el material con el que la conciencia, en forma inteligente (*devas*), impulsa el movimiento, la evolución y la acción. Las *gunas* son el ropaje de *maya*, la ilusión; los *devas* son la inteligencia que mora en *maya*. La falsa identificación del individuo le hace creer que es él quien ejecuta la acción. Dicha forma errónea de percibir el mundo le lleva a inducir, gracias al *karma* y su eslabonamiento de causa y efecto entre actor y acción, un sentido de continuidad egoica que le hace vivir inmerso en *samsara*.

El individuo realmente no actúa, son las *gunas* quienes lo hacen. El individuo es realmente *Atman*, ser absoluto No-dual, que por ignorancia (*agnana*) se identifica erróneamente con la acción afirmando: “yo hago”, y quien ignorantemente realiza la acción buscando su resultado. Esta falsa identificación le lleva a ligar acto y consecuencia (*karma*), y lo atrapa en las fauces de las inacabadas e infinitas consecuencias (*samsara*).

E: Pero, realmente ¿qué son las *gunas*?

S: Las *gunas* son la sustancia material en la que se desenvuelve toda la gradación de sustancia que conforma el universo, desde sus aspectos causales, pasando por su expresión ideal, hasta llegar a la realidad material⁷⁷. El universo se compone de *gunas*, está estructurado en *gunas*; las *gunas* son la materia constitutiva de todo lo que existe. Desde nuestra perspectiva occidental estamos acostumbrados a dicotomizar con absoluta claridad los diferentes campos del saber y las realidades asociadas a cada uno de esos campos. En la filosofía, el concepto de la “idea” cobra una importancia

76 *Guna gunesha vartante*. Las cualidades (*gunas*) revolucionan entre cualidades, generándose así el movimiento en *maya*.

77 Para aclarar los modelos cosmológicos y cosmogónicos que plantea el *Vedanta*, remítase el lector al libro *Vedanta Advaita*, escrito por *Sesha*, Ediciones Gaia, Madrid, 1.999

relevante, mientras que en la física la idea de “energía” se convierte en el baluarte de su descripción. Escindimos y categorizamos cada concepto, cada evento, y asumimos que así son. Desde nuestra óptica occidental cada realidad hace parte de un universo exclusivo y excluyente. Para la mentalidad oriental esto no es así.

Para explicar la forma de ver el mundo desde una visión oriental vayamos nuevamente al ejemplo del sueño. Allí, mientras dormimos somos espectadores de innumerables eventos que sorprenden por su diferencia. En sueños pasamos de degustar una agradable comida a ser espectadores de un maravilloso amanecer que, por su belleza de colorido, conturba grácilmente nuestro ánimo interior. Somos espectadores del dolor y de la alegría y sin embargo nuestros sentidos experimentan la realidad del frío y nuestra piel expresa el rubor de la pasión. Mientras el sueño opera se desencadenan innumerables experiencias sensorias que, a la luz de nuestra lógica, se viven como una apreciación de realidades sustanciales diferentes. ¡Y sin embargo es la única conciencia del soñante quien construye tan variados eventos! Al despertar se desdibujan las extensas e innumerables realidades y se desvanece el universo por ellas creadas. Ahora reina el universo del mundo vigílico, avivado nuevamente a la luz de nuestros sentidos. Ahora, ya despiertos, asumimos nuevamente que el mundo es la suma de variables eventos independientes.

Para Oriente la visión de la sustancia que compone la materia se parece a la que explicamos en la percepción onírica, donde finalmente cualquier evento existente, sin importar si su condición es ideal o material, deviene de un único sustrato al que denominamos “conciencia”. La diversa gradación de sustancias materiales nace de la aparente modificación probabilística con que la conciencia puede expresarse

sin dejar nunca de ser ella misma. Digamos que las *gunas* y sus diversas mezclas existentes son la base teórica de la descripción material que compone el universo entero. Cuando la experiencia consciente se advierte desde la no-dualidad, se nota claramente que el universo material e ideal es una modificación de la conciencia, sin que materia e ideas dejen de ser jamás la conciencia misma. Esa aparente dicotomía que permite la coexistencia de la conciencia No-dual siendo lo que siempre ha sido y de la materia como expresión de una conciencia individual permite explicar que, según el estado de cognición del individuo, pueda aparecer uno de cinco posibles estados de conciencia que implantan una realidad asociada a las condiciones mismas de la cognición.

Desde el mundo dual que determina el estado de vigilia de Pensamiento, notamos diferentes al actor y a la acción. Asumimos que la materia que constituye al actor y a la acción evoluciona. Ello ocurre mientras en la mente se advierte el sentido de diversidad que implanta la presencia del “yo” en la operatividad mental. La erradicación del sentido del “yo” en la cognición no desvanece el universo material ni el ideal; simplemente este se advierte a través de un nuevo escenario dependiendo del estado de conciencia que ahora se experimenta. Desde el modelo dual las *gunas* son productoras del universo material e ideal; en cambio, desde la perspectiva No-dual, la *gunas* son no-diferentes de la conciencia misma. Mientras la ciencia occidental habla de la gran explosión, el Bing Bang, como fuente de la energía base del universo entero, Oriente expresa que las cualidades primigenias, *rajas* (actividad), *tamas* (inercia) y *satva* (equilibrio), son la base material cuyo orden natural desencadena la creación. El nombre del orden imperante en el desarrollo de la creación se denomina *Ishvara*, el creador. *Ishvara* es la inteligencia que

rige por completo la creación y las *gunas* son el pensamiento de *Ishvara*.

Las *gunas* son reales, pues son la expresión de la conciencia No-dual, pero a la vez las *gunas* son inexistentes cuando se cree que ellas existen independientes y por sí mismas, es decir, como eventos no partícipes ni entremezclados con el resto del universo. Note que en el sueño cualquier evento que allí suceda es una manifestación de la conciencia del soñador; esencialmente, ninguno de los eventos allí existentes puede plantearse como diferentes respecto al resto. Creer que los eventos realmente son diferentes y evolucionan bajo leyes propias es ilusión, *maya*. Asumir que *maya*, la ilusión, es una realidad es producto de *agnana*, la ignorancia esencial que impide discriminar qué es lo real y qué lo ilusorio.

Desde la perspectiva No-dual, nadie actúa. La explicación dual que se da del proceso es que las *gunas* son quienes actúan y que el detonante de la acción es el *karma*. El *karma* pasa a ser la razón de ser de la permanencia de la dualidad. Sin embargo, el *karma* encadena las acciones donde el “yo” se hace evidente. Así, finalmente, el *karma* manifiesta la continuidad misma del individuo y de la realidad dual que este advierte cuando se conoce y conoce el mundo.

E: *Si no le entiendo mal, Brahman no actúa, pero el individuo cree que sí lo hace, ¿sin embargo, el individuo es Brahman!*

S: Mientras el individuo se advierte como agente activo e independiente de la acción, inexorablemente se aferra al hecho de reconocerse como su creador; entonces, por lógica, asumirá como real el resultado que produce la acción que él realiza. No obstante, si el individuo se reconoce como esencia No-dual, notará que cuando actúa no lo hace él, sino que la acción se realiza por sí misma, sin otro impulso que el derivado por el *karma prarabda*, es decir, el conjunto de inacabadas consecuencias originadas en experiencias previas que

regirán los destinos de la presente vida. Cierto es que usted se considera como ente individual, sin embargo ello ocurre tan sólo debido a la miopía de su comprensión mental, la cual le impide sostenerse ininterrumpidamente en el estado temporal de “presente”.

¿Usted sabe qué es estar atento?

E: Sí. La atención fluye de un objeto a otro y así conozco el mundo que me rodea. Estar atento es como un estado de expectación en el que puedo conocer algo en particular.

S: ¿Puede sostener su atención ininterrumpidamente en un objeto cualquiera? ¡Inténtelo!

E: Me es imposible..., tal vez por momentos logro situarme, pero sostenerme..., ¡es prácticamente imposible!

S: Llamo “presente” al hecho de sostener la atención ininterrumpidamente sobre eventos que hacen parte exclusivamente del “aquí y el ahora”. ¿Nota usted qué le impide sostenerse en el presente?

E: Cuando atiendo al acto de pensar noto que los pensamientos instantáneamente se cortan. Es extraño: basta sustraerme al hecho de pensar e inmediatamente los pensamientos se cortan.

S: Entonces, mientras logra estar momentáneamente atento no puede pensar pero, sin embargo, perdura la conciencia.

E: Es extraño... no me había dado cuenta, pero atender algo impide dudar de ello. ¡Mientras estoy atento soy consciente sin necesidad de pensar que lo soy!

S: Una cosa es pensar y otra conocer. Ser consciente no es un acto discursivo racional, sino un acto de comprensión que ocurre por el sólo hecho de estar atento en el presente.

E: Sí, es cierto.

S: El *Vedanta* plantea que la atención es un fugaz estado de presente.

E: Sí, así es.

S: ¿Cree usted que es posible sostener la atención hasta convertirla, no en un fugaz, sino en un continuo estado de presente?

E: *Poderse, creo que sí pero, en verdad, ha de ser absolutamente difícil de lograr.*

S: El que sea fácil o no es un hecho subjetivo basado únicamente en su propio caos mental. Usted presume como normal el desorden de su propia mente puesto que el mundo en que sus pensamientos conviven se mantiene en un completo caos.

Le sugiero ahora que intente ver el mundo sin atiborrar su mente de conceptos ni juicios. Impida a su mente crear juicios de valor o de auto-reconocimiento cognitivo mientras percibe su entorno.

E: *¡Es imposible! Veo una pared y digo: pared. Veo la montaña y digo: montaña. Noto el azul del cielo y no pasa desapercibido el color que mi mente sugiere cuando lo veo. No había notado cómo mi mente no para de pensar ni de asumir que soy “yo” quien lo hace.*

S: Cuando algún día de esta u otra vida pueda sostener la atención sin asociar agente alguno a lo que perciba, y logre sostenerse así minuto tras minuto, hora tras hora, entonces podrá vislumbrar la afirmación: *Brahman* no actúa; el individuo cree que sí lo hace, pero a la vez el individuo es *Brahman*.

E: *Es interesante el planteamiento que usted hace respecto a cómo la acción se vislumbra diferente, e incluso sin individualidad, por el solo hecho de realizarla sin que exista la presencia del ego o sujeto perceptor.*

S: Intento demostrar en forma práctica cómo tanto la creencia respecto al valor moral como el sesgo de egoísmo propios de la acción son falacias; es más: basta realizar la acción con destreza para que nos introduzca en un estado de “expansión de conciencia” similar al que la meditación provee.

Realizar correctamente la acción en el mundo implica la intervención secuencial de cualquiera de los cinco sentidos. La atención debe depositarse siempre en los objetos sensorios y no en los sentidos. La atención al sonido debe situarse en la fuente que produce la vibración y no en el oído que la escucha, o en la forma y el color cuando se usan los ojos, pero jamás debe situarse en los globos oculares. Igualmente, la atención debe situarse en el sabor, mas no en la lengua; asimismo, la atención debe depositarse en la fragancia olorosa, mas no en la nariz; finalmente, la atención debe depositarse directamente en la piel, pues entre la sensación táctil y quien la detecta no hay distancia.

Proyectar la atención a los objetos sensorios genera una ausencia de distancia entre el conocedor y lo conocido. Dicha ausencia de distancia en la representación mental del mundo externo es el matiz que impide la aparición del “yo”. Mientras exista sentido de distanciamiento a los objetos externos el “yo” aparecerá fácilmente como propietario de la acción que realice. Note cómo si pierde algo pequeño y de valor su atención se centra en los detalles visuales cercanos al lugar donde supone debe estar el objeto. Centrar la atención es situarse en el objeto, no en el sentido que sirve de intermediación a la cognición. Finalmente, deberá realizar la percepción de forma natural, es decir, sin esfuerzo volitivo alguno. Cuando logre esto podrá entonces fluir en la percepción del mundo externo. Podrá conocer el mundo y no necesitará de la fastidiosa presencia de un “yo” que se lo recuerde.

Lo que le explico no es una teoría, es una realidad. Tómese el trabajo de hacerlo inteligible y experimentable. No diga “¡no puedo!”, “¡es difícil!” Convierta su necesidad y anhelo de Ser en impulso y voluntad de práctica. Nadie, absolutamente nadie, lo va a hacer por usted. Practique una y otra vez sin descanso hasta convertirlo en algo natural, en un modo de vida.

LA RECTA ACCIÓN

Estudiante: *¿Qué sentido práctico tiene la “recta acción”?*

Sesha: Normalmente, cualquier modalidad de acción llega a representar la esencia interior de todo ser humano, de su entorno moral, intelectual y físico. La acción no es exclusivamente un instrumento de interrelación con el medio sino que llega incluso a ser un instrumento de autoconocimiento, de libertad interior.

Imagine las inmensas posibilidades que se derivan de forjar, mediante la “acción recta”, un camino que despeje su panorama interior para que logre vislumbrar su eterna naturaleza No-dual. Las tradiciones occidentales que abordan la búsqueda de lo real siempre suelen hacerlo bajo el supuesto de que el reencuentro interior ha de plantearse bajo la soledad y el aislamiento. El género de virtudes que acompañan a quien así busca se desarrolla en ese ambiente que se supone el más propicio.

En las grandes tradiciones orientales también se estilaba un prototipo de vida de renuncia al mundo con el fin de obtener mayor celeridad en el ansiado reencuentro interior. Sin embargo, estas tradiciones también favorecen la multifacética práctica de la acción vista desde la perspectiva de “acto liberador”, en donde el caminante, mediante la adecuada actitud interior en la ejecución del acto y sin alejamiento del mundo, es capaz de obtener los mismos resultados que operan bajo la visión que plantea la meditación yóguica del aislamiento. Tener, por lo tanto, la opción de la perfección interior, aprovechando la misma acción cotidiana que el destino nos ofrece, es una maravillosa salida que vale la pena explorar.

El hecho mismo de que la vida nos permita la obtención de la propia perfección mediante la realización de la acción

hace que cualquier ser humano, sin importar su condición, se convierta en un caminante del mundo interior. No importa en qué ambiente se desenvuelva el individuo; basta el hecho mismo de actuar para que la valía de su acto le pueda encaminar a la perfección. No importa el estatus ni el nivel de responsabilidad social; a la luz de la “recta acción”, quien como oficio lava vidrios o barre a diario las calles posee la misma opción de convertir la acción en una herramienta de descubrimiento interior que quien trabaja en grandes cargos religiosos o es un gran ejecutivo.

E: Entonces no es necesario, como muchas religiones lo plantean, alejarse del mundo para encontrar la propia esencia real.

S: Si imagina que la vivencia de lo divino depende de un lugar apartado que reúna ciertas condiciones místicas, entonces su creencia está en contravía a la lógica más elemental pues *Brahman*, el absoluto No-dual, interpenetra la vida misma de todo lo existente. No existe un lugar más sagrado que otro en donde la esencia vital de lo divino se arraigue con mayor valoración. Toda acción posee la carga de lo real, pues su naturaleza no deja jamás de estar condicionada por *Brahman*, que es su substrato.

La acción lleva en sí misma el impulso de lo No-dual, de lo real, que en esencia es su causa eficiente. Es aquí en donde la acción cobra vital importancia, pues realizándola diestramente es capaz de permitir al actor convertirse en parte del entramado mismo de la realidad absoluta. En verdad la acción, y mejor aún, la “recta acción”, es un camino adecuado que conduce al sendero del eterno. Para ello basta, como ya hemos indicado en repetidas ocasiones, realizarla sin buscar su resultado y evitar cualquier sensación de egoísmo mientras se la realiza. El mundo percibido desde esta continua modalidad de acción trasciende los rudimentarios esquemas duales con los que habitualmente suele ser vivido.

La acción es por sí misma liberadora, más allá del lugar geográfico donde se realice. Muchas tradiciones avalan el aislamiento y la soledad para fundamentar la búsqueda interior en la propia auto-reflexión. Sin embargo, la soledad y el aislamiento no son la única manera de ofrecer un ambiente de auto-descubrimiento. La acción ejecutada de manera diestra, asociada a una actitud correcta, convierte al actor en un ente dinámico carente del sentido del “yo”. Realizar la acción sin apreciarse como actor y, aún así, reaccionar dinámicamente ante un presente que se desenvuelve de forma espontánea es la razón de ser de la recta acción.

E: ¿Cómo convertir la simple acción cotidiana en un camino de liberación interior?

S: Primero que todo despójese de la creencia de que usted es el motor que impulsa a la acción a manifestarse. Las presunciones, tanto de que las decisiones operan desde su propia identidad, como la de la aparente continuidad de esta, son falsas. Finalmente, desde la perspectiva de una cognición dual, su apreciación de yoidad se parece a una película de cine que se advierte continua y cuyos actores nunca deciden por sí mismos mientras las escenas se proyectan.

No existe actor que engendre la acción. El hecho de sentirse actor es una acción más. La acción fluye independientemente de su “yo”; usted mismo, como “yo”, es una conformación ideal originada por el sólo y único impulso del *karma* pasado. Usted no posee libertad de realizar actos creativos a voluntad; usted no es el sentido de “yo” que habita en su mente: usted es conciencia, es comprensión pura, más allá de la mente y de cualquier pensamiento o sentimiento. Asumir que usted crea la acción es similar a pensar que en su sueño los personajes soñados hacen acciones por ellos mismos, o que un reflejo en el espejo tiene vida. Su única voluntad personal estriba en la creencia de poder identificarse o no con el

acto que realiza. Su libertad, digámoslo una vez más, reside en identificarse o no con la acción que ejecuta.

Usted, como ego, convive exclusivamente con su propio pasado. Su “yo” tiene la misma realidad sustancial que cualquier contenido de la memoria. Los límites de la experiencia pretérita son sus propios límites mentales, y es la cárcel sobre la cual se recrea el “yo”. Sitúese en cambio bajo la perspectiva del presente temporal y note cómo la experiencia que vive en ese instante puede ser traducida únicamente bajo el nombre de “aprendizaje”. Es allí, en la vivencia del eterno presente, donde la realidad se experimenta carente de “yo” y se logra percibir mentalmente el mundo como una realidad no-diferenciada. A su vez, mientras opere la mente bajo la influencia dual, notará que las cosas son un “algo” con calidad de individualidad tan sólo por el hecho de que su mente opera asociada al pasado bajo el yugo de “nombre” y “forma”, de procesos de cognición exclusivamente dialécticos. Su “yo” jamás percibe el mundo del presente; usted solamente lo “recuerda” al interpretarlo como “nombre” y “forma”, es decir, como evocación.

Liberarse mediante la acción consiste en no usarla como elemento de proyección de la propia identidad individual. La identificación con la acción induce la eternalización del estado egoico. En cambio, la no-identificación con la acción mediante la práctica de *karma yoga* induce la maravillosa experiencia de comprender la no-diferencia entre los entes existentes, tal como usted, al estar sano, no diferencia fraccionamiento en su organismo físico aunque en él haya partes como cabeza, tronco y extremidades, sino que se percibe como un ente con diversos miembros y, a la vez, individual y uniforme, con un supuesto homogéneo y sin límites físicos parciales conceptuales.

E: Teóricamente puede entenderse su planteamiento, e incluso verse como lógico. Sin embargo, ¿cómo realmente entender lo que usted afirma?

S: Es sencillo: atrevase a vivirlo. Con el fin de calmar sus expectativas intelectuales me he tomado el trabajo de buscar y explicar las ideas que claramente interpretan la naturaleza de la acción. Pero, más allá de las palabras y los posibles vacíos que pueden llegar a generar, sumérjase en la experiencia que le propongo y vívala; es allí donde su sed podrá ser calmada. La atención firme y permanentemente dispuesta en cualquier acto dinámico que realice le otorgará experimentar el mundo bajo nuevos supuestos cognitivos. Atender de manera ininterrumpida el presente que esté sucediendo le otorga la capacidad de desdibujar el “yo” en la actividad mental que interpreta. Debe entender a toda costa que lo que usted denomina su “yo” es tan sólo un pensamiento más de todos los que al día recicla. La única diferencia con los restantes pensamientos es que la apreciación mental de su “yo” acompaña continuamente como sentido de pertenencia cualquier actividad que realiza a diario.

Mientras en el sueño cualquiera de los personajes crea que existe independiente de las condiciones reinantes a su alrededor, nadie podrá convencerlo de lo contrario. Cualquiera de ellos creerá tener razón de su propia e independiente vida, asumiendo que recuerda su pasado y que tiene experiencia en tiempo y espacio. Nadie de los personajes soñados en su sueño creerá que no existe; todos compartirán la creencia de su existencia. Dicha falsa creencia en la realidad de una existencia independiente que no es tal otorga visos de realidad al “yo” que duerme.

Para usted, las afirmaciones que le propongo son vislumbradas como “muy lógicas” o como “muy probables”. Sin dudar, desdeñe la mediocridad que le impide entregarse

a la práctica presencial que le sugiero. Atrévase a vivir, aunque sea por un sólo instante, lo expuesto, sin preocuparse de las posibles consecuencias que ello genere. Tan sólo atrévase a actuar tal como el *karma yoga* lo sugiere y note la diferencia.

E: Aunque lo ha repetido en varias ocasiones durante las charlas a las que he asistido, ¿podría nuevamente plantear las bases a las que se refiere cuando invita a actuar según los lineamientos del karma yoga?

S: El *karma yoga* se fundamenta en dos ideas básicas: primera, la acción realizada ha de ejecutarse sin buscar el resultado que de ella puede derivarse; segunda, la acción debe realizarse ausente del sentido de propiedad personal.

Es normal para el ser humano actuar buscando el fruto de la acción; sin embargo, la acción se ha de realizar por la responsabilidad que tenemos con nosotros mismos y con el entorno, y no por el fruto que podemos allegar de ella. Note cómo la mayoría de las acciones que a diario realizamos, por no decir todas, son realizadas buscando resultados. Cualquier tarea, desde trabajar a diario en una empresa hasta ahorrar dinero en el banco, pasando por lo que sentimos y queremos, siempre está enmarcada por los resultados que anhelamos en cada caso. Buscamos ser felices y vivimos realizando acciones en la dirección en que podemos lograrlo. No es que ello esté mal, no es eso. Simplemente la acción debe realizarse, pues es imprescindible hacerla debido al *prarabda karma* que nos impulsa a ello; estar vivos nos impulsa a actuar. Trabajar es necesario, y la paga mensual es producto del contrato establecido entre patrón y empleado. El trabajo ha de ser realizado por el compromiso contractual y no por los resultados que de él podemos obtener. La paga misma es el resultado natural, la consecuencia espontánea de la labor realizada. El compromiso de trabajar basta para hacerlo de

la mejor forma posible y en esta simple y llana realidad se esconde la inmensidad de una forma de vida.

La acción nos encadena en la medida en que la convertimos en algo que no es: un inexistente futuro. Esta vida que vivimos es la suma de consecuencias previas y lo que en ella sucede no depende del fruto que deseemos. Si fuera así, podríamos evitar la enfermedad, el dolor y la muerte con nuestra voluntad, pero las cosas llegan porque están preestablecidas en razón de causas previas, la gran mayoría olvidadas en la noche de los tiempos.

Imagine que llega tarde a casa y ve la grabación en diferido de un noticiero donde informan del ganador del premio de la lotería. Antes de dar la noticia del feliz ganador, usted saca de su bolsillo el boleto que ha comprado y compara uno a uno sus números con los que observa en la televisión. Su corazón se agita intentando cambiar el número final para que coincida con el suyo. Finalmente, ha de saber que la suerte ya estaba echada y que el ganador ya se había establecido horas antes. Algo similar es la vida. Todo nuestro alrededor es un conjunto de consecuencias. Todo lo que nuestros sentidos detectan existe a causa de un evento previo asociado. Queremos cambiar un instante, pero para ello deberíamos cambiar el pasado que lo constituyó. El universo que experimentamos es causal, pues nuestra mente diferencia temporalmente el futuro del pasado y siempre atestiguamos que los eventos van en dirección del futuro. Nuestra mente está imposibilitada de experimentar simultáneamente pasado y futuro; de hacerlo, el sentido de causalidad desaparecería. La simultaneidad temporal puede lograrse, pero se requiere fracturar el sentido yoico que la mente provoca al identificarse con la acción que realiza.

En segunda instancia, realizar la acción y sentirse propietario de ella provoca en la mente una escisión cognitiva

denominada dualidad. Sentirse hacedor de la acción crea la dualidad sujeto-objeto. El sentido de individualidad que el “yo” genera induce como resultado la diversificación del mundo entre conocedor y conocido. Mientras haya un “yo” existe el complemento de la cognición: el mundo. Asumir que los eventos del universo existen por sí mismos e independientes de quien los conoce se denomina en filosofía “realismo”. El realismo cientifista es uno de los axiomas en los que se basa nuestro pensamiento occidental. Para la ciencia, los objetos evolucionan en tiempo y espacio, y son esencialmente diferentes unos de otros, pues quien los conoce se experimenta, a su vez, diferente de ellos.

La ruptura del paradigma dual es la base de la existencia de nuevos estados de conciencia. La vivencia continua del presente lleva al colapso de la individualidad y al surgimiento de nuevas leyes cognitivas donde opera la no-dualidad como una novedosa y extraordinaria forma de conocer el mundo: los eventos siguen existiendo pero quien los conoce no se diferencia de ellos al conocerlos.

E: Usted afirma que el mundo, cuando se lo percibe actuando “rectamente”, se conoce a sí mismo sin necesidad de que exista “quien conozca”.

S: Sí, efectivamente. Me explico: su apreciación de la realidad se basa en la atención, es decir, el acto dinámico de la conciencia individual, ¿estamos de acuerdo?

E: Sí.

S: En los momentos donde hay presente puro se revelan los instantes mismos del aprendizaje, de la sorpresa o del asombro y la novedad. En esos específicos momentos la cognición está libre de sujeto; no hay apreciación de “yo”. El “yo” no está siempre en la cognición. El “yo” hace parte integral de la cognición cuando hay sentido de fruto o sentido de pertenencia de la acción pero en los instantes de presente no

hay un sujeto independiente que se experimente como conocedor. La comprensión en la cognición acontece gracias a la fuerza misma de la conciencia.

E: No le entiendo bien...

S: ¿Le es claro el deseo de conducir un coche, o la necesidad de hacerlo?

E: Por supuesto.

S: Muy bien. Sin embargo, en ocasiones, mientras se encuentra absorto en la conducción es capaz de permanecer tan atento que se olvida de sí mismo, ¿le ha ocurrido?

E: Sí, no es común pero me ha ocurrido conducir concentrado sin darme cuenta que lo hago.

S: Por ello, cuando está atento, le es posible conducir sin hacerlo a título personal. Nunca sus sentidos se apartan de la acción que realiza, pero no contempla el hecho de notar que usted es quien conduce; simplemente su cuerpo y su cerebro reaccionan ante el paisaje o la sinuosidad de la carretera sin que usted deba reaccionar impelido por la voluntad.

E: Es verdad..., en esos momentos no soy consciente de mi propia actividad individual, aunque evidentemente sí la realizo...

S: La eficiencia que logra al conducir concentrado, tal como le ha ocurrido en esos momentos, suele incluso ser mayor a otros momentos donde también conduce. El hecho de reaccionar sin sentido de “yo” le permite ser mucho más eficiente en la conducción. Verdaderamente, la ausencia de la actividad yoica en cualquier disciplina imprime un sesgo de eficiencia superior. ¿Quién cree usted que es el ejecutante de la acción durante esos momentos en que no existe presencia del “yo”?

E: No lo sé exactamente; me es imposible identificar con claridad el momento mismo del cual hablamos. Simplemente, todo ocurre. Supongo que me ocurre a mí, pero efectivamente durante esos instantes no hay sentido de sujeto.

S: La actividad consciente permanece, pues hay cognición, pero dicho acto consciente no puede denominarse individual, pues no hay sujeto que se reconozca a sí mismo como tal en ese momento de la cognición, es decir, mientras conduce concentrado y completamente atento. Cuando nuevamente aparece su individualidad el universo cognitivo se reordena, o mejor sería decir que se desordena, creando un sentido firme de dualidad.

E: ¡Cuando soy consciente de mi ausencia de consciencia individual, el anterior estado se esfuma como por arte de magia! Puedo ver el mundo con o sin “yo”, ¡pero el mundo sigue existiendo!

S: Es cierto, el mundo sigue existiendo, tan sólo varía la forma consciente de experimentarlo. Se vuelve a plantear la cuestión: ¿cómo podría explicar que, aunque no hay consciencia individual, la cognición permanece?

E: Una vez más debo reconocer que es extraño plantear cognición sin quien conozca. La verdad, no podría decir quién conoce en el mismo momento en que permanezco absorto conduciendo. Lo que sí puedo confirmar es que el mundo permanece y la acción se sigue realizando, evidentemente más eficiente, tal como usted lo dice.

S: Tal vez una solución a ese dilema pueda ser la que ya se ha expuesto previamente: la consciencia no requiere del “yo”; o mejor aún: el sentido de “yo” no es consciente por sí mismo. En razón de ello, la consciencia es capaz de conocer por sí misma pues ella es en esencia conocimiento, pero no requiere de un “yo” ni de una consciencia individual. Los orientales ejemplifican esta circunstancia comparando la consciencia individual con la luna y a la consciencia No-dual con el sol. Afirman que la luna no tiene luz propia, es decir, que la mente individual no posee inteligencia por sí misma. El sol es la causa del aparente brillo lunar, al igual que la aparente consciencia individual pareciera que conoce. Como se podrá dar cuenta, existen otros modelos cognitivos que explican la

momentánea ausencia del “yo”. Estos nuevos modelos otorgan a la conciencia misma su capacidad de saber. Cuando la conciencia se asocia a un “yo” establece un nivel de conciencia dual. La experiencia dual de sujeto-objeto es una forma de interpretar el mundo, pero no la única ni la más fiable.

E: Sí, tal vez sea así.

S: ¿Tal vez?

E: Pues no encuentro por ahora otra explicación...

S: El mundo, como multiplicidad de eventos independientes e individuales, existe exclusivamente en una mente que dialectiza la información. Más allá de su mente, o lo que es lo mismo, más allá de la apreciación exclusivista y limitante de sus juicios mentales dialécticos subyace la existencia asociada a la no-dualidad.

E: ¿Qué ventajas tiene la “recta acción” respecto a una modalidad diferente de actuar?

S: La recta acción convierte a la acción en un mecanismo de liberación interior. Entienda: todas las personas bien o mal buscan lo permanente, ya sea a través de la felicidad, del amor o del saber, ante la evidencia de que la impermanencia es sinónimo de cambio y dolor. Usted no solamente busca ser feliz, sino lograrlo permanentemente. Debe entender que bajo la faceta cognitiva dual con la que interpreta el mundo, jamás podrá ser testigo de algo permanente, debido al hecho mismo de que su mente advierte sentido de “yo”. El sentido de diferenciación que su mente advierte es una falacia; las cosas no son independientes, son no-duales.

Un objeto cualquiera no puede estudiarse aislado de su entorno, pues existen múltiples relaciones entre todo lo existente. El universo es una especie de red holográfica en la que es imposible asumir que un evento es específicamente independiente de otro. La esencia de un objeto diferenciado es el

cambio constante a cualquiera de las infinitas probabilidades de relación que tiene con los restantes eventos.

Realizar la acción recta deshace el ilusorio límite que la mente impone como diferencia entre cada objeto a conocer y entre ellos con quien los conoce. Detectar el mundo sin el fraccionamiento de un sujeto diferente a un objeto conocido es la esencia de la no-dualidad. Cuando la no-dualidad es la base de la cognición llega a establecerse una experiencia en que, debido a la ausencia de fronteras de todo tipo, incluso temporales y espaciales, lo que conoce se conoce a sí mismo simultánea y ubicuamente en todo el universo; a dicha experiencia la denominamos *nirvikalpa samadhi*.

E: Todas las razones que expone a favor de esta modalidad de acción son profundamente interesantes. La verdad, basta simplemente practicar para entender mejor sus palabras, pero, ¿qué práctica cotidiana cree conveniente realizar para convertir toda esta teoría en una experiencia personal?

S: Debe mantener un tipo de vida que no niegue ni victimice la acción; al contrario: debe realizar la acción, pues tiene un compromiso con la vida misma por el hecho de estar vivo. Realice la acción, pero hágalo con destreza. Intente reaccionar exclusivamente al mundo que está aconteciendo, al “aquí y al ahora”, al presente. No le permita a su mente ir a una realidad que no acontezca ni perderse en los laberintos de la imaginación ni de la fantasía. Solo permita a su mente reaccionar ante eventos presenciales pues siempre hay eventos presenciales, siempre. No podrá excusarse en decir que no tiene nada que hacer; siempre hay algo que hacer; siempre hay presente que experimentar.

Si su mente se escabulle a la fantasía, tráigala nuevamente al presente una y otra vez, aunque deba hacerlo miles de veces al día. No le permita a la vagabunda mente esconderse en la inconsciencia, en el ensueño o en la desidia. Esté

siempre atento al mundo, a cualquiera de sus características: al viento en su rostro, a la variedad de colores y formas del entorno, a los sonidos. No viaje a su memoria si no es necesario. Pensar es sólo válido como una reacción ante el presente.

Mientras camine, detecte su entorno. Use cualquiera de los sentidos para ello. Quédese en el camino y sus características. Si el camino le recuerda otro parecido, regrese; quédese en el camino de “aquí y ahora”. Ánclese en el presente y no en el pasado o el futuro. Aprenda a dejar pasar el presente; no se aferre a él, no lo convierta en pasado ni en futuro, permítale al presente nacer y morir todo el tiempo.

En la medida en que logre esto, es decir, afianzarse al presente, cada vez realizará en mayor medida los actos sin notar que los realiza. Cada vez la acción se realizará como respuesta espontánea al presente mismo. Podrá navegar sobre la acción con tal destreza que el sentido de “yo” no se hace necesario ni imprescindible. Hecho ya esto, un día saltará a los confines de la no-diferenciación y rozará la experiencia de la Concentración y la Meditación externa no-duales.

E: ¿Cómo se interpreta en la práctica cotidiana el hecho de permitir a los acontecimientos “nacer y morir”?

S: El ser humano está acostumbrado a vivir a destiempo. No es común que esté atento a vivir los acontecimientos que la vida misma trae en forma de presente. Al contrario: intenta siempre evitar situaciones que comprometan su tiempo, su espacio y su capacidad decisoria. Bajo esta perspectiva, cuando un suceso desagradable se evidencia en su esfera personal, intenta a toda costa minimizarlo o simplemente lo rehúye, tal como la superficie cargada de un imán se aleja de otra superficie de igual carga.

A su vez, cuando un hecho agradable toca las puertas del presente se intenta a toda costa detener el tiempo y “eternizarlo”. Con todo el esfuerzo que ello representa, un

momento agradable, maravilloso o bello se intenta convertir en inamovible; debido a la ignorancia nos ocupamos en detener el tiempo, intentando alargar el momento todo lo posible, aunque inunde la realidad de otro espacio diferente de la vida. Esta errónea forma de vivir hace que lo cotidiano se convierta en un campo de batalla donde los recuerdos, los deseos, los anhelos pugnan unos con otros por aparecer en la esfera consciente del individuo. A costa de ello, perdemos el brillo derivado de la vida que el presente ofrece mientras ocurre sin que lo notemos.

Es importante recalcar que el pasado es válido, e incluso necesario de recordar, pero ello debe hacerse única y exclusivamente cuando el presente mismo deriva en la necesidad misma de la evocación, como es el caso de quien necesita tomar una decisión y evoca su experiencia con el fin de solucionar un problema. Es válido el viaje al pasado sólo cuando el presente lo requiere; mientras tanto, la mente debe exclusivamente situarse en el acontecer de lo que la vida muestra en el presente.

Inundar el presente de acontecimientos evocados cuando ellos no corresponden induce al caos mental. El caos mental no es más que la imposibilidad de situarse en el presente y reaccionar efectivamente de su mano. Las situaciones válidas de recordar han de tener relación con la necesidad de una reacción ante el presente; mientras no sea así, la mente debe suprimir cualquier intento de evocación y ha de ser situada en el devenir del “aquí y el ahora”.

E: ¿Cómo se interpreta en forma práctica el evitar manipular los actos del presente?

S: El ser humano vive generalmente en busca de metas. El logro de los objetivos y el esfuerzo por conseguirlos tiñen de sentido la vida de la mayoría de personas y dan al individuo una razón para continuar en el azaroso mar de la subsistencia.

Todo va relativamente bien si existen metas claras y caminos definidos; de no ser así, de no haber ni metas claras ni caminos definidos, la vida se convierte en un dilema donde la lucha por el poder y el control de tiempo y lugar crean enfrentamientos y divisiones.

Nadie suele estar contento con lo que tiene. Si alguien lo tiene todo, teme perderlo o teme morir o enfermar. La ignorante apreciación de identificar lo real con la mente, la psique, el *prana* o la materia, hace que los acontecimientos de la vida puedan ser manipulados a conveniencia personal. Interpretar incorrectamente el fluir presencial de la vida acomodándolo a las necesidades egoístas induce a la manipulación del presente, superponiendo en él una inexistente realidad construida por un entorno fantástico donde la ilusión confunde la alucinada mente de quien la recrea como válida.

Así como inventamos cada noche los personajes de nuestro particular sueño, así modelamos la interpretación de nuestra realidad ajustándola a las personales necesidades. El presente posee la inmensidad del no-límite. El presente no se puede manipular. La única opción inteligente es reaccionar ante él sin que opere un sentido de apropiación.

SEXTA PARTE

Las cinco modalidades de realidad

Las cinco modalidades de realidad



BASES TEÓRICAS DEL VEDANTA

El sistema filosófico teórico-práctico oriental denominado *Vedanta Advaita* propuesto por *Sankaracharya* puede resumirse en la siguiente afirmación: “el individuo es idéntico a *Brahman*”⁷⁸, el absoluto No-dual. Con el fin de soportar teóricamente tal afirmación, el *Vedanta* ha formulado tres conceptos profundamente inteligentes que desafortunadamente no han sido interpretados de una forma muy clara por los estudiosos occidentales. Intentaremos dar curso a una nueva interpretación con el fin de mostrar las profundas verdades que encierra dicho planteamiento filosófico. Para tal efecto, analizaremos minuciosamente en el presente capítulo tres ideas directrices del pensamiento oriental: los términos *maya*, *karma* y *no-dualidad*.

MAYA

La esencia de esta idea es que el absoluto No-dual (*Brahman*) coexiste con el mundo dual, pero no hay un lugar donde la

78 *Jiva brahman aika.*

realidad No-dual (*Brahman*) se intercepte con la naturaleza individual (*jiva*). Note cómo la imagen de una falsa serpiente⁷⁹ se sobreimpone a una sogá real. No existe ningún lugar de la sogá o de la serpiente donde ambas realidades se intercepten. Mientras una de ellas se reconozca como existente, la otra no se aprecia. Mientras el temor de un caminante proyecte en su conciencia la existencia de una serpiente, dicho caminante jamás podrá detectar la sogá en ningún lugar del bosque donde acontece la sobreimposición. La serpiente existe solamente como una falsa proyección de la mente; de igual forma, la realidad del mundo dual cobra la consistencia de un sueño mientras se lo experimenta. Los objetos que hacen parte del mundo dual poseen similar realidad a la de una serpiente inexistente; así, mientras el mundo dual se advierte como real, su sustrato (la realidad No-dual) no se aprecia; mientras la falsa proyección persista es imposible que la mente detecte la sogá, que es en esencia su sustrato.

La explicación de *maya* como velo de la realidad y sobreimposición de la ilusión va aún más lejos. No solamente la serpiente es una falsa realidad: el “yo” que cree conocerla es tan falso como ella. *Maya* intenta explicar el error de asumir que conocedor y conocido son diferentes; dicha diferenciación entre objeto y sujeto es sólo aparente. Cualquier atisbo de definición que tenga un perceptor independiente sobre lo percibido es tan erróneo como cualquier juicio de valor que se tiene sobre la serpiente. El mundo no es lo que

79 Nos referimos nuevamente al pedagógico ejemplo que usa la tradición hindú para referirse al problema de la ilusoriedad de la cognición. El ejemplo establece que un caminante ronda un bosque y observa a la vera del camino una sogá enrollada. Debido a la falta de luminosidad y la vegetación salvaje por donde transita, el caminante atemorizado vela inmediatamente la realidad de la existencia de la sogá y proyecta en su mente una ilusoria serpiente. Dicha serpiente, debido al hálito de vida que la mente infunde, se observa con todas las características de una serpiente, e incluso predispuesta a atacar al caminante.

interpretamos mentalmente, debido a que nuestra cognición está velada por una falsa percepción. Suponer que las cosas son lo que pensamos de ellas es *maya*, es decir, *Maya* es asumir que el discurso mental tiene la posibilidad de definir las cosas como entes reales.

KARMA

¿Por qué una serpiente inexistente no desaparece al atenderla y al contrario, ejerce la fascinación de su movimiento y aún la vemos aproximarse decidida a atacar? ¿Cómo la ilusión asume continuidad y permite experimentarse en secuencias espacio-temporales? ¿Por qué lo inexistente permanece? *Maya* perdura en razón del *karma*. El *karma* provee sentido de continuidad a la falsa serpiente de nuestro ejemplo. El *karma* primigenio nace simultáneamente a la dualidad primigenia; tanto *karma* como individualidad son eventos simultáneos. El “yo” persiste en el tiempo y el espacio gracias al *karma*; sin *karma* no habría “yo” ni sentido de diferenciación objeto-sujeto en la mente. *Maya* imprime a la vida el acto ilusorio; el *karma* otorga permanencia a la falsa creación.

Mientras exista un “yo” en el pensar y se advierta un “yo” en el hacer, se creará un nexo entre quien cree que realiza la acción y la acción realizada. Asumir que el “yo” piensa o actúa sólo es posible en un marco donde existe pasado y se plantea futuro, puesto que solamente en el pasado y el futuro existe el “yo”. La presencia ilusoria de un “yo” crea sentido de tiempo y espacio; toda interpretación dialéctica de cualquier individuo está confinada a tiempo y espacio. El tiempo se subdivide en tiempos y el espacio en espacios; la diferenciación se da por doquier en la interpretación mental dual. Ahora ya todo está consumado: somos espectadores de un universo fraccionado en el que evolucionan nombres y

formas. Cada evento existente tiene causa en uno previo; el mundo se convierte en un incesante oleaje de causas y consecuencias entremezcladas. En el temor impuesto por la mente ante la percepción de la serpiente, el caminante intenta huir del peligro que ella representa. Se pone en marcha un universo carente de sentido pero regido por la ilusoria causalidad de un caminante que persevera en cuidar su vida huyendo del mortífero veneno de la serpiente. Llegará a su casa y contará la historia a su familia; todos empiezan ahora a hacer parte de una experiencia inexistente. La información se expandirá y los habitantes, al creérsela, harán también parte de la trama inexistente. Nadie visitará aquellos recónditos parajes donde un caminante estuvo *ad portas* de ser atacado por una peligrosa y agresiva serpiente. El pueblo ahora teme a una inofensiva sogá.

Maya implica el nacimiento del “yo”, *karma* implica la permanencia del “yo”. Mientras cualquier acción mental o física se realice bajo la presencia egoica, dicha acción llevará implícita una consecuencia. La presencia del “yo” en la acción genera un sentido de apetencia del fruto de la acción y el sentido de pertenencia del acto realizado. Por ello, para desdibujar el *karma* y dar término a *maya*, se apela a realizar la acción sin ninguna mira egoísta y evitando todo fruto en la acción. Este es el sendero del *dharma*, el camino que convierte la acción en liberación.

NO-DUALIDAD

Este es tal vez el concepto más complejo del sistema de pensamiento oriental. La metafísica del *Vedanta* lo acoge como eje central de su disquisición. La no-dualidad es tal vez la idea más abstracta que nunca ha existido, pues introduce una serie de postulados de una simpleza excepcional que

pueden ser probados sólo por la experiencia directa o por la intuición aguzada de cualquier conocedor.

La no-dualidad es un término que establece una caracterización de realidad diferente a la que acostumbramos a estudiar normalmente cuando analizamos los objetos materiales *versus* la realidad de los objetos ideales. Mientras los objetos materiales están compuestos de sustancia que la física analiza y a la que cataloga mediante las leyes de la naturaleza, la sustancia de los objetos ideales se establece como una realidad perteneciente y dependiente del sujeto mismo.

En el mundo material los objetos son independientes del sujeto que los conoce; en el mundo ideal los objetos tienen una íntima relación con su conocedor, pues dependen enteramente de él.

Para el *Vedanta*, la definición de realidad no se basa en la sustancia que compone los objetos materiales o ideales, y menos aún en si es el sujeto o el objeto el agente activo de la cognición. Oriente introduce un nuevo paradigma para definir el problema: asume que tanto la sustancia ideal como la material son expresiones de una misma actividad que las resume y a la que denomina “conciencia”. Esto es, el universo “materializado e idealizado” es un océano de conciencia No-dual.

La afirmación previa puede aclararse en el ejemplo de un sueño: mientras este ocurre, la mente del soñador asume en el sueño el rol de creador de objetos ideales y materiales. Ambas sustancias, las realidades materiales e ideales que componen el sueño, parecieran diferentes a los ojos de los innumerables personajes del sueño pero finalmente podemos aseverar al despertar que ambos atributos son manifestación de una única entidad cuya esencia es la capacidad de permitir cognición, es decir, son atributos de la conciencia.

Sin embargo, las cosas no son tan simples, pues a cualquier sujeto de un sueño le es imposible reconocer que la conciencia del soñante es la causa no solamente de sí mismo, sino de los objetos que componen el entorno que experimenta. Así entonces, el *Vedanta* ofrece una nueva idea con el fin de solucionar este dilema. Asume que, mientras el personaje soñado suponga como válida su propia realidad soñada, no podrá reconocer al soñador ni a su conciencia vigílica como razón de él mismo. El *Vedanta* ofrece un tipo de realidad en la que converge la irrealidad que ofrece la construcción de un imaginario sueño junto con la realidad que no se aprecia como parte de la vigilia. Coexisten entonces simultáneamente irrealidad y realidad. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta en nuestro ejemplo que todo es esencialmente realidad consciente vigílica, pues la diferencia que se encuentra en el sueño es sólo aparente.

La no-dualidad interrelaciona los diversos objetos que constituyen el universo bajo una nueva apreciación, aquella en donde la individualidad coexiste con la totalidad. En esto se parece al holograma, donde cada una de las partes está relacionada con el todo. En el holograma la información no es esencialmente diferenciada sino que toda ella se entremezcla como un todo a la vez que se puede presentar como diferente. La consecuencia más importante del concepto “no-dualidad” es la ausencia de realidad del sentido de individualidad. El “yo”, como entidad independiente y generadora de individualidad, es tan aparente como cualquiera de las miles de conformaciones independientes que emergen en un sueño. La realidad del “yo” queda establecida como válida solamente en los universos conscientes donde este es capaz de reconocerse a sí mismo; más allá de estos estados de cognición, el “yo” se parece al espejismo que la mente ofrece en medio de un ambiente soleado y árido.

La experiencia No-dual incluye ser consciente del mundo ideal y real, pero bajo un supuesto de simultaneidad en los eventos conocidos. Para que exista en la mente la opción de una cognición simultánea en el tiempo y ubicua en el espacio, es necesario desalojar de los procesos cognitivos el sentido de yoidad que suele acompañarlos. Cuando el sentido de apropiación del “yo” se erradica de la mente, la conciencia pasa de una apreciación individual a una No-dual. La conciencia por sí misma, como receptáculo del saber, asume el rol de ser agente de cognición, y dicha actividad consciente reconoce que sujeto y objeto no son diferentes de ella misma conociendo; incluso la actividad consciente reconoce que objeto y sujeto son expresión de la misma conciencia que conoce. El universo se convierte en una continuidad de objetos-sujetos no-diferenciados, completamente vivos y sin frontera alguna en la cognición No-dual.

LA MEDITACIÓN

INTEGRACIÓN DE LOS MUNDOS DUAL Y NO-DUAL

La práctica meditativa se convierte entonces en el eslabón que relaciona los mundos de la dualidad y la no-dualidad. La práctica meditativa permite la experiencia plena de la no-dualidad, y junto con ella el reconocimiento consciente de un universo absoluto. La meditación no anula el universo, simplemente lo descubre a la luz de una conciencia carente de sujeto. Es el mismo universo quien se conoce a sí mismo en toda su extensión de tiempo y espacio.

En los profundos estados meditativos el universo no desaparece. El universo es, seguirá siendo lo que es y lo que ha sido siempre: el universo; lo que desaparece es un sesgo de diferenciación entre sus constituyentes gracias a la extinción

del “yo” en la cognición. Extinto el “yo”, la conciencia asume por sí misma el rol de conocer; así, su fuerza de saber interpenetra todo lo existente permitiendo una visión simultánea y ubicua de la realidad.

La práctica de la meditación puede ejercitarse mediante dos vías: la de la acción y la del discernimiento. En la vía de la acción se usa como sostén de la atención el mundo externo y los diversos objetos que lo componen; también se denomina la vía del *karma yoga*. En la vía del discernimiento, la atención ha de posarse en la atención misma interior, y no ha de entremezclarse con los objetos mentales que allí anidan; también se la conoce como la vía del *gnana yoga*.

Con el fin de realizar una presentación más sencilla de la práctica meditativa, definiremos las vías del *karma yoga* y del *gnana yoga* con el nombre de prácticas “externa” e “interna”, respectivamente. La práctica externa tiene que ver con el mundo externo, mientras que la práctica interna se relaciona con el mundo interno.

Cuando la mente y sus contenidos inician el proceso de reconocimiento del mundo e intentan emitir juicios de valor sobre la realidad de estos, se pone en movimiento una serie de engranajes que pueden interpretar lo conocido de diferentes maneras. La cognición y la interpretación del mundo que advertimos tienen innumerables variantes. Occidente ha encasillado la cognición en un exclusivo prototipo de funcionamiento al que denomina “dualidad”; dentro de este modelo dual la cognición se advierte exclusivamente conformando los estados de conciencia denominados “vigilia” y “sueño”. Tanto en vigilia como en sueño es claro a la experiencia consciente detectar que sujeto y objeto son diferentes. En estos mundos, tanto conocedor como conocidos se experimentan diferentes el uno del otro, hasta el punto de clasificarse la realidad dual como “material” e “ideal”.

Dependiendo de que en la cognición aparezcan otras fracciones de la mente no estudiadas en Occidente, es posible advertir la existencia de un ordenamiento diferente de la realidad. Este nuevo ordenamiento se ejemplifica en el *Vedanta* a través de la aparición de tres nuevos estados de conciencia de los cuales uno es aún dual y los dos restantes son no-duales; nos referimos a los estados de Observación, Concentración y Meditación.

TABLA 1
ESTADOS DE CONCIENCIA SEGÚN EL VEDANTA

Los cinco estados de conciencia se establecen con sus características fundamentales

ESTADO DE CONCIENCIA	MUNDO INTERNO	MUNDO EXTERNO
SUEÑO	Estado dual exento de <i>karma</i> donde la mente se desdobra y actúa a la vez como sujeto y objeto. El “yo” onírico es un pensamiento más, al igual que los restantes eventos que componen el sueño.	
PENSAMIENTO	Estado dual donde hay presencia de <i>karma</i> . Los objetos de percepción son la memoria, y el sujeto un agente consciente diferente a los pensamientos mismos.	Estado dual donde hay presencia de <i>karma</i> . Los objetos de percepción son todo aquello que se experimenta con la intervención sensoria; el sujeto es una actividad interior consciente diferenciada de lo que conoce.
OBSERVACIÓN	Estado dual carente de <i>karma</i> . Los objetos interiores son la mente en calma sin pensamiento alguno. El sujeto es un testigo consciente diferente al mar de quietud interior que reconoce. Existe la tendencia a que exista solamente sujeto de cognición.	Estado dual exento de <i>karma</i> . Los objetos externos son todo aquello que se aprecia mediante los sentidos y el testigo es un agente de cognición que hace parte de la percepción misma. Existe la tendencia a que existan solamente objetos de cognición.
CONCENTRACIÓN	Estado No-dual exento de <i>karma</i> . Tanto lo conocido como el conocedor son simultáneos y ubicuos en el mundo interior.	Estado No-dual ausente de <i>karma</i> . Tanto lo conocido como el conocedor son simultáneos y ubicuos en el mundo externo.
MEDITACIÓN	Estado No-dual carente de <i>karma</i> y de <i>maya</i> . Tanto conocedor y conocido son el mundo interno y externo. La realidad es el universo mismo de percepción que se reconoce simultánea y ubicuamente en todos sus constituyentes.	

SÉPTIMA PARTE

La mente (antakarana) y sus características

La mente (antakarana) y sus características



LA MENTE O ANTAKARANA

La mente es el más maravilloso instrumento para detectar información que nunca jamás tendrá el ser humano. Es un mágico laberinto construido con funciones cognitivas excepcionales que ofrece un caleidoscopio de percepciones. Apenas sí hemos vislumbrado su inmensidad. La física nos ha descubierto la materia y sus leyes, pero la mente aún permanece virgen a toda investigación. Convertir a la mente en objeto de su propia indagación ha sido uno de los afanes básicos desde hace milenios en las culturas orientales.

El sistema *Vedanta* intenta descifrar el acertijo de la cognición, y para ello expone una serie de supuestos teóricos sobre los cuales construir una teoría que permita predecir acontecimientos ideales. Con este fin, inicialmente clasifica la constitución de la mente en cuatro funciones básicas; adicionalmente las supone estructuradas de materia más “sutil”⁸⁰ que la materia conformada por los cuerpos físicos, aunque soportadas sobre una estructura nerviosa y cerebral física, tal como el agua de los ríos fluye sustentada por un cauce

80 Específicamente, de material táctico posterior al proceso de quintuplicación o *panchikaranam*.

más denso. Tercero, independiza del resto de las funciones mentales la actividad consciente individual y la asienta en la función búdhica, cuya naturaleza es tan sólo un reflejo de la actividad consciente No-dual, y relacionadas ambas por la introducción del concepto *maya*. Finalmente, considera que las restantes funciones (es decir, las demás funciones de la mente aparte de *budhi* o intelecto) posibilitan, según sea el funcionamiento que se genere, una relación de identificación con las variadas modificaciones mentales produciendo el desencadenamiento del *karma* y, por ende, la aparente continuidad de la conciencia individual.

En resumen, el análisis de la mente desde la perspectiva del *Vedanta* asume los siguientes supuestos teóricos para analizar la cognición:

1. Clasificación de la mente en cuatro funciones diferentes: *budhi*, *chitta*, *manas* y *ahamkara*⁸¹.
2. La mente es materia sutil (similar al material con el que están construidas las ideas, los sentimientos o la sustancialidad de los sueños), relacionada con una contraparte física cerebral en conjunto a todas las funciones nerviosas asociadas a él⁸².
3. La mente es el asiento de la conciencia individual pero ella, la mente, no posee por sí misma actividad consciente⁸³.

81 Respectivamente: intelecto, memoria o materia mental, actividad razonadora y yoidad. Más adelante se explicará de manera detallada cada una de las funciones y se profundizará sobre las variantes que cada una de ellas ofrece.

82 La mente está conformada por la mezcla de los cinco elementos sutiles (*akasha*, éter *vayu*, aire; *agni*, fuego; *apas*, agua y *prithvi*, tierra) que a la vez se conforman de la *prakriti*, o *gunas* en estado de reposo. Para el análisis del proceso cosmológico invitamos al lector a consultar el libro de *Sesha, Vedanta Advaita*.

83 La mente (*antakarana*) es un instrumento de percepción, un sentido más, como lo son los ojos o los oídos, sólo que interno. La conciencia se deposita en la mente como el sol se deposita en la superficie de la luna. Gracias a la prevalencia del *satva* residente en las *gunas* que conforman la mente, la conciencia se deposita en él, así como el dulce atrae a las hormigas o como una superficie cristalina refleja las imágenes sin distorsionarlas.

4. Dependiendo de la preeminencia de cualquiera de las cuatro funciones, y con base en la relación de estas, de la mente emergen diversos estados de conciencia.

FUNCIONES DE LA MENTE

La mente, como ente global y genérico suele denominarse en sánscrito *antakarana* o vehículo interno. Se le denomina así a causa de que se la considera como una actividad más en la cognición, pero no como la causa real de la cognición. Es decir, la mente es un instrumento interno a los sentidos físicos cuya función es detectar información, fijarla y usarla posteriormente para emitir juicios.

AHAMKARA

Es la parte de la mente que asume sentido de apropiación de la cognición. Cuando *ahamkara* actúa en la mente —pues puede no estar presente esta función en la actividad mental, tal como acontece en los sueños y en los estados superiores de percepción— todo pensamiento se relaciona causalmente con la consecuencia del acto interpretado, de tal forma que se gesta un encadenamiento kármico. Hay estados de conciencia donde no hay actividad de *ahamkara*, gracias a lo cual la experiencia allí realizada no imprime sentido de causalidad y, por lo tanto, no hay presencia kármica. También *ahamkara* implica el mínimo fraccionamiento posible en la mente, la mínima disección limitativa de la mente: no es posible pensar en algo más pequeño que en “yo”, ni en mitades o fracciones de “yo”. Al igual que ocurre con los cuantos en la mecánica cuántica, *ahamkara* es la mínima actividad ideal que la mente puede detectar. Por lo tanto, cualquier constructo egoico es múltiplo de esta función primaria de la mente.

MANAS

Es la parte de la mente que entra en agitación cuando hay percepción de un objeto material o ideal. Desde la perspectiva oriental, cuando hay comparación dialéctica, la materia mental que compone la mente adopta la forma del objeto a conocer, al igual que el agua adopta las fronteras del vaso que lo contiene. La actividad de la materia mental que permite adaptar el envase virtual de una forma previa para que coincida con la del objeto a conocer, lleva a la conformación de una agitación mental, en sánscrito *vritti*. Dicha agitación de *vrittis* se denomina *manas*, circunstancia que también puede ser traducida como raciocinio. *Manas* se asimila al movimiento veloz de la materia mental sutil, buscando adaptarse a un “nombre” o a una “forma” previamente conocida que la contenga. Cuando un pensamiento emerge a la esfera consciente, para poder reconocerse ha de adoptar solamente una “forma” o un “nombre” asociado al de uno previo ya existente en la memoria. Dicha búsqueda incesante pero inimaginablemente rápida que acontece a nivel cerebral como contrapartida del aspecto sutil de la mente produce una agitación denominada *vritti*.

La actividad de inconmensurables *vrittis* se asimila a las incontables olas que la superficie del mar adopta durante una tormenta. Cada ola existente tiene una característica propia que la diferencia en tamaño, localización y demás características de las restantes producidas. Así, cada *vritti* difiere de los anteriores y los restantes, y cada uno se asemeja a la correspondencia de un nombre o una forma previamente memorizada. Cuando la percepción de un evento cualquiera ocurre, la mente sugiere una incontable actividad de *vrittis* asociados a la similitud del evento percibido, generando una compleja actividad mental, un raciocinio (*manas*) que compara una y

otra vez el evento conocido con aquel evocado para posteriormente esgrimir una síntesis. El proceso sintético en donde ya florece la comprensión no es propio de *manas* sino de *budhi*.

CHITTA

Traducida del sánscrito como “materia mental” o “memoria”. Es la sustancia con la que se conforman todos los *vrittis*. Se asimila en nuestro ejemplo al cúmulo de agua de mar que en la tormenta tiene la opción de moverse y conformar miles de olas diferentes unas a otras. Cada ola mental conformada junto con su movimiento es un *vrutti*, pero la sustancia que lo estructura es *chitta* o materia mental.

En *chitta* anida el conjunto de experiencias mentales (*vrittis*) afincadas en forma de memoria y que entran en actividad dialéctica a causa de la percepción cotidiana del ser humano. Hay un aspecto muy interesante del *chitta* que es poco conocido y que nace gracias a la definición que también de ella se hace como “mente”: *chitta* también implica una actividad especial del *antakarana* (mente) que permite reaccionar a cualquier acontecimiento de modo similar a como se suele reaccionar a través de los procesos dialécticos que emergen gracias a la actividad racional del *manas*. La reacción de la mente a través del *chitta* y sin la presencia predominante del *manas* (raciocinio) permite una experiencia análoga a la de los actos reflejos estudiados en Occidente. Un acto reflejo, por ejemplo, ver caer un objeto y atraparlo sin que medie razonamiento (*manas*), implica una actividad mental altamente eficiente que no requiere de un procesamiento secuencial de la información. *Chitta* tiene que ver también con una respuesta natural a un proceso de funcionamiento mental intuitivo. Dicha apreciación de la mente no se advierte en Occidente, pues implica una reacción consciente pero automática y

eficiente de los sistemas que intervienen en la cognición. Por esa razón, *chitta* se convierte en elemento fundamental para entender las actividades cognitivas que ocurren en el estado de conciencia de Observación.

BUDHI

Definida como la actividad que considera el pro y contra de lo conocido. *Budhi* es el aspecto del *antakarana* (mente) que ilumina la información y la hace consciente, razón por la cual se le suele traducir del sánscrito como intelecto. Tiene que ver también con el asiento de la conciencia individual (*chidabasa*). *Budhi* es la actividad que permite al ser humano conocer, pues es la actividad donde se deposita la conciencia individual. *Budhi* en sí misma no es la conciencia individual, pero es el limitante o la función mental donde ella se asienta. Se parece, como símil, a la superficie de la luna, que refleja una luminosidad que no es propia sino del sol y sin embargo pareciera que iluminara por sí misma. La superficie de la luna es el *budhi*, y la luminosidad que provee dicha cognición es *chidabasa* o conciencia individual. La mente (*antakarana*) es entonces el receptáculo de la conciencia, pero la mente en sí misma no procura conciencia, no genera saber; por ello, dependiendo de la conformación de las características de la mente, es posible describir tipologías de realidades diferentes respecto a un evento a conocer y entender el nacimiento de los diversos estados de conciencia.

La sentada distinción entre mente y conciencia que plantea el *Vedanta* es una de las claras diferencias que establecen los modelos de pensamiento occidental y oriental. Para Occidente es imposible una cognición más allá de la mente, mientras que para Oriente es posible

que la conciencia se conozca a sí misma sin la necesidad de una función limitativa mental.

Como podrá notar el lector, serían necesarios extensos folios para tan sólo escudriñar parte de las interesantes teorías cognitivas propuestas por los antiquísimos maestros indoeuropeos.

OCTAVA PARTE

Los umbrales de la mente

Los umbrales de la mente



UMBRALES

LÍMITES ENTRE ESTADOS DE CONCIENCIA

Una de las características esenciales de la mente es que la diversa interrelación de sus actividades procura una multifacética gama de representaciones cognitivas. Cada pensamiento, sentimiento o emoción, junto con cada una de sus minucias y aspectos propios, son parte de la prolija actividad mental. Nuestra mente nos acerca al contacto con infinitud de características del entorno que nos rodea.

El surgimiento de pensamientos, sentimientos y todo tipo de sensaciones nacen y mueren como lo hacen las olas del mar al llegar a la playa; de igual manera, los diversos cinco estados de conciencia permitidos al ser humano⁸⁴ nacen en intermitente luminosidad disolviéndose como una corriente del mar en otra. El infatigable movimiento de aparición y desaparición de actividad mental en cualquiera de los estados de conciencia lleva a una extensa experiencia cognitiva. Nos

84 Con el fin de estudiar los cinco estados de conciencia, debe el lector remitirse a cualquiera de los restantes libros del autor, especialmente a *La Paradoja Divina*, *Los Campos de Cognición* o *Vedanta advaita* (www.vedantaadvaita.com).

preguntamos entonces por qué los pensamientos se encadenan en forma de hábitos y cuál es la razón de que prime un estado de conciencia sobre otro a la luz de nuestra personal interpretación mental. La razón de ello son los “umbrales” y la “inercia”, características propias de cualquier proceso mental en el que intervenga la mente humana.

INERCIA

Se define a la memoria como la representación de un objeto experimentado que tiende a no desaparecer. Esta tendencia o impulso a la permanencia de un evento previamente experimentado se denomina también “inercia”. El evento puede ser un simple pensamiento, una cadena de ellos en forma de hábito o la continua percepción de un estadio mental. Existe una relación directa entre inercia y hábito. Cualquier hábito mental establecido en el comportamiento humano es manifestación de la inercia de un tipo especial de pensamiento.

La mente forja hábitos de conducta que nos llevan a reaccionar de una forma previamente definida. Los condicionamientos psicológicos o genéticos llevan a un encadenamiento mental que desemboca en un tipo peculiar de comportamiento: tal como sean los hábitos mentales así es el hombre. En realidad, la mente del ser humano es un compendio de hábitos mentales que interaccionan dinámicamente gracias al impulso de la actividad volitiva de la mente (*ahamkara*). El refuerzo que otorga pensar y sentir continuamente sobre similares eventos, o respecto a las conclusiones cognitivas que de ellos hacemos, nos lleva a adoptar una respuesta comportamental inequívoca y siempre adecuada a condicionamientos ya establecidos.

Realmente en el ser humano no existe libertad de decisión, pues a cada instante sus escogencias están impregnadas del sabor de los condicionamientos previos que los hábitos mentales le han impuesto por el continuo refuerzo de su actividad volitiva. Sin importar qué hagamos, la escogencia va en dirección de un gusto previo, de un miedo que lleva a una dirección específica o de un condicionamiento genético que impide decidir con libertad. Hay solamente tres eventos que están más allá de cualquier opción mental y, por ende, son libres ya de por sí y de cualquier interpretación mental: el amor, la comprensión y el acto mismo de la existencia.

El refuerzo constante, esto es, los pensamientos acuciosos y cíclicos terminan por conformar un eslabonamiento de interpretaciones mentales y a forjar hábitos mentales cada vez más intensos; se afianzan en la medida que continuamente se recuerdan. Dichos hábitos se convierten en patrones comportamentales; finalmente, somos los hábitos más comunes. Dichos pensamientos comunes llevan a interpretar la realidad de una manera que frecuenta lo conocido y el camino más seguro de nuestro comportamiento. Los hábitos mentales pugnan por aflorar en la esfera consciente una y otra vez. La constante lucha entre cada pensamiento o entre hábitos mentales por sobrevivir y aflorar en la esfera consciente lleva al caos mental y al desgaste físico. La tendencia a la inercia conforma la razón de ser de la memoria y de la constitución y permanencia de cualquier condicionamiento y hábito mental.

UMBRAL

“Umbral” es el aparente límite que establece la diferencia entre dos realidades mentales. Los hábitos, gracias a la presencia de la “inercia” de la actividad mental, tienden a arraigar los pensamientos convirtiéndolos en refuerzo de dichos hábitos. A su vez, cada pensamiento o hábito se diferencian uno de otro gracias al establecimiento de una frontera; dicha frontera, que establece una real diferencia entre dos ámbitos, se denomina “umbral”.

La percepción posee extrañas actividades que la hacen difícil de entender. Los pensamientos se suceden unos a otros y, evidentemente, se diferencian entre ellos. Asumimos como cierto el proceso de cambio originado por variados pensamientos que se suceden, pero cuesta entender qué delimita cada puntual proceso cognitivo.

Observamos que hay diferencia entre pensamientos, pues los detectamos empíricamente diferenciados unos de otros; sin embargo, entre el comienzo y el final de cada pensamiento debe existir una frontera real, ya sea material o ideal que los delimite, pues evidenciamos diferencia en cada pensamiento tras otro. En caso de ser la sustancia que compone la frontera entre cada pensamiento de orden material, dicha materia debería ser parte constituyente de alguno de los pensamientos que se diferencian, pues solo se detectan pensamientos pero nunca eventos frontera que los diferencien. En caso de que la frontera entre pensamientos fuera un evento constitutivo de orden ideal, también tendría que ser parte de cualquiera de los dos eventos mentales que se diferencian, ya sea del pensamiento que termina o del que inicia, razón por la cual tampoco sería un evento “frontera” independiente de ellos. Al final, es más fácil ir en contra de la vivencia aparentemente empírica que supone una evidente diferenciación,

pues la lógica lleva a razonar que, verdaderamente, no hay un real limitante entre ellos; jamás se ha detectado la frontera. Dicha ausencia de un limitante real y consistente entre el inicio y el final de los pensamientos nos lleva a plantear la simple expresión de un “umbral”, de una tendencia inapreciable que lleva a la diferenciación.

A medida que un pensamiento se vuelve repetitivo, el hábito de afianzamiento se acrecienta, razón por la cual aumenta su inercia y disminuye su umbral de acceso; es decir, cada vez es más fácil pensar en algo que repetitivamente pensamos. Acceder a un hábito ya establecido es más sencillo que acceder a una actividad mental nueva; por lo tanto, a medida que la inercia del pensamiento o del estado de conciencia aumenta, el umbral de acceso al mismo disminuye. La relación entre el umbral y la inercia del pensamiento es inversamente proporcional. Sin embargo, tanto la inercia como el umbral son dinámicos, esto es, la modulación de su intensidad depende en general de todas las variables que operen sobre la psique del individuo, razón por la cual se modifican de un momento a otro e incluso de un instante a otro.

Un hábito firmemente establecido implica un umbral bajo para acceder a él. De igual manera, un alto umbral implica dificultad de que el pensamiento se presente a la luz consciente a causa de su muy pobre inercia. Pensar en Plutón es una actividad de muy baja inercia, razón por la cual el umbral que lo delimita respecto a los pensamientos restantes es muy alto. Esto, por supuesto, excepto para un astrofísico, para quien Plutón como pensamiento tiene mucha inercia, razón por la cual le es fácil siempre estar consciente de él o recordarlo. El estado de conciencia denominado “vigilia” posee una alta inercia, razón por la cual cada pensamiento que se establece en él requiere de poco umbral para que se

mantenga el estado. De igual forma, cada pensamiento del estado de vigilia pugna inundado de inercia para favorecer su ingreso a la luz consciente. Para ellos, para poder ser reconocidos a la luz consciente, se requiere un umbral muy bajo. El constituyente de un contenido mental posee inercia, pero la frontera que lo delimita se determina por un umbral.

En definitiva, el umbral de acceso a una cognición es el límite que debe superarse para que la mente adopte un nuevo pensamiento, permita la evocación de otro hábito o se sitúe en uno de los cuatro posibles estados de conciencia. El umbral, por lo tanto, es indicativo de la inercia misma del pensamiento, de su habitualidad o del afianzamiento de los diversos estados de conciencia. Los umbrales se asocian al límite que permite el acceso a los pensamientos; la inercia, en cambio, se relaciona con la capacidad del sostenimiento mismo del pensamiento.

LOS UMBRALES EN LA PRÁCTICA MEDITATIVA

Existen cinco estados de conciencia desde los cuales es posible describir la interpretación de la mente en el proceso de percepción dual hasta el estado No-dual de meditación. Cada estado de conciencia, y cada uno de los elementos de la mente que en ella conviven tienen la cualidad de la inercia y el umbral. Gracias a estos dos aspectos la mente se conforma y adapta para realizar la cognición. La suposición primera de asumir que la conciencia es un continuo No-dual no da paso a la existencia real de eventos diferenciados; a su vez, es imposible en el mundo dual detectar los elementos frontera que evidentemente sirven de límite a cada uno de los pensamientos. Existe entonces un choque de conceptos pues, por un lado, la no-dualidad impide sentido de diferenciación en la mente y la dualidad, en cambio, lo afirma.

La experiencia dual demuestra que existen pensamientos y diferenciación entre ellos; sin embargo, la experiencia de los estados superiores de conciencia determina la invalidez de la diferenciación. El supuesto No-dual no permite sentido de diferenciación, por ello la necesidad teórica requiere la aparición aparente del umbral y la inercia como eventos intrínsecos en la participación del mundo dual.

LOS ESTADOS DE CONCIENCIA

Tal como hemos mencionado anteriormente en la página 112, son cinco los estados de conciencia permitidos en el ser humano. En cada uno de ellos existe un alineamiento de la información conocida y una especial forma de interpretarla. Repasemos las principales características de cada uno de los estados, que son las siguientes:

SUEÑO

La información que la mente detecta en el sueño en forma de sujeto y objetos es creada por ella misma. El sujeto onírico, que es la suma de fracciones mentales relacionadas, al igual que los objetos que él reconoce, son todas creaciones mentales imposibilitadas de generar sentido de causalidad. El “yo” onírico que hace parte del sueño es una fracción pensada, de igual modo que los “yoes” de todos los soñados, al igual que el universo percibido es una proyección mental que subsiste hasta antes de despertar.

El sueño es el estado más caótico de los existentes; es la sombra de una sombra, la creación de una ilusión, es una inmensa colcha de retazos vigílicos. El “yo” onírico es la suma momentánea de recuerdos del “yo” vigílico, al igual que todos los demás eventos que se traen a colación mientras se duerme.

El “yo” onírico y los objetos que conforman dicho mundo se parecen a la descripción que tiene un niño de un extraterrestre desconocido: lo supone de color verde, con cabeza grande, un solo ojo, etcétera. Al final, el extraterrestre es una suma de innumerables y sugerentes relaciones mentales que logran definirse con una palabra: extraterrestre. El “yo” onírico nace de la suma de pensamientos engendrados en la vigilia y que hacen parte de la memoria. Los objetos oníricos tienen igual consistencia que el sujeto onírico que los percibe y es imposible, entonces, que ese sujeto onírico sea causa de algo continuo y causal, pues aparece y desaparece como las diversas formas que adoptan las nubes mientras recorren el cielo; por esta razón, no existe causalidad en el sueño; no hay aparición de *karma* entre conocedor y conocido mientras fluye este estado de conciencia.

PENSAMIENTO

Se considera el estado más frecuente para el ser humano y desde el cual percibe e interpreta el mundo con mayor frecuencia. El “yo” del estado de Pensamiento es causal, esto es, tiene sentido de continuidad en tiempo y espacio. Al despertar del sueño, la información que la mente ahora percibe toma nuevamente una exclusiva dirección temporal hacia el futuro. Ahora, en vigilia, se ve el mundo evolucionando desde el pasado y buscando un nivel de perfeccionamiento aún no muy claro de entender hacia el futuro. El marco temporo-espacial rige las leyes naturales y existe una clara apreciación de la dualidad objeto-sujeto. El mundo, por lo tanto, se experimenta cambiante y siempre teñido de objetos materiales e ideales que pugnan por hacerse presentes en la esfera consciente individual. Desde este estado todo es dual, cíclico y cambiante. El sentido de lo infinito y lo absoluto son

tan sólo abstracciones matemáticas o filosóficas. Es imposible encontrar en este estado la causa de sí mismo; aquí toda verdad es relativa y la apreciación que el sujeto tiene de lo real es medio verdad y medio mentira.

En “sueño” y “pensamiento” existe dualidad objeto-sujeto claramente determinada. Mientras en sueño no existe causalidad entre sujeto y objeto, en vigilia sí la hay; por ello en sueños no hay *karma*, pero en vigilia sí. Es importante entender que en estado de Pensamiento el ego que actúa como sentido de apreciación del sujeto que conoce no es el mismo “yo” onírico que reconoce en dicho estado de sueño a los objetos oníricos. Cada “yo” es diferente en cada estado de conciencia, y es justamente por esto que existen diferentes estados de conciencia. Los “yoes” se intercalan apareciendo unos y otros; incluso en cada estado el “yo” no permanece firme, excepto en la cumbre del estado de Meditación, en la experiencia del *nirvikalpa samadhi*.

OBSERVACIÓN

Cuando un perceptor del estado de Pensamiento logra atender continuamente un evento interno o externo asociado al presente que acontece, entonces nace una nueva forma de cognición, una nueva forma de interpretación del universo percibido denominado estado de Observación. En este estado tiende a permanecer la presencia de la cognición en forma de “sólo objetos” o “sólo sujeto”. Es decir, la mente impulsa la continuidad de un tipo de cognición carente de sujeto (si la observación es externa) o de objeto (si la observación es interna), pero no de la secuencia intermitente y cíclica de ambos (sujeto y objeto) tal como ocurre en el estado de Pensamiento o Sueño. Así entonces, mientras la mente se repliega en lo interior (“dentro”) y permanece atenta a lo que acontece

en forma de presente, es posible atestiguar que los objetos mentales desaparecen y se experimenta un universo interior carente de pensamientos.

De igual manera, cuando el conocedor experimenta el universo mediante la intervención sensoria, esto es, se experimenta el mundo externo ("fuera") con profunda atención respecto a lo que en él acontece, entonces el sentido de sujeto desaparece y el universo se convierte en un continuo de objetos conocidos por sí mismos. En ambos casos la cognición perdura y durante los instantes, minutos, horas o días que esta acontece, el sentido de dualidad intermitente de objeto-sujeto que caracteriza los estados previos de cognición no aparece.

CONCENTRACIÓN

Cuando se permanece firme en la estabilidad de la información interna o externa que acontece en Observación, la cognición misma y la información percibida generan un salto hacia la simultaneidad objeto-sujeto; a dicha condición cognitiva simultánea se le denomina estado de Concentración. Cuando en el mundo interior la atención se sitúa en el estado de Observación, los pensamientos, los sentimientos, las emociones, y en general todos objetos mentales desaparecen. Si la atención se centra continuamente en el agente que atestigua la ausencia de pensamientos, y no en el vacío de pensamientos, entonces el sujeto de percepción ("*exin*") se convierte en objeto de cognición de sí mismo ("*saxim*").

De igual manera, cuando la atención se fija en el estado de Observación externo, esto es, en la continuidad de objetos detectados sensoriamente que conforman la percepción externa, el sentido de sujeto desaparece. Cuando la atención perdura en dicho estado, madura una nueva

forma de cognición en la que los objetos conocidos se reconocen simultáneos como sujetos de cognición de sí mismos. A dicha condición de simultaneidad sujeto-objeto que nace se le denomina estado de Concentración externa. La Concentración es un estado No-dual, a diferencia de los estados previos que son duales. En la Concentración no hay nexo causal entre conocedor y conocido, razón por la cual no se advierte *karma*.

MEDITACIÓN

Ante la continua y simultánea apreciación sujeto-objeto lograda en el estado de Concentración, es posible que dicho estado salte hacia la percepción de una nueva y final etapa cognitiva denominada estado de Meditación. En la Meditación, el conjunto de simultáneos objetos-sujeto no-diferentes de la Concentración se agrega con los restantes objetos-sujetos existentes en el universo. Dicha apertura de las fronteras propias llega a una cognición ilimitada en tiempo y espacio pero simultánea en cada uno de los atributos conocidos. La conciencia entreteje entonces todos los eventos y se erige como realidad sustancial de todo lo existente, del universo y de los restantes universos que se integran. Es aquí, en el estado de conciencia de Meditación, donde se advierte lo Real, donde se entiende que el universo es Conciencia y que la Conciencia posee en sí misma el atributo de la Existencia y del Amor. Cuando el estado de Meditación se estabiliza, llegando a la inclusión de todas las fronteras cognitivas posibles, entonces se le denomina *nirvikalpa samadhi*.

UMBRALES E INERCIA EN LOS ESTADOS DE COGNICIÓN

Retomando de nuevo los conceptos de “umbral” e “inercia”, se dará explicación de los diversos estados de conciencia. Ha de recordarse que el umbral tiene que ver con las fronteras de acceso a un estado de conciencia, un pensamiento o a cualquier hábito mental, y que inercia tiene que ver con el sentido de afianzamiento que compone dicho pensamiento o hábito. Así, a medida que la inercia de una actividad mental es más firme y consistente, el umbral que se establece para acceder a ella es más débil, es decir, umbral e inercia son inversamente proporcionales.

Tal como lo muestra la figura 1 es posible notar que, a medida que aumenta la inercia de un estado de conciencia, disminuye el umbral del mismo estado. Esta es la razón por la cual tiende a existir actualmente en la mente humana un estado de percepción frecuente asociado al estado de pensamiento o de sueño. En el estado de pensamiento, y gracias al refuerzo constante de pensar sobre el mismo evento una y otra vez con actividad cíclica y cambiante de objeto a sujeto y de sujeto a objeto, la mente acaba creando una inercia excepcional no superada por ningún otro estado de conciencia. Es tal la inercia del estado de pensamiento que su umbral es prácticamente inexistente, razón por la cual es fácil ingresar a él sin poder salir y permanecer pensando descontroladamente a toda hora.

En la figura 1 se establece un modelo de una persona común con una mente normalmente desordenada. En ella, los estados de conciencia con mayor inercia son el sueño y el pensamiento. Ambos estados poseen gran inercia y umbrales casi nulos, pues poseen un acceso más inmediato que a los demás estados de conciencia.

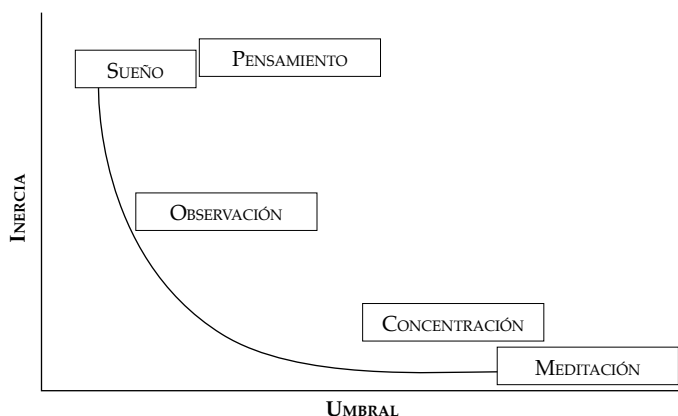
FIGURA 1**ESTADOS DE CONCIENCIA FRECUENTES VS. UMBRAL E INERCIA**

FIGURA 1. Estados de conciencia frecuentes Vs. Umbral e Inercia. En una persona normal se establecen categorías en la aparición de los estados de conciencia. La inercia de Pensar y Soñar es inversa al inmenso umbral que se requiere para acceder a la Meditación.

Dependiendo del funcionamiento de la mente y de los hábitos de cognición establecidos, puede existir cualquier variante en la prioridad de presentación de los estados de conciencia. Dicha prioridad también se establece adicionalmente en cada uno de los estados de conciencia respecto a sus constituyentes: pensamientos, sentimientos, emociones o pasiones, que los constituyan. En el ejemplo de la figura 2, asumimos los estados de conciencia de una persona con un alto estado de desarrollo interior. Los estados con mayor inercia son Concentración y Meditación, mientras que los restantes cuentan con umbrales de acceso muy altos.

FIGURA 2
ESTADOS DE CONCIENCIA POCO FRECUENTES Y EXCEPCIONALES
Vs. UMBRAL E INERCIA

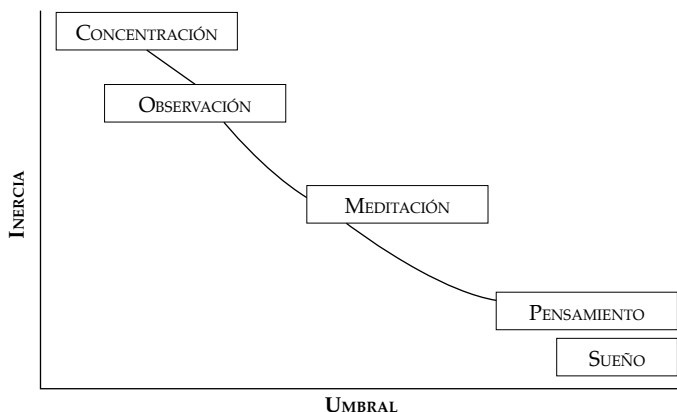


FIGURA 2. Estados de conciencia poco frecuentes y excepcionales Vs. Umbral e Inercia. En una persona muy desarrollada interiormente se establecen categorías en la aparición de los estados de conciencia donde los estados no-duales priman sobre los duales. La inercia de Concentrarse y Observar es inversa al inmenso umbral que se requiere para acceder al Pensamiento o al Sueño.

Cabe establecer cualquier categoría de relación de aparición entre los diversos estados de conciencia, al igual que entre pensamientos y hábitos mentales que los constituyen. Dependiendo de la forma de respuesta cognitiva a la percepción cotidiana del mundo es posible categorizar la aparición de los hábitos, de los pensamientos y de los estados de conciencia en secuencias basadas en la inercia y el umbral de los mismos.

Cuando es el Sueño el estado de conciencia más frecuente, todos los sistemas tienden a favorecer su aparición. Cuando, por ejemplo, la pereza, la desidia, el huir de la vigilia, se establecen como base fundamental de la persona, el sistema físico y psicológico tiende a deslizarse continuamente a

dicho estado. La información allí conocida se establece prioritariamente bajo los parámetros de dicho estado de conciencia. Los demás estados pueden llegar a tener un umbral tan inimaginable que la Meditación puede llegar a no ser rozada jamás en toda la vida. Mientras la vida acontece como fuente de estado de conciencia de Sueño, el sentido de tiempo no tiene cánones firmes, las leyes de la naturaleza pueden cambiar sin ningún aviso; no existe la presencia de *karma*, pues todos los eventos allí experimentados son conformaciones manásicas sin que exista en ellas el *vritti ahamkara*, razón por la cual no aparece sentido de causalidad entre los sujetos existentes y las acciones que estos realizan.

El estado más frecuente en la mayoría de los seres humanos tiene que ver con la estabilidad del estado de conciencia relacionado con el Pensamiento.

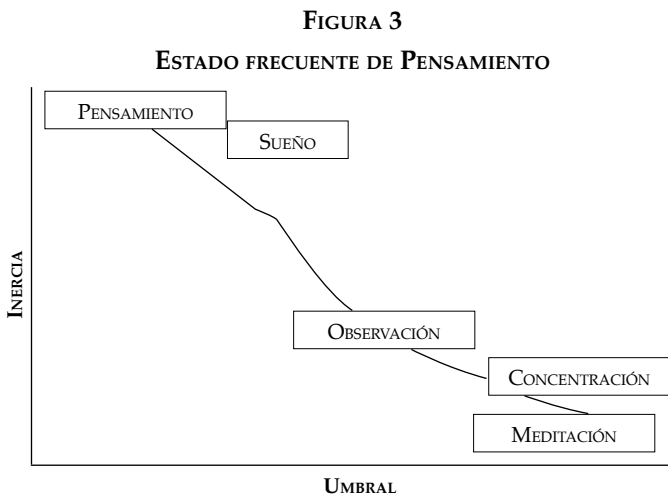


FIGURA 3. Estado frecuente de Pensamiento. Se relaciona la aparición de estados de conciencia de una persona común y corriente, cuya mente establece una inercia fuerte en Pensar y Sueño y un umbral que lleva a convertir en inalcanzables los estados no-duales.

Establecer inercia implica refuerzo mental constante, pensamientos frecuentes sobre ideas similares. El establecimiento de pautas de conductas y los condicionamientos que ellos generan se convierten en la reacción más común del individuo ante los estímulos externos e internos. El planteamiento de un tipo específico de respuesta cotidiano lleva al comienzo esfuerzo y disciplina; la voluntad se convierte en eje esencial de dicha tarea. El refuerzo constante establece una habitualidad, y con ella el condicionamiento como respuesta ausente de libertad. La “recta acción”, por el contrario, busca una respuesta carente de esfuerzo volitivo. La ausencia de esfuerzo volitivo imprime un sesgo a la cognición que la libra del sentido yoico. La respuesta natural ante un evento presencial donde existe carencia absoluta del sentido del “yo” se denomina *dharma*, y es el objeto esencial del logro de la libertad mediante la acción.

NOVENA PARTE

El observador y lo observado

El observador y lo observado



Existen variadas herramientas con las cuales es posible estudiar la cognición y los diferentes estados de conciencia. La más frecuente de todas ellas se basa en los conceptos “objeto” y “sujeto”. Todos los cinco estados de conciencia, a los que hemos llamado Sueño, Pensamiento, Observación, Concentración y Meditación, tienen algo en común: cada uno de ellos es posible estudiarlos bajo una representación teórica diferente a la del “umbral” y la “inercia”, esto es, analizarlos bajo la óptica del “observador” y lo “observado”. Es importante recordar que, para Occidente, el análisis de los estados de conciencia se realiza mediante esta herramienta teórica.

Objeto y sujeto son la base que permite en Occidente el estudio de los estados denominados “vigílico” y “onírico”. Para el *Vedanta*, en cambio, existen cuatro tipos de estados vigílicos: Pensamiento, Observación, Concentración y Meditación.

Para el *Vedanta*, el estado común de vigilia estudiado por la psicología tiene una correlación total con el estado de conciencia denominado Pensamiento. En el estado de Pensamiento predomina en la mente una actividad específica

denominada *ahamkara*. Dicha actividad favorece el sentido de identificación egoico y, paralelamente, expresa sentido de apropiación de la cognición. La presencia de “yo” en forma de *ahamkara* establece una relación causal entre sujeto y objeto, es decir, da origen a la aparición de *karma*. Además, mientras permanece este estado de conciencia, la relación objeto-sujeto es variable e intermitente, razón por la cual ningún objeto o sujeto goza de estabilidad, lo que genera una clara distinción entre cada uno de los objetos y quien los conoce. Es aquí, en este estado, donde emergen pensamientos, sentimientos, emociones y pasiones. En él se establecen leyes de conducta psicológica y emerge la memoria de acceso voluntario e involuntario. Es este el estado de conciencia más frecuente para la raza humana; en él, los hábitos se establecen y las respuestas condicionadas son el pan de cada día. Es imposible encontrar en este estado una representación metafísica válida de la realidad. Aquí los objetos materiales se relacionan a través de leyes causales, lo que habilita la posibilidad de que haya quienes intenten dar cabida a una expresión matemática de las variables que generan todo cambio en ellos. El universo asume una representación dual, esto es, objeto y sujeto asumen una condición diferenciada entre ellos.

En el estado de Sueño, existe una representación también dual de la realidad. Objetos y sujetos se expresan relacionándose intermitentemente entre ellos; sin embargo, no existe causalidad entre quien realiza la acción y las acciones realizadas, razón por la cual no existe presencia kármica entre sujeto y objeto. Además, el conocedor o sujeto activo de la cognición en este estado no es el mismo “yo” de Pensamiento. En el Sueño existe un perceptor con diferentes características a la del estado de Pensamiento. El “yo” onírico es la suma de recuerdos, al igual que los restantes sujetos que intervienen en el

sueño. No existe un único *vritti* (actividad mental) denominado *ahamkara* en este estado onírico, sino que la conformación personal la realiza el *manas* mismo como suma de recuerdos, es decir, la actividad racional sin excesivo orden es la que asume de forma predominante la actividad creadora de la mente y del universo soñado en todos sus componentes.

TABLA 2
RELACIÓN DE ESTADOS DE CONCIENCIA VS. OBJETO-SUJETO⁸⁵

ESTADO DE CONCIENCIA	RELACIÓN OBJETO-SUJETO	ACTIVIDAD MENTAL PREDOMINANTE	NOMBRE DEL OBSERVADOR
PENSAMIENTO	Dual	<i>Ahamkara</i>	Yo
SUEÑO	Dual	<i>Manas</i>	Yo onírico
OBSERVACIÓN	Dual	<i>Chitta</i>	<i>Exin</i>
CONCENTRACIÓN	No-dual	<i>Budhi</i>	<i>Saksim</i>
MEDITACIÓN	No-dual	----	<i>Atman</i>

TABLA 2. Relación de estados de conciencia Vs. Objeto-Sujeto. El análisis del binomio “objeto-sujeto” como elemento activo de la cognición lleva a establecer dos tipos de relaciones entre ellos: dual y no-dual. La tabla determina la actividad predominante de la mente en cada uno de los estados y define el nombre de la actividad que asume el rol de conocedor en cada uno de ellos.

85 Tanto la psicología como la filosofía occidentales establecen una única condición individual a la que denominan “yo”. Esto es válido para el estado de conciencia denominado Pensamiento, pero en los restantes estados de conciencia la actividad mental “yo” (*ahamkara*) no está presente como evento activo que genera la peculiaridad propia del sujeto. Sin embargo, la ausencia de *ahamkara* en los restantes estados de conciencia no impide la presencia de otras actividades mentales que ofrecen sentido de atestiguación (sujeto) en dichos estados. Para analizar dichos estados sugerimos la lectura y estudio de las restantes obras de *Sesha*.

En la Observación aún sigue existiendo una actividad dual en la cognición: el mundo se interpreta mediante un tipo de relación objeto-sujeto; tiende a permanecer la presencia exclusiva del uno o del otro. Tampoco en este estado de Observación existe activa la función *ahamkara* de la mente, lo que conlleva a que no exista el sentido de “yo” tal como se establece en el estado de Pensamiento; ello desemboca en la ausencia de *karma* en el estado de Observación. El sujeto de la Observación no establece vínculos causales mientras reacciona cognitiva y físicamente con los objetos de dicho estado. Además, es la conformación de la mente denominada *chitta* la que asume el control de la cognición. Tanto *manas* como *chitta* y *ahamkara* son atributos o características de la mente misma, *antakarana*, sin embargo, en cada estado de conciencia asumen roles que las determinan como agente especial de la cognición.

En Observación la mente asume, gracias a la actividad primaria del *chitta*, la condición de ser perceptor de la acción, razón por la cual se establece una representación del universo acorde a esa situación. “*Exin*” es la palabra con la que definimos la particular forma de sujeto en el estado de Observación; dicho “*exin*” no tiene nada que ver con el “yo” del Pensamiento ni con el “yo” onírico del Sueño.

En el estado de Concentración la relación cognitiva entre sujeto y objeto es no-diferenciada. La no-dualidad se establece como forma práctica de la cognición del mundo que se experimenta. Objeto y sujeto existen, pero se advierten como no-diferentes por quien conoce. La facultad de la mente que advierte el mundo bajo esta condición es el *budhi*. La mente en forma de *budhi*, como una conformación libre de toda agitación mental, y firme y continua en el acto de la comprensión, se convierte en el soporte de la cognición del sujeto, a quien en este estado se le denomina “*saxim*”. La ausencia

de la actividad mental *ahamkara* en este estado de cognición impide la aparición de causalidad en dicho estado y, por lo tanto, induce la no generación de *karma* por parte del “*saxim*” al relacionarse con lo que conoce.

El estado de conciencia de Meditación, al igual que el de Concentración, posee una relación No-dual entre sujeto y objeto. Al conocedor en dicho estado se le suele denominar genéricamente como “*atman*”. El “*atman*” es la conciencia No-dual misma, también denominada *kutasta chaitania*. Dicha conciencia absoluta y No-dual es idéntica a *Brahman*, el Absoluto No-dual. En la Meditación, tanto observador como observado se integran sin diferenciación con todo lo existente alrededor. Allí la mente, adoptando la condición de No-dual, sirve como primer escaño a su absorción total. Basta permanecer así de forma inalterable para que la Meditación se estabilice y abra las puertas que conducen al *nirvikalpa samadhi*. He aquí por fin el bálsamo del alma, el estado final en el que cesa toda duda y en el que se advierte la identificación total entre el individuo y el Absoluto No-dual; esta es la sagrada experiencia desde la cual es posible afirmar:

“*SARBAN KALBIDAM BRAHMAN*”⁸⁶

86 Todo es realmente *Brahman*.

*Audios de conferencias de Sesha
complementarios al libro*



Si desea escucharlos siga los pasos siguientes:

Entre en la web: www.vedantaadvaita.com

Vaya a la carpeta CURSOS DEL MES.

Introduzca los siguientes datos:

Usuario: sendharmaudios

Clave: 623615

Otras obras del autor

Para adquirir cualquiera de las obras de *Sesha* o acceder a las versiones digitales gratuitas de las mismas, entre en la siguiente Web:

www.sesha.info



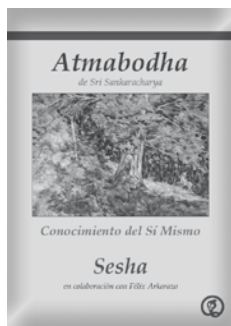
Tras las Huellas del Saber

*El Vedanta, sus preguntas
y respuestas fundamentales*

“... Todos pasamos por el momento de nuestras propias preguntas, pero la gran mayoría no encontramos quien las conteste. Al final, las preguntas fundamentales se escabullen entre los temores y las felicidades momentáneas. Nos olvidamos de nuestro centro ante la avalancha de la nueva información que nos produce interés y gusto. Incluso llegamos al absurdo de reconocernos a través de la negación de otras cosas: no somos el mar, no somos las nubes, no somos las calles...”

“... La no-dualidad se conforma ahora como Concentración interior. Como una inmensa ballena, se traga el bote mental donde fluye la diferenciación. Quedas sumido en una espesa oscuridad donde no te distingues de ella y sumergido en la ausencia sensoria más completa, en una ausencia psíquica y psicológica total, solo, inmerso en «Eso», en una corriente de existencia que ahoga al «yo». Si ello madura podrá surgir la Meditación, si no, el estado decaerá nuevamente a la Observación. Si te mantienes en franco equilibrio y tranquilidad, como testigo expectante de esa «nada» que confluye en todo el universo interior, vas a notar que el universo que estás experimentando en ti mismo eres tú mismo.

Cuando te acallas, cuando llega tu propia oscuridad mental, cuando se cierne la noche y pasas más allá de la afectación que la misma respiración tiene sobre tus sistemas, lentamente escucharás el rumor del infinito que procura la Meditación. Es un rumor cálido y cercano, alegre. Es el rumor de «Aquello». Luego de ser engullido por la noche, emerge la luz de lo infinito. Allí te haces diestro en morir y saltas al pulso profundo de la Meditación...”



Atmabodha

de Sri Sankaracharya

Conocimiento del Sí Mismo

“...Evidentemente lo que somos no son exclusivamente nuestros recuerdos ni la vitalidad que alienta al cuerpo físico. Somos ello más todo lo demás. Somos la fuerza que alienta a los universos a nacer y morir, somos la eternidad y la muerte, el ser y el no ser. Somos el compendio de todo lo existente y la suma de todo lo que existirá. Somos la simpleza del viento y la transparencia del agua. Somos la risa del niño y el sueño que depara la noche. Somos el vigor de la conciencia que conoce todo mientras se conoce a sí misma. Los objetos del universo son como eslabones y la conciencia es la cadena que los une a todos...

Realmente nadie nos enseñó a mirar en dirección a preguntas tan fundamentales. La educación determinó que todo esfuerzo fuera dirigido al futuro. Nos prepararon a luchar contra el tiempo, a cimentar la competencia como razón de ser de la obtención de las propias metas. Ahora, ya sin tiempo, ya sin metas, preguntamos qué somos y no obtenemos respuesta. Al igual que los galgos corrimos toda la vida tras un señuelo, dimos muchas vueltas asumiendo que la presa estaría cada vez más cerca en función de esforzarnos más por alcanzarla. Pero cuando a ciencia cierta no hay fuerza para correr más o no hay razón para seguir compitiendo, entonces nos planteamos, ¿qué sentido cobra la vida?...

Siempre nos iluminó la conciencia, nos permitió advertir la suma de colores sin cuento que vistió la naturaleza alrededor nuestro. Escuchamos gracias a la conciencia sonidos que por momentos arrojaron el corazón y otros que casi lo desprenden de angustia. Gracias a la conciencia comprendimos la existencia del sol, la lluvia, las caricias y el espacio. La conciencia nos acompañó en la buenas y en la malas, y gracias a su naturaleza comprendimos de la vida, del dolor y del amor...”

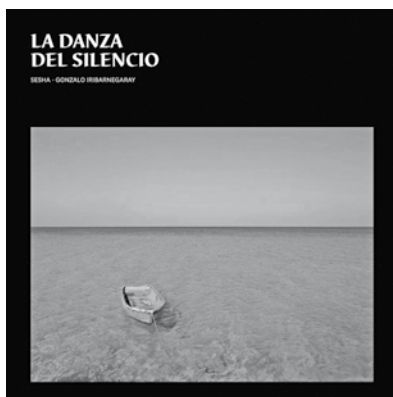


Cuántica & Meditación

*Un acercamiento metafísico y científico
entre Oriente y Occidente*

Normalmente el lenguaje de las matemáticas ha sido la potente herramienta usada para dar cuerpo a las ideas de los científicos. La dificultad que presentan otras disciplinas para encontrar un lenguaje tan universal como las matemáticas que describa sus modelos, impide la plasmación de teorías contrastables que se integren para crear un saber único. Es así que, por ejemplo, en disciplinas como la psicología o la filosofía se construyen modelos que a veces son complementarios pero frecuentemente divergentes. Ello ha llevado a que las ciencias humanistas y las exactas enarboleden estándares diferentes y conformen feudos propios. Gran cantidad de conclusiones de tan variadas disciplinas intelectivas suelen ser completamente ajenas entre ellas, pues no existe un lenguaje común mediante el cual se puedan construir y analizar sus respectivos modelos.

El presente libro intentará desarrollar una antiquísima idea, la no-dualidad, y verterla en el apasionante mundo de la física clásica y cuántica. Los últimos adelantos de la física cuántica han llevado al nacimiento de un extraño modelo de realidad cuya naturaleza es caldo de cultivo para ideas que pueden ofrecer un maravilloso parangón entre los diferentes modelos orientales y occidentales del saber. Existe una deuda con la humanidad misma consistente en buscar lo común en lo diferente. La verdad debe agrupar en vez de escindir. Lo más grande que un concienzudo investigador puede legar es el carácter universal de sus conclusiones, pues mientras más amplías sean estas, mayor es el fruto de unicidad que pueden lograr los hombres que las analizan.

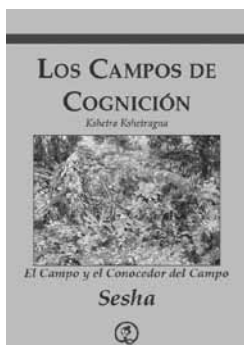


La Danza del Silencio

La *danza del silencio* combina las profundas enseñanzas del filósofo Sessa con las envolventes imágenes del viajero, escritor y fotógrafo Gonzalo Iribarnegaray.

Conceptos como amor, Dios, conciencia, dolor, karma... se desgranán en breves y sencillos textos que nos acercan a nuestra verdadera realidad de la que, desafortunadamente, solemos vivir demasiado alejados.

La *danza del silencio* posee un hilo para abrir de forma aleatoria y, en cualquier recodo, encontrar una interesante enseñanza.



Los Campos de Cognición

Kshetra Kshetragna

El campo y el conocedor del campo

Todo camino es un acercamiento al descondicionamiento mental que denominamos Libertad Final.

El salto final que implica la experiencia No-dual es un asomo de temeridad que aparece en el estudiante convencido de sí mismo. Cuando, en los albores de la Meditación profunda, el océano de “nombres” y “formas” se diluye en la no-diferenciación, solo queda un agente instintivo que puede, a voluntad propia, dejar de existir como un “yo”. Esa divina decisión es el acto de entrega suma, de saber pleno que no puede ser entendido ni explicado por nadie.

La Libertad Final no es un estado mental; tampoco se parece a algo que alguna vez se haya experimentado. No se asemeja a una intensa alegría ni a un enamoramiento feroz. La Realidad Final está más allá de toda comprensión intelectual; sin embargo, el saber que despierta ilumina todo lo existente.

La Experiencia Final implica el acto de ser *El Conocedor* de toda la información existente en el universo y, simultáneamente ser *Lo Conocido* en todo el universo. Sin embargo, esa cognición no está referida a una condición dialéctica en donde la memoria muestra secuencialmente, paso a paso, cada una de las informaciones potenciales que existen. La cognición se asemeja más a un rapto intuitivo en el que, ajeno a cualquier consideración “yoica”, el agente discierne Al Conocedor y a Lo Conocido simultáneamente; y, simultáneamente, él deviene *El Campo y El Conocedor del Campo en todos los Campos*.



Meditación

El camino a la libertad

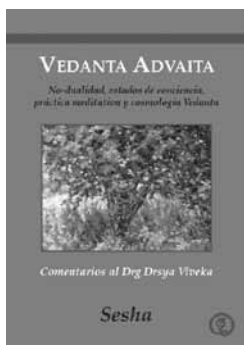
Curso de meditación interna y externa

La práctica meditativa nació en Oriente, con los primeros arios, como mecanismo práctico para navegar por los inmensos océanos del Ser. La meditación trasciende los planos físico o mental para dirigirnos a mundos insospechados, a realidades que se hallan ocultas tras los velos del pensamiento. Es el camino que nos lleva a experimentar la realidad no-dual y a alcanzar la certidumbre de nuestra propia inmortalidad.

Esta obra se presenta en dos partes: un libro con el resumen general de la práctica meditativa interna y externa, y dos DVD que resumen en vídeo y audio un curso de Sesha dictado en Madrid, España, en Noviembre del 2006. Obra única en su género que explica de manera concisa y detallada la forma de acceder al mundo interno y externo para convertir la acción y el saber en un acto meditativo.

*“Meditar lleva a que el presente se revele
como el infinito que realmente es”*

Sesha



Vedanta Advaita

*No-dualidad. Estados de conciencia.
Práctica meditativa. Cosmología
Vedanta*

(Comentarios al *Drg Drsya Viveka*)

Este texto es un compendio introductorio pero completo de la filosofía *Vedanta Advaita* y de la práctica meditativa. Es una obra que solo podía realizar alguien que, habiendo penetrado la más alta verdad No-dual, poseyera además un profundo conocimiento de la milenaria tradición hindú, así como la pedagogía necesaria para transmitirla con claridad y eficiencia. Este es el caso afortunado de Seshha.

Tomando como referencia el *Drg Drsya Viveka* (texto introductorio del sistema *Vedanta Advaita*, atribuido a *Sri Sankara Acharya*), *Sesha* resume aquí magníficamente la doctrina *Advaita*, a la vez que despliega un preciso mapa de la práctica meditativa, de los estados de conciencia y de la cosmología *Vedanta*. Sus comentarios reúnen tres cualidades fundamentales:

- Esclarece pormenorizadamente las claves del proceso de autorrealización y de conocimiento englobadas dentro de la vía del *Gnana Yoga*, como son la concepción de la No-dualidad, la práctica meditativa tanto interna (o *Dhyana Yoga*) como externa (o *Karma Yoga*) y los sucesivos estados de conciencia o niveles de *samadhi*.

- Sistematiza sencilla y esquemáticamente las enseñanzas de *Govindapada*, *Gaudapada*, *Patanjali* y *Sankara*, integrándolas de un modo profundamente coincidente y complementario.

- Además, sintetiza los fundamentos cosmológicos de la *Vedanta Advaita*, planteados inicialmente por el *Muni Kapila* y desarrollados posteriormente por diversos sabios y videntes de la milenaria tradición *Vedanta*.



La Paradoja Divina

*Teoría y práctica de los estados de
conciencia y la meditación*

Sesha desbroza aquí, como nunca antes se había hecho, los fenómenos de la percepción y los procesos mediante los cuales se realiza la interpretación mental de lo percibido. De este modo, evidencia que lo que denominamos “realidad” no es la Realidad en sí (que es No-dual), sino sólo una “descripción mental”, que adopta una apariencia de diferenciación.

A la vez, describe minuciosa y detalladamente los procesos mediante los cuales es posible revertir tal interpretación mental diferenciada de la Realidad No-dual (la práctica meditativa interna y externa), estableciendo cinco diversos y sucesivos estados de conciencia (y, por tanto, cinco modalidades diferentes de interpretación de la realidad), que abarcan desde el estado de sueño hasta el despertar total del estado iluminado o *Samadhi*.



El Eterno Presente

*La realización del Ser, un camino
hacia la meditación en la acción*

“... Observe apaciblemente su entorno. Contacte con la corriente de vida inmersa en el presente y note en qué momento su estabilidad y continuidad de percepción se pierde. Pase de un objeto a otro de su cercanía. Vívalos como si fuese la primera vez. Permítalos ser descubiertos existiendo nuevamente tal como los conoció la primera vez. ¿Nota el instante en que pierde la capacidad de estar presente? ¿Qué ocurre en el mismo instante en que lo pierde? Pregúntese qué pasa con el espacio, el tiempo y el “yo” mientras permanece aún en ese instante. Ahora no importa lo que los demás piensan respecto a lo que usted es o debe ser, ni tampoco interesan las ideas de nuestros grandes pensadores. Usted está solo con usted, practique y concluya.

Si realmente practica y es honesto con su propia experiencia, notará cómo en el mismo instante en que aparece un pensamiento su presente se diluye. Además, podrá concluir la absoluta inexistencia de tiempo, espacio y “yo” mientras logra permanecer suficiente tiempo en la viva experiencia del presente...”

“... Sea observador concienzudo de su propia capacidad de conocer y láncese a conocer. Sitúe la atención en estar simplemente presente, no se esfuerce por ser o parecer. Diluya toda tensión, permanezca libre de todo anhelo y tan solo permita a la conciencia ser partícipe de su inherente naturaleza: conocer. Ahora desde allí conozca, conózcase, y siéntase perplejo ante la infinita realizad que vive. Verifique entonces desde su inconmensurable experiencia su ilimitada naturaleza...”



La Búsqueda de la Nada

*La realización del Ser,
un camino a la meditación*

¿Por qué si la meditación parece como la describe, una práctica tan sencilla, se convierte en ocasiones en un suplicio?

La razón es muy sencilla, no hay capacidad de contemplación en la mente. La mente nada agitada en el tormentoso mar del apego y del deseo. Cualquier acción está supeditada a la consecuencia que de ella obtenga. Por ello, el futuro se ve impelido a expresarse a expensas del presente. Note como su futuro no es libre, está estrechamente unido a sus deseos actuales. Ahora ya no tiene escapatoria, la suerte está echada. Su futuro ya está definido, pues se construye con base a los planteamientos egoístas del presente. El nexa inexorable que relaciona, no solamente las acciones del presente, sino las acciones del presente con su futuro, se denomina *karma*.

Por lo tanto, su mente es tan solo memoria en estado dinámico; usted es solo lo que usted conoce de sí mismo. Por ello, la falsa identificación de su realidad con su memoria lo lleva a eternizar su estado de individualidad.

Romper el lazo que une fatídicamente la acción del presente con la del pasado, se llama *dharma*. Solo a través del *dharma* es posible ejecutar la acción sin que ella dirija el futuro, pues en el acto *dharmico* no hay ni apetencia de fruto por la acción ni egoísmo cuando se la realiza.

El hábito de permanecer sin esfuerzo psicológico en el presente es llamado contemplación. Quien contempla está libre, pues vive sin esfuerzo psicológico cualquier acto que el presente brinda.

En el fondo es mucho más difícil permanecer caótico, confuso y disperso. Sin embargo, en vez de intentar salir de esos estados, se busca hacer agradable lo amorfo, refugiado en las modas sociales o psíquicas...

ASOCIACIÓN FILOSÓFICA VEDANTA ADVAITA SSHA (AFVAS)

La AFVAS nace como medio de acercamiento a la enseñanza que Sesha ha impartido por el mundo, así como para poder dejar un legado revisado íntegramente por él. Este extremo se resume en el Artículo 3 de los estatutos de la Asociación:

Artículo 3: La existencia de esta Asociación tiene como fines: El estudio y la divulgación de las enseñanzas *Vedanta Advaita* del autor denominado Sesha, así como cualesquiera otras enseñanzas de este mismo autor, incluyendo las que se refieren a la filosofía oriental en general, a la práctica de la meditación y a la física cuántica y relativista.

Esta asociación se encarga principalmente de transcribir, corregir, revisar y editar los textos, audios y videos de los diferentes cursos y eventos realizados, para finalmente ponerlos a disposición pública en la Web creada para ello (www.vedantaadvaita.com). Así mismo se realizan otras tareas que facilitan la expansión de su enseñanza, como pueden ser traducciones, Power Points, boletines, libros, etc. En el artículo 4 de los Estatutos se refleja este punto:

Artículo 4: Para el cumplimiento de estos fines se realizarán las siguientes actividades: La transcripción, edición y traducción de textos, audios, videos y cualquier otro soporte tecnológico de este mismo autor, así como el desarrollo de una página Web donde incluir tales ítems.

Para sufragar este proyecto los socios pagan una cuota mensual de 15€ (con posibilidad de hacerla efectiva en cuatro modalidades diferentes; mensual, trimestral, semestral o anualmente) y, con el dinero recaudado se financian los trabajos realizados tanto por profesionales como por los propios socios.

Si te parece interesante el proyecto y quieres formar parte del mismo, o bien deseas informarte a profundidad sobre Sesha, puedes acudir a la siguiente Web: www.vedantaadvaita.com

En esta Web podrás registrarte para recibir todas las novedades relacionadas con Sesha que la AFVAS hace públicas periódicamente. Igualmente puedes acudir a nuestro correo electrónico, desde donde te informaremos gustosamente de todo lo concerniente a la AFVAS y a Sesha: asociacion@vedantaadvaita.com